

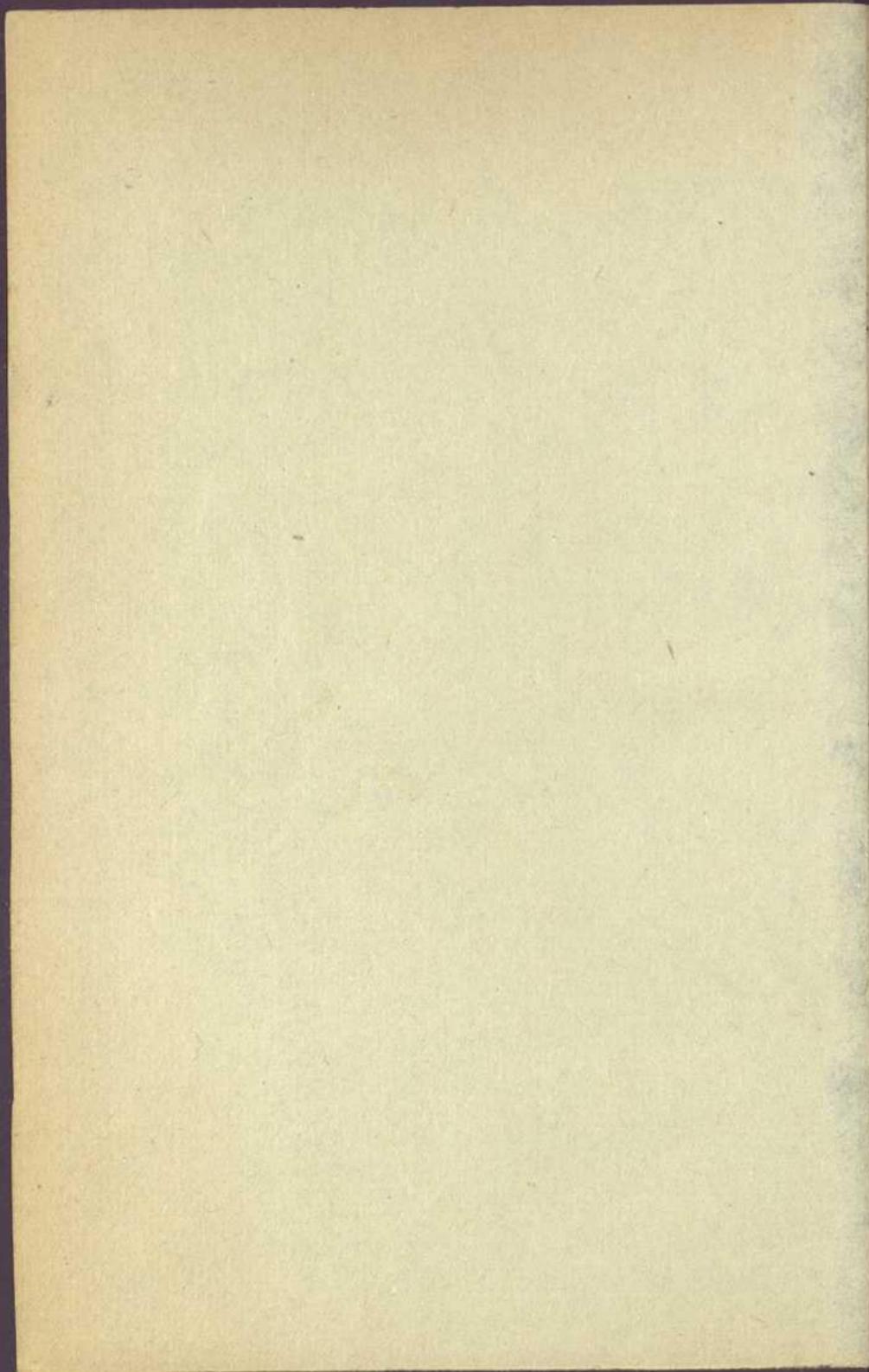
IV

1000

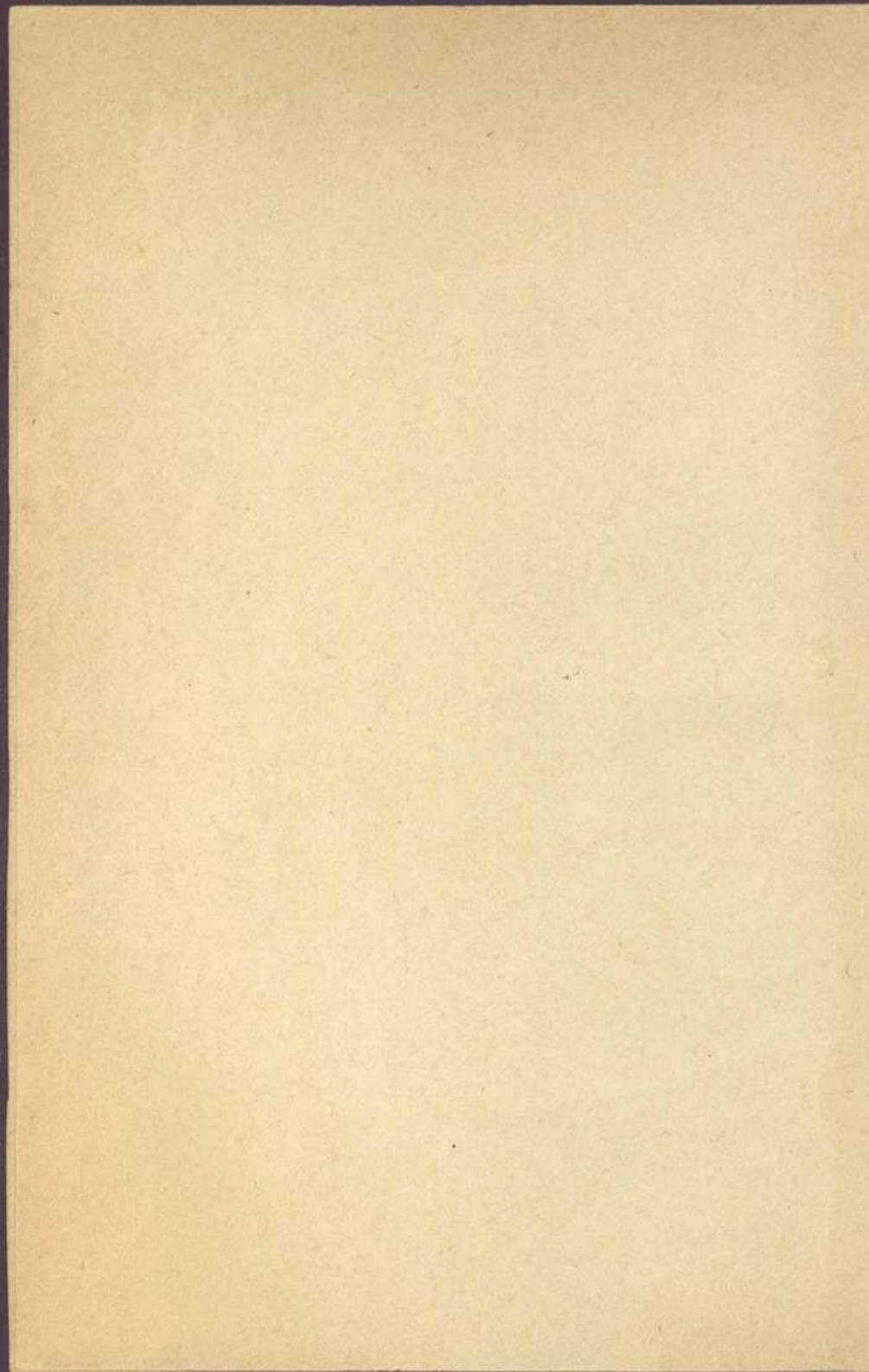
1857

R. - 393 -

8



7A-5243



OBRAS COMPLETAS  
DEL  
P. LUIS COLOMA

VI

LECTURAS RECREATIVAS

V

CUENTOS PARA NIÑOS

## Obras Completas del P. Luis Coloma

---

Tomo I.—OBRAS DE JUVENTUD. (1868-1874).

Tomo II.—LECTURAS RECREATIVAS (1). CUADROS DE COSTUMBRES POPULARES.

Tomo III.—LECTURAS RECREATIVAS (2). HISTORIAS VARIAS.—ARTÍCULOS.

Tomo IV.—LECTURAS RECREATIVAS (3). PINCELADAS DEL NATURAL.

Tomo V.—LECTURAS RECREATIVAS (4). NUEVAS PINCELADAS.

Tomo VI.—LECTURAS RECREATIVAS (5). CUENTOS PARA NIÑOS.

Tomo VII.—PEQUEÑECES (1).

Tomo VIII.—PEQUEÑECES (2).

Tomo IX.—RETRATOS DE ANTAÑO (1).

Tomo X.—RETRATOS DE ANTAÑO (2).

Tomo XI.—LA REINA MÁRTIR.

Tomo XII.—JEROMÍN (1).

Tomo XIII.—JEROMÍN (2).

Tomo XIV.—EL MARQUÉS DE MORA.—EL AUTOR DE FRAY GERUNDIO.

Tomo XV.—BOY.

Tomo XVI.—RECUERDOS DE FERNÁN CABALLERO.

Tomo XVII.—FRAY FRANCISCO.

FA-5243

OBRAS COMPLETAS  
DEL P. LUIS COLOMA, S. I.  
DE LA ACADEMIA ESPAÑOLA

---

TOMO VI

LECTURAS RECREATIVAS

V

CUENTOS PARA NIÑOS

n R 5267 de

Madrid  
Editorial "Razón y Fe"  
Apartado 8001

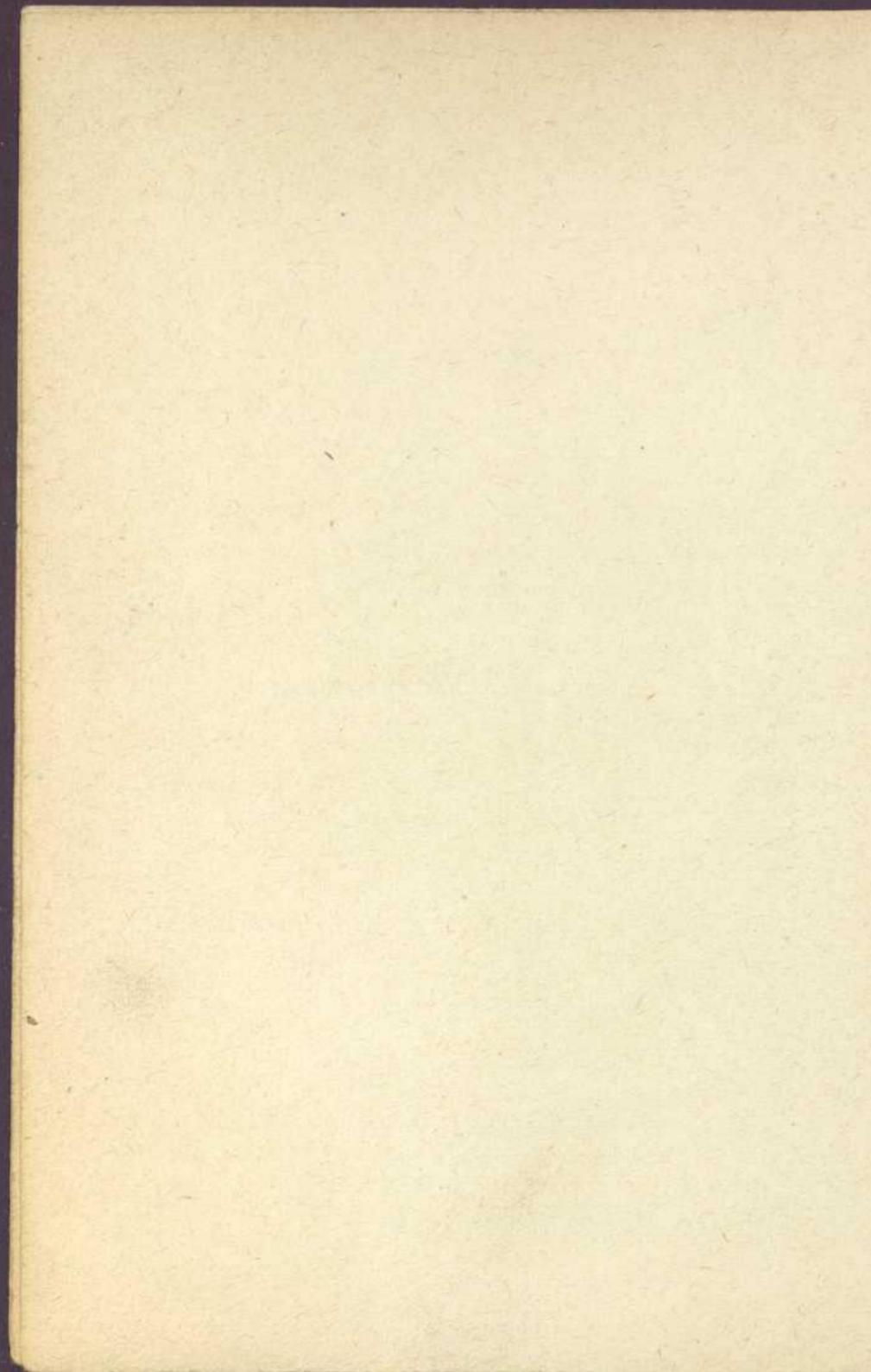
Bilbao  
El Mensajero del C. de Jesús  
Apartado 73

ES PROPIEDAD

# Las dos madres

(Ejemplo)

A un antiguo discípulo, en el día de la suya



.....  
Mírale con compasión.....  
¡No le dejes, Madre mía!

Hoy hace un año, mi querido X, que para celebrar el día de tu madre te impusieron el escapulario de la Virgen Santísima. Quise que celebraras estas dos fiestas en un solo día, para que también reunieras en tu corazón estos dos santos amores que han de salvar tu alma. Esta misma idea me hace recordarte hoy su aniversario, narrándote uno de esos ejemplos que llama la incredulidad *vulgaridades*, porque su vista miope no sabe descubrir la profunda enseñanza y la religiosa poesía que en ellos se encierra. Ni lo santo, ni lo grande, ni lo bello entran por el entendimiento: entran por el corazón, y por eso puse tanto empeño en enseñarte a *sentir*, para que supieses gustar estos placeres del alma.

Las cosas santas han de leerse con el mismo espíritu con que fueron escritas, y tu corazón, todavía de niño, sabrá comprender hoy estos renglones tal como para ti los concibe el mío. ¿Pero será lo mismo mañana?... Cuida, hijo mío, de que, al arrancarte el mundo las ilusiones, no se lleve

detrás la fe de tu alma: cuida de que al leer este ejemplo que para ti escribo, con aquella dulce y triste previsión con que el desengaño prepara a la inocencia el camino del arrepentimiento, puedas repetir siempre lo que dijo un hombre célebre a quien la fe hizo, en su juventud, gran poeta, y el orgullo, en su vejez, gran impío:

Si quelque enseignement se cache en cette histoire,  
Qu'importe?... Il ne faut pas la *juger*, mais la *croire*\*.

Escucha ahora el ejemplo:

\* \* \*

Había un condesito bueno como un ángel y noble como un rey, que era el orgullo y la esperanza de sus padres. Una educación brillante había perfeccionado los sentimientos de su corazón y las ideas de su mente, como perfecciona un barniz precioso los ricos tallados de una moldura. Háblale inculcado su piadosa madre una profunda devoción a la Virgen Santísima, cuyo escapulario traía siempre consigo. Llevábale, cuando niño, ante un altar de la Purísima, y le enseñaba a invocarla con el dulce nombre de Madre.

Así fué que el amor de esta Madre del cielo y el de su madre de la tierra crecieron juntos en el corazón del niño, unidos y enlazados como dos áncoras de salvación que hubieran de salvar al mismo navío. Profesaba a la Virgen aquel amor tier-

---

\* Si alguna enseñanza encierra esta historia,  
¿Qué importa?... No es necesario *jugarla*, sino *oírla*.

no y confiado que le inspiraba su madre: amaba a ésta con aquel respeto y veneración santa que infundía en su corazón de niño la imagen de María.

Pasó la niñez con su inocencia y llegó la juventud con sus devaneos. El joven conde se separó de su madre para ir agregado a una embajada, a una corte extranjera. Su corazón, abierto como una rosa a todos los impulsos de la brisa, de nada desconfiaba: poco a poco trastornó su cabeza la lisonja, y corrompieron su corazón el ocio y la opulencia.

Una a una se ajaron entonces sus creencias, y uno a uno se marchitaron sus sentimientos, como una a una caen también las hojas del azahar, perdidas ya su fragancia y su blancura. Sólo quedó en su corazón el recuerdo de su madre y el recuerdo de María, como queda en el fondo de la cala el lastre que salva a la nave del naufragio. Arrodiábase todas las noches junto a su lecho al tiempo de acostarse, y rezaba tres Avemarías a la Virgen Santísima, acabando con esta popular oración que, entre besos y caricias, le había enseñado su madre:

Bendita sea tu pureza  
y eternamente lo sea,  
pues todo un Dios se recrea  
en tu graciosa belleza.  
A ti, celestial Princesa,  
Virgen sagrada María,  
yo te ofrezco en este día,

alma, vida y corazón;  
mirame con compasión,  
¡no me dejes, Madre mía!

—¡No me dejes, Madre mía!—repetía siempre al dormirse el infeliz conde; y una pena amarga y una angustia tristísima nacía entonces en su corazón y crecía y subía en él, como en las mareas del mar las olas amargas. ¡Era el remordimiento!

Mas al día siguiente volvía a sus devaneos, desliziándose sin sentir por esa resbaladiza pendiente que del vicio conduce a la degradación, y de la degradación al crimen. Un día marchó a una gran partida de caza, acompañado por un amigo infame que le había perdido: sorprendióles en el campo una tempestad horrible, y hubieron de guarecerse en una venta. Acostóse el compañero rendido por el cansancio, y el conde le imitó, después de rezar con más vergüenza y amargura que nunca su cotidiana oración a la Virgen.

Parecióle, a poco, que veía entre sueños el tribunal terrible en que juzga Jesucristo las almas de los muertos. Una acababa de ser condenada, y era la de su amigo. Vió entonces cómo era la suya conducida por la conciencia al pie del tribunal supremo: vió también a su madre que, postrada ante el Juez divino, pedía misericordia para el hijo de sus entrañas.

Arrojó Luzbel, sonriendo, en la balanza eterna los innumerables pecados del conde, y el platillo bajó rápidamente hacia el abismo. Los ángeles se cubrieron el rostro con las alas; la madre lanzó

un gemido de angustia; Luzbel, un grito de triunfo. El alma estaba perdida.

Apareció entonces María con doce estrellas por corona y la plateada luna a sus plantas. Postróse al lado de la condesa en ademán de súplica, y colocó en el lado opuesto de la balanza las tres Ave-marias rezadas por el conde. Mas no por esto cedió el platillo fatal de las maldades, y siguió, con persistencia horrible, inclinado hacia el abismo.

Tomó entonces María las lágrimas que derramaba la condesa y las puso en el platillo de las buenas obras; mas éste permaneció inmutable. Los ángeles gimieron de nuevo: la infeliz madre se cubrió el rostro con las manos, perdida ya toda esperanza. Volvió entonces María hacia el Juez divino sus ojos purísimos, y dos lágrimas que de ellos se desprendieron fueron a unirse en el platillo salvador con el llanto de la madre y con la oración del hijo.

La balanza cedió al punto. Las lágrimas de sus *dos madres* salvaron el alma del hijo extraviado.

.....

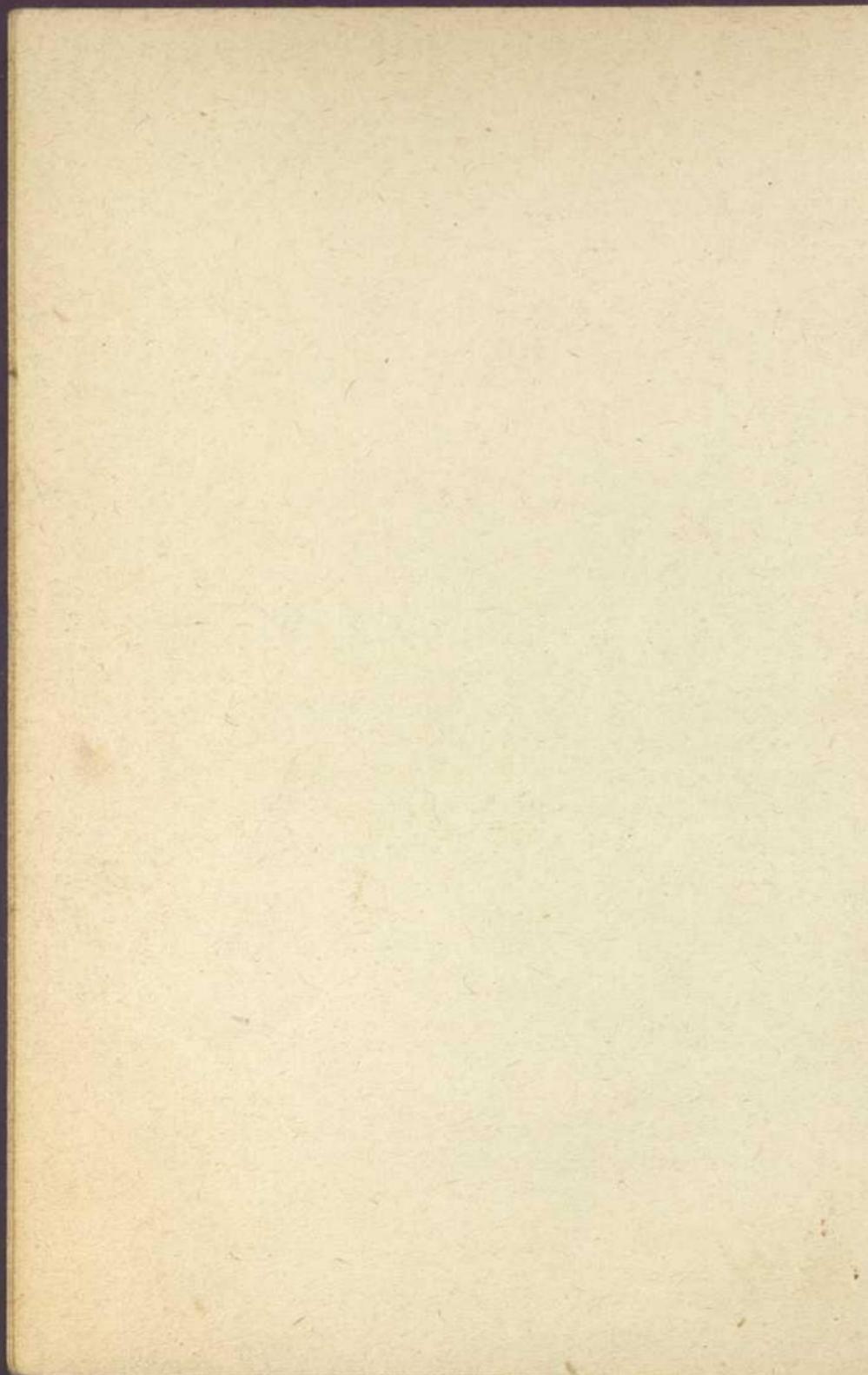
Un trueno horrible despertó entonces al conde. A dos pasos de su lecho vió inerte en el suyo y carbonizado por un rayo el cadáver de su amigo.



# La camisa del hombre feliz

(Cuento)

A Manolo\*\*, colegial en Chamartín de la Rosa



## I

Quieres que te cuente un cuento *para ti solo*, y voy a complacerte. Una cosa te pido, sin embargo; no mires sólo en estas líneas un recuerdo de quien te quiere mucho; mira también una lección de quien se interesa por ti más todavía.

Eres rico y noble, y te ha dado Dios un claro talento; pero cree, Manolo, que ninguna de estas cosas hacen la vida más *feliz* ni más *buen*a. Sólo tu corazón podrá proporcionarte la dicha, si lo conservas como hasta ahora, generoso y bueno. Dijo un poeta, que era al mismo tiempo pensador profundo:

En mí tengo la fuente de alegría.  
Siempre la tuve... ¡Yo no lo sabía!

Sábelo, pues, desde ahora, y no lo olvides nunca. Así no tendrán que enseñarte los desengaños, con penas y lágrimas, la profunda verdad que este cuento te enseña riendo: *El corazón que nada desea ni teme, es el solo que posee la dicha.*



## II

No sé si leí este cuento, ni recuerdo tampoco si me lo contaron, o si lo soñé quizá en alguna de esas noches de pesadillas y de insomnios, en que la imaginación emprende viajes semejantes al de De Maistre alrededor de las paredes de su cámara.

Es lo cierto que, allá en los tiempos de Mari-Castaña, reinaba en la Arabia Feliz el rey Bertoldo I, llamado el Grande por ser el más gordo de los monarcas de su dinastía. Era su real majestad un grandísimo haragán que pasaba la vida tendido a la larga, fumando *hachisch* y *Latakia*, mientras sus esclavas le espantaban las moscas con abanicos de *marabú*, y sus esclavos le cantaban al son de añafiles y chirimías en lengua del Celeste Imperio:

Maka-kachú, Maka-kachú  
Sank-fú, Sank-fú  
Chiriví kó-kó.

Sucedió, pues, que este *dolce far niente* le ocasionó a su majestad una enfermedad extraña, que de nadie era conocida. Porque cree, Manolo, que la ociosidad todo lo corrompe: el agua estancada se

pudre, el hierro se enmohece, la inteligencia se embota, el corazón se seca, el alma se envicia y se pierde. Hízose entonces un llamamiento general de médicos, y acudieron muchos en tropel a la Corte, no sin gran disgusto de la muerte, que a todos los tenía ocupados.

Un doctor alemán, discípulo, o mejor dicho, antecesor de Hanneman, dijo que su majestad corría grave riesgo de la vida si no diluía tres glóbulos de *pulsatilla* en una tinaja de agua, y tomaba cada siete años una dosis en el rabo de una cuchara; porque era a su juicio aquella enfermedad el terrible *schemarowot*, que se apodera en Sajonia de todo el que no quiere trabajar.

A esto replicaba Mr. Hall, graduado en Oxford, que aquella dolencia se llamaba en inglés *spleen*; que era hija de las nieblas del Támesis, y que los hijos de la blanca Albión curaban radicalmente de ella levantándose la tapa de los sesos de un pistoletazo.

Un galeno parisiense, que se rizaba el pelo y citaba a Paul de Kock, opinaba que aquella enfermedad no era otra sino el peligroso *ennui*, y recetó a su majestad los bailes de Mabbille y la música de Offembach.

Llegó en esto un médico gallego, hombre de saber y de pulso, y dijo que a su majestad se le *había caído la paletilla*, y que no hallaba otro remedio sino uncirle a un buen arado, y sacudirle las moscas con una trailla de cuatro ramales, en vez de espantárselas con plumas de marabú; porque

el palo, y no los aforismos de Hipócrates y Galeno, era a su juicio el mejor antídoto contra las desganadas en el trabajar.

Pusiéronse en práctica las recetas, excepto las del inglés y el gallego, que por ser harto radical la una y demasiado áspera la otra, fueron rehusadas por el monarca. Mas su majestad empeoraba de día en día, y vióse al fin a las puertas de la muerte.

Hiciéronse entonces rogativas públicas a la usanza de la tierra, afeitándose los varones la ceja izquierda, y las hembras la derecha; porque es achaque de creyentes y de idólatras no acordarse de Dios hasta que los abandonan los hombres.

Publicóse al mismo tiempo un bando ofreciendo la lugartenencia del reino a cualquier hombre o mujer que presentase un régimen curativo capaz de volver la salud al regio enfermo. Mas nadie se presentaba en Palacio, y los cortesanos más sagaces abandonaban ya las antecámaras del moribundo Bertoldo I, para probar las del futuro Bertoldo II.

Ya parecía perdida toda esperanza, cuando una tarde apareció en la capital, como llovido del cielo, un hombrecillo montado en un burro sin orejas, más ligero que Alborak, la yegua de Mahoma. Traía en las alforjas el Talmud, y en la mano un paraguas de algodón encarnado, con que se resguardaba de los ardientes rayos del sol.

Apeóse a las puertas del Palacio, y dijo que

era un médico israelita que se ofrecía a curar al rey. Salieron a recibirle los grandes del reino, cuyas cabezas peladas presentaban a lo lejos como un inmenso panorama de melones blancos. Precedido de tres heraldos, llegó a la cámara regia; una media luz reinaba en ella; sobre un estrado que cubrían una alfombra de Estambul y ricos tapices de Persia, había un lecho de nácar, con cortinas de púrpura de Tiro.

Allí reposaba boca arriba el moribundo rey Bertoldo, cuyos fatigosos resoplidos hacían oscilar de cuando en cuando la lámpara de alabastro que iluminaba la estancia. Sobre el gorro de dormir tenía puesta la corona de oro, porque así lo mandaba la etiqueta de la corte; la palidez de su rostro, y lo abultado de sus mofletes, le daban a cierta distancia el extraño aspecto de una calabaza coronada. Levantaba su abultado abdomen la rica cachemira que cubría el lecho, y, sentado sobre esta eminencia, el gato favorito de su majestad contemplaba gravemente la agonía del gran Bertoldo I, murmurando algunas sentencias de Plutarco en su libro *De sera numinis vindicta*.

Examinó el médico detenidamente el pulso del monarca, y ejecutó sobre él extraños signos; clavóle luego en la cabeza una fuerte zanca, sin que el paciente diese muestras de vida.

—Su majestad tiene la cabeza huera—dijo el israelita.

Clavóle después la zanca en el corazón, y el rey no hizo el menor movimiento.

—Su majestad tiene el corazón de corcho—añadió entonces el médico.

Pinchóle de nuevo ligeramente en la boca del estómago, y su real majestad dió un berrido más agudo que las últimas notas de una escala cromática. Crujieron los artesonados de ébano y oro del techo; los guardias, espantados, chocaron entre sí sus armas; los heraldos cayeron boca abajo gritando: —¡Sólo Alá es grande!—; el gato de su majestad huyó con la cola erizada; los grandes del reino sintieron también erizarse en sus coronillas el hopito de pelo que las adornaba. Sólo el israelita permaneció impasible.

—Su majestad ha trabajado mucho con el estómago—dijo.

—La sabiduría habla por tu boca—respondió el primer ministro.

Consultó entonces el médico un libro extraño de vivísimos colores, en que se veían pintados los signos del Zodíaco. Trazó en él círculos misteriosos y caracteres indescifrables, y declaró al fin que su majestad moriría sin remedio, si antes de que llegase al plenilunio el cuarto creciente de la luna, no se le había vestido la camisa de un hombre feliz.

Creyeron los palaciegos facilísimo el remedio, y abandonaron las antecámaras del futuro Bertoldo II, para volver a las del presente Bertoldo I, en cuyas sienes veían de nuevo afirmarse la corona. Sintióse el mismo monarca más aliviado con esta esperanza, y pudo merendar aquella tarde tres

gazapitos y un pavo, con algunas otras chucherías; lo cual publicó en un suplemento la *Gaceta de la Corte*, que insertaba diariamente, como artículo de fondo, el *menú* de su majestad.

Mientras tanto, el médico israelita se escurrió sin decir palabra, y recitando versos del Talmud, tomó el camino del Sinaí, desde cuya cumbre pensaba divisar al Mesías que esperaba.

Convocó el gran visir aquella noche al Consejo de Estado, para determinar si la camisa se había de poner a su majestad sucia o limpia, bordada o lisa, con tirillas a la *Valois*, o con cuello a lo *Currito Cúchares*. La discusión fué animada; alborotáronse los consejeros, dijéronse *Raca*, y hubieran quizá llegado a las manos, si un consejero viejo, cuyo hopito encanecido acusaba su larga experiencia, no hubiese interrumpido el debate, preguntando a los consejeros cuál de ellos era el hombre feliz que había de suministrar la camisa cuyas cualidades se discutían.

Turbáronse todos a tal pregunta, y unos en pos de otros abandonaron el salón, sin responder palabra, porque ninguno creía a su camisa capaz de producir tan maravillosos efectos.

Mandó entonces el gran visir echar un pregón en la plaza ordenando a todos los hombres felices de la capital que se presentasen en Palacio; mas ninguno acudió a la cita, y la luna crecía poco a poco como si quisiese contemplar en todo su esplendor la agonía del monarca.

Publicóse entonces el mismo bando en las ciu-

dades, en las aldeas y hasta en los caseríos; pero todo fué en vano. Desesperado el visir, porque con la muerte del rey Bertoldo se le escapaba la privanza, salió en persona a buscar por todo el imperio el remedio indicado; pero en vano recorrió desde el mar Bermejo hasta el golfo de Persia, y llevó sus pesquisas hasta las escarpadas montañas de la Arabia Desierta. El hombre feliz no parecía; ¡ninguno creía serlo en la nación que llevaba por nombre este hermoso título!

Ya de vuelta, sentóse el visir al pie de una palmera, rendido por el cansancio. Su camello daba resoplidos, anunciando el simún del desierto; a lo lejos veíanse montes de arena que se movían y se levantaban como torbellinos de fuego. Asustado el visir, se refugió en una cueva que vió a lo lejos junto a un otero: allí encontró a un pastor anciano, que le ofreció dátiles y un odre de agua.

—¿Qué buscáis en esta soledad?—preguntó al magnate.

—Busco al hombre feliz, que no he hallado en la corte—replicó irónicamente éste.

—Alá es grande—repuso con gravedad el viejo—. El leopardo del desierto—añadió poniendo su mano sobre el pecho—gusta en su cueva lo que no tiene en su palacio el caudillo de los creyentes.

—¡Tú!—exclamó el visir estupefacto—. ¿Tú eres feliz?...

—¡Alá es grande!—repitió el viejo.

—Pero ¿cómo eres feliz en esta cueva?...

—*Porque ni deseo otra, ni temo perder ésta.*

—¿Pero dónde encuentras tu dicha?—preguntó el visir, que no comprendió la profunda respuesta del viejo.

—Dentro de mí mismo.

El visir, alborozado, arrojó a los pies del pastor un saco de zequés, y le pidió su camisa. El anciano abrió sonriendo el sayo de pieles que le cubría, y... ¡oh sorpresa inesperada! ¡oh desengaño cruel!...

¡El hombre feliz... no tenía camisa!...

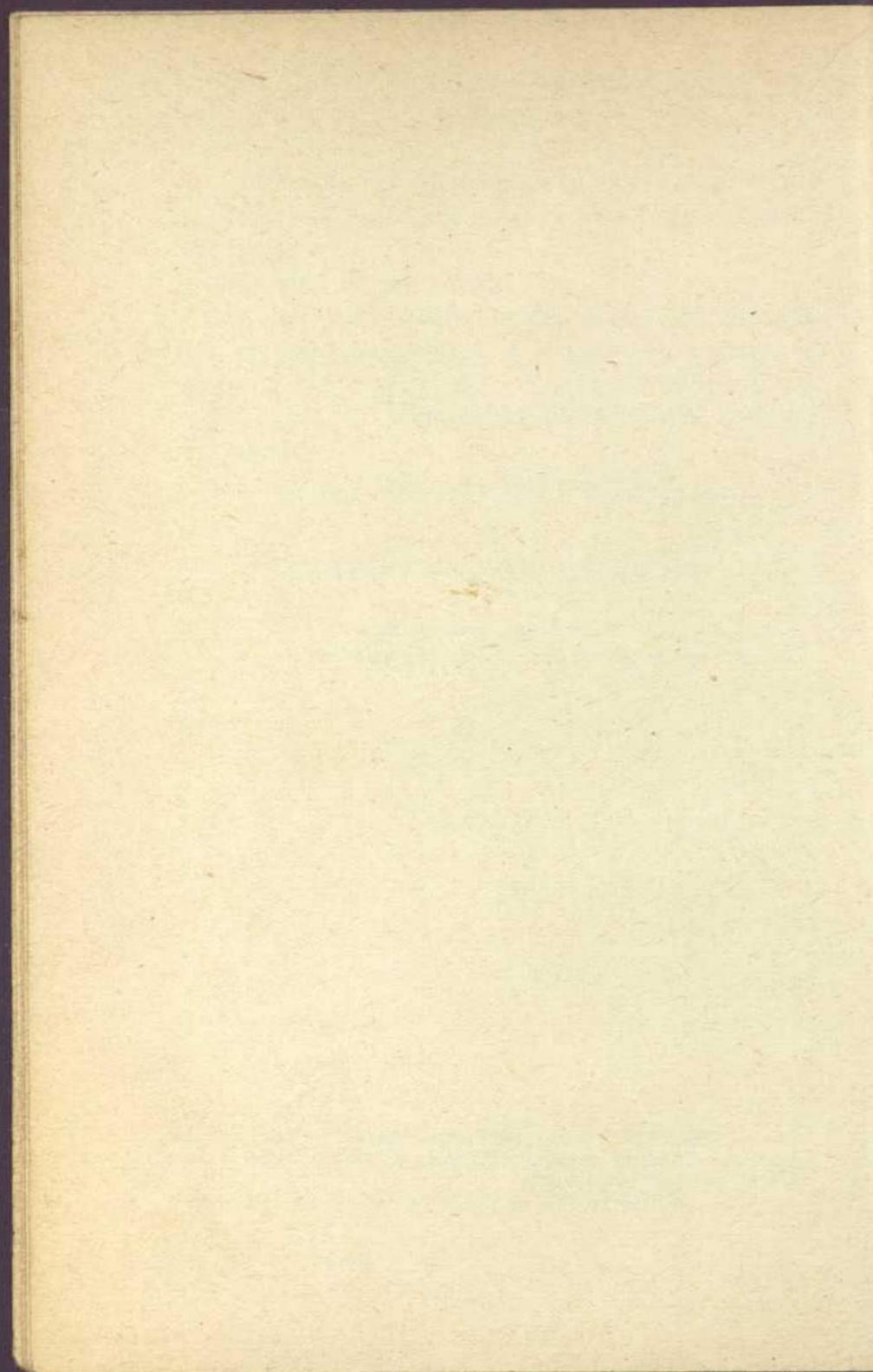
# Historia de un cuento

A un crítico de diez años  
que encuentra mis cuentos "my vomitos" (1)

---

(1) ... Mándeme V. un cuento *my vomito* al Colegio; que no me an castigado esta semana mas que sinco beces, y dice el P.\*\* que voy megorando.

(Carta escrita al autor por el citado crítico.)



Sembrad en los niños la idea, aunque no la entiendan; los años se encargarán de descifrarla en su entendimiento y hacerla florecer en su corazón.

## I

Había en casa de mis padres un bonito jardín, que separaba la cuadra y cochera del resto del edificio. Levantábase en el centro una glorieta circular, y salían de ella varias callecitas sombreadas por parras y rosales, que iban a terminar en preciosos arriates, caprichosamente cerrados con verjas. En uno de éstos, en que no habían sembrado planta ninguna, guardaba yo dos cabritas, regalo de mi abuelo, de quien siempre fui el nieto predilecto.

Estos inofensivos animalitos tenían un enemigo encarnizado en la persona de doña Mariquita, anciana ama de llaves, que desempeñaba este cargo en mi casa hacía veintidós años. Según ella, nada bueno podía esperarse de unos animalitos que tenían con el diablo el peligroso punto de contacto de poseer como él cuernos y rabo.

Mis relaciones con doña Mariquita no eran muy cordiales: la disciplina doméstica, quebrantada a veces por mis cabras, y sobre todo, un individuo de la raza felina, un gato pardo, llamado Pilitón, en quien tenía ella puestos sus cinco sentidos, eran entre nosotros la manzana de la discordia. Solía yo cogerle por una pata sin el menor miramiento, y haciéndole sentar sobre sus cuartos traseros, le preguntaba muy serio:

—Pilitón... ¿Quieres ir a la escuela?

Pisábale entonces el rabo con disimulo, y Pilitón mayaba furiosamente.

—¿Lo ves?—gritaba yo a doña Mariquita—, ¿lo ves cómo Pilitón es un flojo que no quiere estudiar?...

Doña Mariquita corría detrás de mí, llamándome *Nerón*, y yo me refugiaba en cualquier asilo, mientras el señor Pilitón se atusaba los bigotes, erizados de cólera por mi falta de respeto a las conveniencias sociales.

Un día vino a verme mi amigo Juan Manuel, y entre los dos cometimos una iniquidad horrible, que tuvo a poco providencial castigo: atamos al rabo de don Pilitón un triquitraque de a dos cuartos, y le prendimos fuego. El pobre animal huyó desatentado a refugiarse entre las enaguas de su dueña, que a poco más se inflaman, como se inflamó su cólera al ver chamuscado el rabo de su gato.

Presentóse a mi madre pidiendo justicia, y en un enérgico discurso probó hasta la evidencia mi

complicidad en el atentado; y extendiéndose luego sobre el influjo de las malas compañías, vaticinó mi pronta e inevitable muerte en lo alto de un patíbulo, si continuaba siendo el Orestes de aquel maléfico Pílates, tan aficionado a la pirotecnia.

Asustó a mi madre la profecía, y me sentenció a tres días de encierro, en un cuarto que llamaban la *alcoba oscura*. Durante mi cautiverio ocuparon varias ideas mi mente: pensé primero hacer una cuelga general de amas de llaves, pendientes todas de rabos de gatos: proyecté después escribir un libro, como Silvio Pellico, que llevase por título *Mis prisiones*; y decidí, por último, dedicarme a la cetrería, cazando moscas, que, con un papelito puesto por cola, hacía volar por el cuarto.

Esta aventura me hizo variar mis relaciones diplomáticas con el señor Pilitón: dejé la franca política de los beduínos del Sahara, y sin haber leído a Maquiavelo, adopté la astuta y tortuosa política florentina. Hacíale mil caricias y fiestas delante de su dueña, y me las pagaba todas juntas cuando lo cogía a solas. Doña Mariquita era poco filóloga: por eso las quejas de don Pilitón eran oídas, mas no entendidas.

Un día (día aciago por cierto) cosía doña Mariquita, sentada junto a una ventana que daba al jardín: Pilitón reposaba tranquilamente a su lado, y colocada entre ambos había una cestita de mimbres, en que se hallaban las llaves del comedor, la calceta de doña Mariquita y... unos cuantos ci-

garrillos de papel. Porque, fuerza es confesarlo: doña Mariquita tenía la debilidad, extraña en su sexo, de fumar como un coracero.

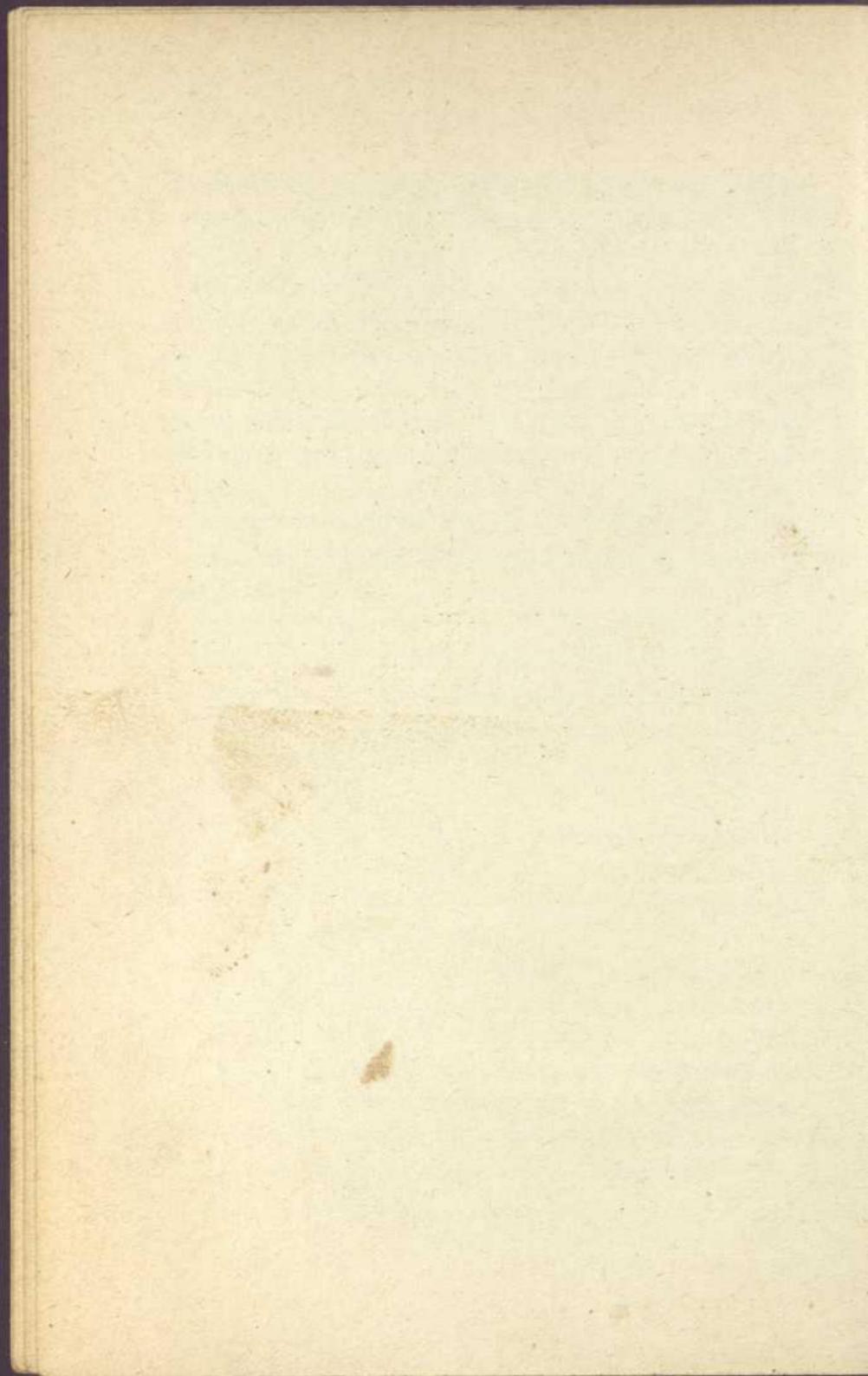
Yo me acerqué a don Pilitón, para hacerle mis acatamientos, y conquistarme así la benevolencia de su dueña, que tenía en depósito una bandeja de riquísimos piñonates, regalo de unas monjas que socorría mi madre. No sé lo que por mí pasó entonces; pero sin duda debió ser tentación del enemigo. Es lo cierto que, sin saber cómo, se introdujo mi mano en la cestita, y se apoderó de uno de aquellos cigarrillos, sin que don Pilitón ni su dueña cayesen en la cuenta.

Corrí entonces al jardín, a esconderme en el cercado de mis cabras, para fumar, sin testigos, el cigarrillo de doña Mariquita, primero que se posaba en mis labios. ¡Pero cuál no sería mi sorpresa, cuál no sería mi terror, cuando, al aplicarle un fósforo, que de paso cogí en la cocina, vi salir una atroz llamarada, que me chamuscó las narices!... Caí sentado del susto, y creí por un momento que el Vesubio vomitaba sus llamas y su lava por la punta del cigarro.

Acudió a mis gritos Tomás el cochero, y la misma doña Mariquita llegó presurosa, preguntando qué me sucedía. Mi horror natural a la mentira me hizo confesar mi culpa, al mismo tiempo que mi desgracia. Asombrada doña Mariquita, abrió uno a uno sus cigarros, y encontró en dos de ellos un poquito de pólvora, hábilmente colocada en la cabecilla.

Hiciéronse pesquisas para averiguar quién era el bárbaro nihilista que, apuntando a las narices de doña Mariquita, había chamuscado las mías, y resultó al fin culpable mi amigo Juan Manuel, que, huésped el día antes en mi casa, había aplicado sus conocimientos pirotécnicos a los cigarrros de la pacífica vieja.

Doña Mariquita, que tenía la cara más fea que he visto y el alma más hermosa que he conocido, perdonó generosamente al culpable: me puso un pañito de árnica en la quemadura, y aquella noche, después de rezar conmigo esas mismas oraciones que tantas veces he rezado yo contigo, me contó el siguiente cuento, mientras el sueño no acudía a mis ojos, espantado por el gran escozor que mortificaba mis narices.



## II (1)

Pues, señor, que era vez y vez, y el bien que viniere para mí se quede, y el mal para quien lo fuere a buscar, de dos compadres, uno rico y otro pobre. El rico se llamaba don Juan, y el pobre, Juanete a secas.

El rico tenía más pellas que un cebón, por lo que la gente del barrio le llamaba don Juan *Botija*: hablaba recio, como la campana gorda de la iglesia; pisaba fuerte, como el que pisa en lo suyo; rara vez se descubría, y, sin embargo, todos los sombreros se inclinaban a su paso; fumaba puros, y vivía en una casa propia, con cancela y fuente en el patio.

El pobre parecía que las curianas lo chupaban de noche; hablaba quedito, como la esquila del

---

(1) Este cuento es verdaderamente popular; y lo trascribimos tal como nos fué referido, conservando las graciosas inverosimilitudes y el característico sello propio de este género de literatura, con tanto afán coleccionada y analizada en varios países, sobre todo en Alemania, por los eruditos aficionados a ella. A éstos dejamos el cuidado de explicar las extrañas analogías que existen entre los cuentos populares de todos los países: el que referimos las tiene muy notables con uno, cuyo título no recordamos, comprendido en la colección sueca de Andersen.

campanario; su andar era de puntillas, como el que pisa en lo ajeno; siempre con el sombrero en la mano, y nadie se cuidaba de contestar a su saludo; fumaba colillas, y vivía en un sombrero que había hecho allá en las afueras del pueblo.

Don Juan Botija cantaba repantingado en una butaca, después de haber comido por un regimiento:

¡Fumar, comer, beber,  
que vengan rebujinas;  
dejar que vaya el pobre  
a dar contra una esquina!

Juanete cantaba, tomando a la puerta de su sombrero una ración de sol, mientras se escaraba los dientes con el rabo de la paleta:

El hombre que nace pobre  
con el frío es comparado;  
todos le huyen el cuerpo,  
no les pegue un resfriado.

Don Juan Botija tenía su mujer, y Juanete tenía la suya. La del rico era alta, seca, amarilla como una vela de sebo, de pocas palabras y menos caridad. La del pobre era chica, regordeta, vivarachita, capaz de contarle los pelos al diablo, y de jugarle una pasada al lucero del alba: se llamaba Catalina; pero le decían *la chata*, porque tenía las narices en conversación con las cejas.

Pues vamos a que un día señá Catalina la Chata, que andaba, como quien dice, con el hambre a

puñetazos, se tocó el pañolón y fué a pedirle por caridad a su compadre Juan Botija que le diera a la mano para sembrar un *cojumbralito*. El señor Juan Botija, era un don Alejandro en puño, a quien si no se le daba en el codo no abría la mano; y por más que su comadre le gimió y le lloró, sólo pudo conseguir que le tirase a la cara dos cuartos diciéndole:

Chata, barata,  
narices de gata;  
toma dos cuartos  
para batata.

A la Chata, que tenía malas pulgas, le dió un brinco en el cuerpo la soberbia, y chilló más quemada que el taco de un mortero:

—¡Oiga usted, so deslenguado!, se mete usted sus dos cuartos donde le quepan, y a mí no me viene poniendo motes... ¿Estamos?... ¡El diablo del hombre, que parece una sandía con patas!... ¡Bien podía usted quitarse el *don Juan*, que lo tiene *jilvano*, y quedarse con el *Botija* solo!

Y la Chata, echando chirivitas por aquella boca, tomó dos dedos de luz y cuatro de traspón, y con el pañolón tirado atrás, y echándose fresco con el delantal, se volvió camino de su sombrero.

Juanete estaba sentado a la puerta, mirando a unos gorriones que un poco más allá jugaban al toro, picando una ruedecita de zanahoria que brillaba al sol. Conforme vió venir a su mujer tan sofocada, le dijo con sorna:

—¡Te lo dije; te lo dije, que sacarías lo que el negro del sermón: la cabeza caliente y los pies fríos!

—¿El qué me dijiste tú, Juan Lanas?—contestó Catalina, que traía ganas de pegarla con alguien—. ¿Qué me dijiste tú, que no sirves más que para ocupar una silla y desocupar un plato?

—Ni ocupo sillas ni desocupo platos, porque ni sillas ni platos tengo.

—¿Y quién tiene la culpa, grandísimo flojo; que, por no trabajar, ni te lames los labios cuando los tienes secos?

—Mira, que si tú tienes ganas de rabiarse, yo la tengo de morder; conque compra un cordel y ahórcate, y punto en boca.

—¡No me da la real gana; y a mí no me alzas tú el gallo!

—Lo que te voy a alzar van a ser las quijadas de una *quantáa*.

—¿Tú a mí, grandísimo pillo?

Y Catalina, ciega de coraje, le estampó a su marido en la cabeza un pucherete, que fué a caer sano y salvo en medio de los gorriones: éstos echaron a huir, gritando: —¡Ya se armó la gorda!— y Catalina fué a recoger su puchero.

—¡Ay, Juanete de mi alma; mira lo que me he encontrado!—gritó a su marido, enseñándole aquella ruedecita de zanahoria con que los gorriones jugaban, que era ni más ni menos que una monedilla de cinco duros.

En qué los gastaremos, en qué no los gasta-

remos; ya iban a agarrarse de nuevo marido y mujer, cuando Catalina se los guardó en la faltriquera diciendo:

—Déjame a mí, que con estos cinco duros me he de traer para acá todas las talegas de ese condenado Juan Botija.

Y en seguida echa mano a un zagalejo de bayeta colorada, le saca un paño, y se pone a hacer con él un gorro para Juanete: así que estuvo listo, se lo pone a su marido en la cabeza, y le dió los cinco duros.

—Ahora mismo—le dijo—te vas al *Capilé* (1) de la calle de San Sebastián, y pagas una comida de lo mejor: luego te vas con tu gorro colorado a casa de tu compadre, y le convidas a comer contigo...

En este momento pasaba por delante del sombrero un hortelano, que con su burrita cargada de hortalizas iba para el pueblo, y Catalina siguió hablando muy quedito. A Juanete debió de gustarle lo que su mujer le dijo, porque los ojillos se le encandilaron, se encasquetó su gorro colorado, con el que, tan seco y amarillo como era, parecía un fósforo de cabecilla encarnada, y se vino para el pueblo a cumplir lo que su mujer le había mandado.

El señó Juan Botija, que a pesar de sus talegas era más ruin y avaricioso que un judío, se dió con

---

(1) Se da en Andalucía el nombre de *Capilé* a unos establecimientos en que se sirve café a dos cuartos, y comidas de cuatro en adelante.

un canto en los pechos al ver que iba a sacar la tripa de mal año a costa de su compadre, y cogiendo su *castora*, se fué con Juanete caminito del *Capilé*. En la puerta de éste, y debajo de la pintura de un plato con un par de huevos fritos, y otro con una gallina asada con plumas y cresta, había este letrero:

Entrar, beber, holgarse,  
y al tiempo de pagar  
no incomodarse (1).

—¿Sabe usted, compadre—dijo señó Juan Botija—, que sería un gusto si el letrerillo éste fuese de verdad?

—Puede que para algunos lo sea—contestó Juanete con mucho misterio.

Aquello fué un festín de arroz y gallo muerto; y cuando ya señó Juan Botija tuvo que desabrocharse el chaleco, y Juanete que aflojarse la faja, se levantaron, y sin decir oste ni moste, tomaron el camino de la puerta.

—Compadre, ¿no paga usted?—dijo señó Juan Botija, con tanta boca abierta, al ver que pasaban por delante del amo sin que le reclamase el dinero.

—Déjese usted de tonterías—contestó Juanete, sin decir que la comida estaba ya pagada.

—Compadre, que nos van a llevar a la casilla.

—Hombre, no sea usted inocente. ¿Ve usted este gorro colorado?

(1) Auténtico.

—Sí que lo veo.

—Pues el que lo lleve puesto, bien puede ir a cualquier parte, seguro de que no han de cobrarle ni un maravedí.

—¿Es de veras lo que usted me dice, compadre?

—¿Pues no lo acaba usted de ver, alma de miércoles?

—Compadre, es menester que me venda usted ese gorro.

—Ni que usted lo piense, compadre.

—Mire usted que le doy dos onzas por él.

—Ni que me diera usted cuatro.

—Compadre, ¿sirven dos mil reales?

—Si quiere usted gorro, ha de darme cuatro mil.

—Compadre, eso es muy caro.

—Pues de ahí no bajo un ochavo.

—Venga usted por ellos, compadre.

Y los dos se fueron a casa de señó Juan Botija, que entregó a Juanete los cuatro mil reales, y se quedó con su gorro colorado, creyendo que con él tenía ya al rey cogido por un bigote.

Dejemos a Juanete, que, reventando de risa, fué a buscar a su mujer, y entre los dos hicieron un hoyo al pie de una higuera, donde enterraron los cuatro mil reales, y vamos a señó Juan Botija, que con su gorro colorado encasquetado, y puesto encima el sombrero para no llamar la atención, se fué para la confitería, dispuesto a darse de rosita una atraquina de marca mayor.

Lo de merengues, lo de peras de dulce, lo de mazapanes y lo de almendrados que aquel buen hom-

bre se metió en el cuerpo, no es para contado, sino para visto. Así que ya se lo tocaba con el dedo, le hizo un guiño a la confitera, se quitó el sombrero para dejar asomar el gorro colorado, y volvió la espalda. La confitera se echó a reír de aquellos telégrafos que no entendía, y dejó que se fuera con Dios, porque como era hombre de dineros, en otra ocasión podría cobrarle.

—Malillo fué el negocio que hice yo comprando mi gorrito—decía señó Juan Botija, guardándolo bajo siete llaves, después de cepillarlo *por mor* de la polilla—. ¡Ahí es nada el capital que se me entra por las puertas! Pues, ¿dónde me deja usted ese tonto de Juanete, que por tristes cuatro mil reales me ha vendido esta mina de oro?

Y todos los días diarios iba a la confitería, se ponía reventando, echaba al aire el gorro colorado, y se iba sin pagar un cuarto.

Pues, señor, que una noche en que señó Juan Botija se comía una batata que no le cabía en la boca, le dijo la confitera:

—Conque, don Juan, ¿cuándo paga usted esa cuentecilla?...

Don Juan se quedó con la batata en la mano y la boca abierta, y por toda respuesta se quitó el sombrero, echando al aire el gorro colorado.

—No se asuste usted—replicó la confitera—, que no es puñalada de pícaro.

—Pero, señora, ¿no ve usted el gorro que tengo puesto?

—Ya lo veo, que no soy ciega.

—Pues el que traiga puesto este gorro no tiene que pagar nada, ni aquí ni en ninguna parte.

—¿Está usted loco, señor?... ¿De dónde ha sacado usted eso?

—De cuatro mil reales que me ha costado el tal gorrito.

—Con el que yo no tengo nada que ver.

—¿Sí?... pues espere usted ahí sentada a que venga yo a pagarle los dulces.

—¡Lo veremos!... ¡Pues no faltaba más, sino que estuviese aquí una pobre ganándose la vida, para que vinieran a robarla los señores de levita!

—¡Señora, señora, no me falte usted!... ¡los dulces que yo como están pagados!

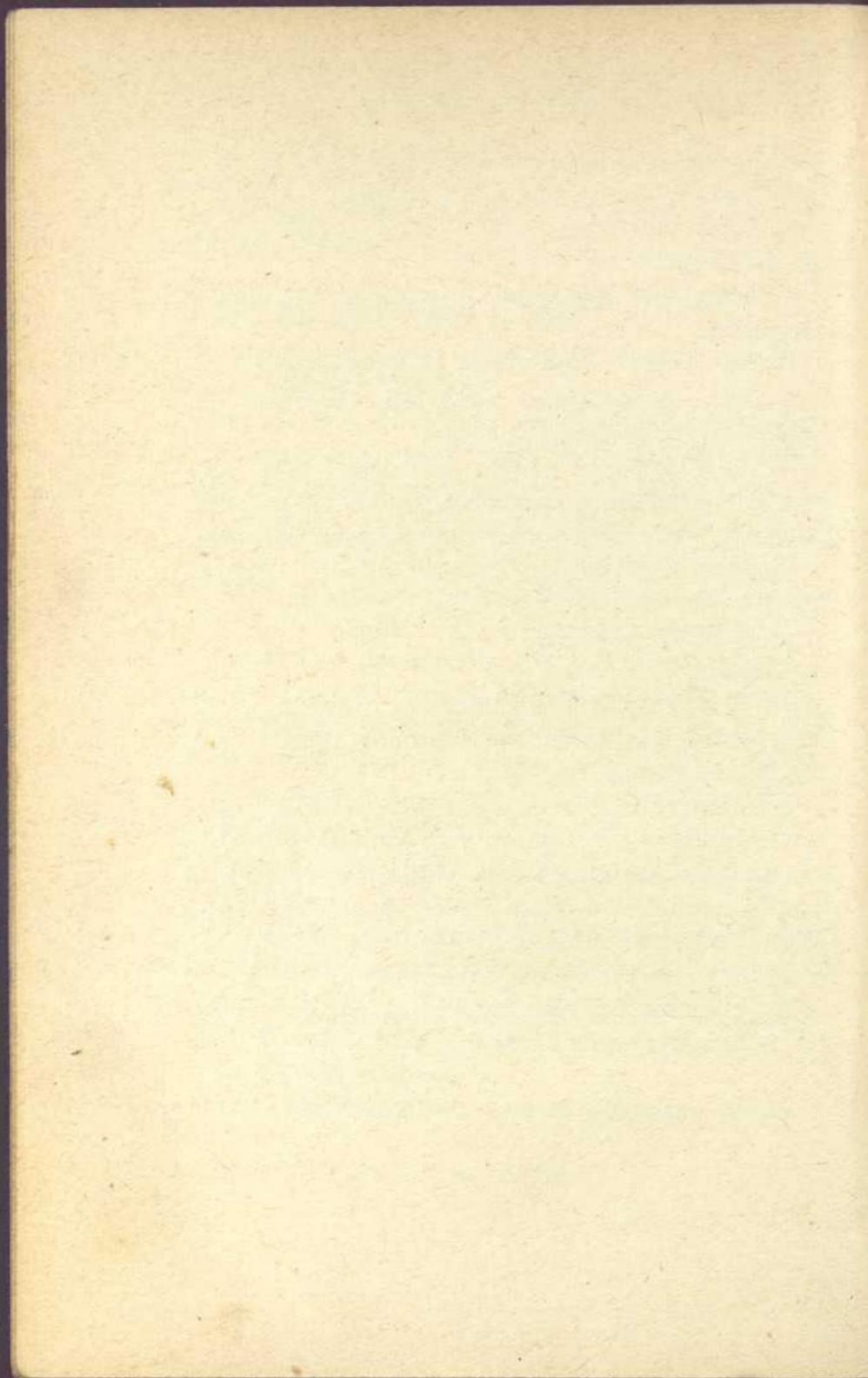
—¡Mentira, mentira!

—¡Señora!

—¡Sí, señor, mentira, mentira podrida; y ha de ir usted a la cárcel por ladrón, o pierdo yo el nombre que tengo!

Señó Juan Botija pierde los estribos, echa mano a una batea de merengues, y se los estampa en la cabeza a la confitera: ésta chilla, se alborota el barrio, acuden los municipales, hacen que señó Juan Botija afloje los cordones de la bolsa, y me lo llevan a su casa para encerrarlo por loco.

Que si, como fué rico, hubiera sido pobre, duerme en la cárcel aquella noche.



### III

Pues vamos a Juanete y a su mujer, que se iban poniendo gordos como pelotas, con los cuatro mil reales del compadre Juan Botija. La señá Catalina, que tenía más trastienda que un almacén de comestibles, y más intención que un toro de ocho años, había mercado en la recova dos conejitos blancos, iguales como los ojos de la cara: metió uno de ellos en un jaulón de cañas, y dándole el otro a su marido, le cantó esta cartilla:

—En el punto y hora en que señó Juan Botija se nos entre por las puertas, coges este conejo, te escurres por la puerta del corral, y vas a esconderte en el estercolero de enfrente; y en cuanto veas que saco yo el del jaulón y lo dejo ir, te vienes para acá, teniendo mucho cuidado no se te escape el conejo que has de llevarte. ¿Estás impuesto?

—Ya está acá—contestó Juanete.

Pues, señor, que estaba éste una tarde tomando el fresco a la puerta de su sombrero, cuando se ve venir al compadre Juan Botija echando fuego por aquellos ojos, y con las narices más abiertas que un torillo hosco. ¡Pies para que os quiero!:

echa mano a su conejo blanco, se escurre por la puerta del corral, y va a esconderse en el estercolero de enfrente, mientras Catalina seguía cosiendo como si tal cosa, cantando para disimular:

Glorioso San Pantaleón,  
santazo de cuerpo entero,  
y no como otros santitos  
que no se ven en el suelo.

—¡Dios guarde a usted, comadre!—dijo Juan Botija, apareciendo en la puerta con un garrote gordo como mi brazo.

—Venga usted con Dios, compadre.

—¿Dónde está el grandísimo pillo de su marido de usted?...

—Oiga usted, compadre, hablemos bien, que el hablar bien no cuesta dinero.

—¿Dónde está ese diablo de hombre?

—¡Ave María Purísima, y qué alboroto!—replicó Catalina—. Ha ido a la barbería y estará afeitándose.

—Pues allá voy...

—Espere usted, hombre de Dios, y lo mandaré a llamar en un instante.

Y diciendo esto Catalina, saca el conejo del jaulón, lo agarra por el morrillo, y grita a las orejas del animalito:

—Anda corriendo a la barbería, y dile a tu amo que lo está esperando aquí su compadre.

Dicho esto, suelta al conejo en el suelo, toca dos veces las palmas, diciendo: —¡Ya estás de

vuelta!— y el animalito empinó el rabo, se echó atrás las orejas, y apretó a huir como un cohete.

—¿Y volverá ese conejo, comadre?—preguntó Juan Botija, que con los ojos *poníos* y la boca *abría*, presencié toda aquella maniobra.

—¿Pues no ha de volver?... Usted verá cómo se viene por acá con Juanete, en cuanto le dé la razón.

En aquel momento apareció éste por el lado del pueblo, acariciando al otro conejo blanco; y seño Juan Botija, que tenía unos sentidos muy tupidos, lo tomó por el que poco antes había visto en manos de Catalina.

—¡Compadre, es menester que usted me venda ese conejo!—exclamó, yéndosele el santo al cielo, y sin acordarse ya del gorro colorado.

—Vaya con mi compadre, que es como *Mariquita Pantoja: todo lo que ve se le antoja*.

—Dos onzas le doy a usted ahora mismo, y me llevo el conejo.

—Ni que fueran cuatro.

—Compadre, mil reales.

—¿Da usted los mil y quinientos?...

—Vayan allá...

El señor Juan Botija soltó mil y quinientos reales, y con su conejo blanco agarrado por las patas, tomó el camino de su casa, rumiando para su colete:

—¡Pues, señor, hice un viaje a las Indias! Ya puedo ir despidiendo al farruco, que se lleva tres duros de salario y come como un sabañón, y que-

darme sólo con este mandaderito de cuatro patas, que con dos cuartos de lechuga y un jaulón de cañas, tiene casa y comida. ¡No; si soy yo tonto, y no sé dónde me aprieta el zapato!

Conforme llegó señó Juan Botija a su casa, le plantó al criado su salario en la mano y le dijo que se fuera con Dios. De seguida ata un paquete de billetes de Banco al cuello del conejito, y le dice más serio que un cuarto de especies:

—Anda al Ayuntamiento; pregunta por el alcalde, y dile que ahí lleva el dinero de la contribución; y menéate, porque tienes después que ir al Banco a cobrar este recibito.

El conejo volvió las espaldas, y diciendo: —¡Anda que te coja un toro!— echó a correr para su madriguera, donde hizo con los billetes una camita, para siete conejitos chicos que el otro día le trajo la cigüeña; porque no era conejo, sino coneja.

Mientras tanto, señó Juan Botija, paseo arriba, paseo abajo, esperaba la vuelta del mandadero.

—Verá usted—decía asomándose a la ventana—si va a estar cerrado el Banco cuando llegue a cobrar el recibo.

Pero dieron las tres, y las cuatro, y las cinco, y el conejo no volvía: señó Juan Botija cogía moscas y se tiraba de los pelos.

—¡Ese pillo de mi compadre me ha engañado!— exclamó, echando mano a la escopeta y tomando la escalera abajo.

Su mujer, que le vió salir de aquella manera, se le agarró a los faldones de la levita, gritando:

—¡Juan, que te pierdes; que te pierdes, Juan!

Pero Juan, sin encomendarse a Dios ni al diablo, le descerrajó un tiro, que la dejó en el sitio sin que dijese ¡Jesús!, y apretó a correr para el sombrero de su compadre.

—¡Compadre, vengo a matarlo a usted!—le gritó a Juanete, echándose la escopeta a la cara.

—Nos mataremos, compadre—replicó éste, agarrando con una mano la paleta y empuñando con la otra la navaja.

Catalina quiso meterse por medio; pero su marido le tiró una puñalada, y la pobrecita vino al suelo, gritando: —¡Soy muerta!— y echando un mar de sangre por aquel pecho.

—Compadre, nos quedamos iguales—dijo Juan Botija bajando la escopeta—. Usted ha matado a su mujer y yo a la mía.

—Como quiera es el trabajillo que me costará a mí el resucitarla—contestó Juanete.

Y sacando del bolsillo una trompetita, pitó tres veces junto a la oreja de su mujer. ¡Hijo de mi alma, aquello fué como la trompeta del día del juicio!... porque al primer trompetazo abrió señá Catalina un ojo, al segundo el otro, y al tercero se puso en pie de un respingo, buena y sana, y entera y verdadera.

—¡Compadre, por el amor de Dios, déme usted esa trompetita!—exclamó Juan Botija, con los pelos en pie de susto.

—¡Que se vaya usted de aquí!

—Compadre, que si no me la da usted me llevan al *palo*.

—Pues fastídiase usted.

—Compadre, todo lo que tengo es suyo, si me da esa trompeta.

—Pues toma y daca.

El señó Juan Botija soltó cuanto llevaba encima, toma su trompeta y echa a correr hacia su casa, que el miedo le daba alas, mientras Juante, que de risa se le rajaba la boca, sacó a Catalina del pecho una vejiga de carnero llena de sangre, que era donde le había tirado la puñalada.

Pues vamos a señó Juan Botija, que llega a su casa sudando como un pato, y se pone a tocar la trompetita junto a la oreja de su mujer. Pero ¡qué había de resucitar, si estaba más muerta que mi abuela!

—¡Bruto, rebruto!—exclamaba Juan Botija, dándose de puñetazos—. ¡Todo esto me sucede por tonto, retonto!... ¡Pero no se me escapará de esta hecha ese tunante ladronazo!

Y arrancándose cada mechón de pelo que parecía una zalea merina, coge un saco, se monta a caballo, corre a galope para el sombrero de su compadre, y llega en el momento en que éste cenaba con su mujer.

—¡Ya caíste, gran pícaro!—exclama, echándole mano al gañote y zampándole en el saco, sin andarse con chiquitas: luego lo atraviesa en su ca-

ballo, y *hala, hala*, toma el camino del Tajo de Ronda, por donde pensaba despearlo.

Al llegar al Tajo, ya se iba viniendo la noche encima, y Juan Botija puso a su compadre a la orillita, mientras iba él a dar un pienso a su caballo, y a echar un trago en un ventorrillo que por detrás de una cortina de olivos asomaba la veleta. No bien sintió Juanete por las pisadas que ya su compadre se había alejado, empieza a gritar:

—¡Pues, señor, que es fuerte cosa esta! ¡He dicho que no me caso con la hija del rey, y no me caso!

Y al cabo de un ratito añadía:

—¡He dicho que no me caso con la hija del rey, y aunque se empeñen frailes descalzos, no me caso con ella!

Y dale que le darás, no salía de esta canción.

Pues vamos a que un pastor que por allí cerca guardaba sus cabras, oyó las voces de Juanete, y pensando que aquello fuese una tropelía, le ayudó a salir del saco.

—¿Qué es lo que le pasa a usted, hombre?—le dijo.

—¿Qué me ha de pasar, señor?... que aquí me llevan en este saco a casarme con la hija del rey, y yo digo que no doy el sí aunque me hagan pavesas.

—¿Y dice usted que el que vaya en ese saco se casa con la hija del rey?

—¡Y que es bromilla!

—De modo que, si yo me voy dentro, me casaré con ella.

—¿Pues no le he dicho a usted que sí?...

—Compañero de mi alma—exclamó el pastor tirando el zurrón y el cayado—, quédese usted con mis cabras, que yo iré en lugar de usted a casarme con la hija del rey.

—Andando—replicó Juanete.

Y más pronto que la vista, me mete al pastor dentro del saco, y echa a correr con las cabras, a tiempo que Juan Botija volvía del ventorrillo. Este, que venía calamocano, se echa a cuestras el saco en que el pastor soñaba ya con coronas y palacios, y ¡*cataplúm!*, lo despeña por el Tajo abajo, gritando:

—¡Toma y vuelve por otra, grandísimo tuno!

Juan Botija se quedó mirando cómo el cuerpo del que él creía su compadre, iba dejando por entre aquellos pedruscos, aquí un brazo, allí una pierna y más allá la cabeza; y sin decir siquiera ¡que Dios te haya perdonado!, porque tenía mala sangre, tomó el camino del pueblo.

La noche se venía encima, y Juan Botija tiritaba más de miedo que de frío, porque sentía allá dentro un gusanillo, que era su propia conciencia, que le decía:

—¡Ah tunante! ¿para qué sirven el juez y el escribano, sino para hacer justicia?... ¡Asesino! ¡asesino!... Y allá, de los profundos del Tajo, parecía como si el eco repitiese también: ¡Asesino! ¡asesino!...

A Juan Botija se le pusieron los pelos de punta, y montó la escopeta, como si a aquella voz la hicieran callar las balas. Con más miedo que vergüenza iba el pobre hombre caminando por entre aquellas breñas, cuando al revolver de un atajo se topó de manos a boca con su compadre Juanete, que venía trayendo su zurrón al hombro y sus cabras por delante.

—¡Jesucristo!—exclamó señó Juan Botija, haciendo la señal de la cruz, por si era alguna aparición del otro mundo; pero Juanete le volvió el alma al cuerpo, diciendo:

—¿Qué tal el viaje, compadre?... Si como me tira usted por la izquierda, me tira por la derecha, en vez de cabras saco ovejas.

—¿Qué me cuenta usted?

—Lo que usted oye; ahora mismo me voy para el pueblo con mis cabritas, y van a estar feíllos los quesitos y los requesones que haremos mi Catalina y yo.

—¿Me quiere usted hacer un favor, compadre?

—Mande usted—contestó Juanete.

—Pues tíreme usted ahora mismo por el Tajo abajo.

—Si usted se empeña...

Juan Botija sacó de las alforjas un saco, se metió en él, y a la una, a las dos, a las tres, lo echó a rodar su compadre por aquellos peñascos, donde fué a reunirse con el pastor hecho una tortilla, y donde pagó todas sus picardías.

En cuanto al tuno de Juanete, llegó montado en

un caballo al pueblo, le echó la uña a todos los dineros de Juan Botija, y puso luego pies en polvorosa, huyendo de la justicia; pero como bienes mal adquiridos a nadie han enriquecido, en no sé qué camino le salieron unos ladrones, y me lo dejaron con el traje en que vino al mundo, después de darle una paliza, que de gusto se chupó los dedos.

Porque es tan fijo como el sol que nos alumbra, que Su Divina Majestad se vale de los pecados de uno para castigar los pecados de otros, dejando al que no los paga aquí, que vaya a pagarlos allá. Así Juanete fué el castigo de Juan Botija; los ladrones el de Juanete, y el *palo* el de los ladrones...

—Y así también—añadió la buena vieja besándome en la frente y renovando el árnica de mi quemadura—la culpa de Juan Manuel ha castigado la de Luisito...

Yo me eché a llorar, perfectamente contrito: que harto me probaba el escozor de mis narices cuán cierta era la profunda moraleja de doña Mariquita, y la airada sombra de don Pilitón se alzaba en aquel momento ante mi vista, mostrándome su rabo chamuscado, cual mostraba al rey Macbeth sus llagas, el pálido espectro de Duncán...

## V

De todos los actores de este drama, ninguno existe ya en el mundo. Mi amigo Juan Manuel murió en Inglaterra, víctima de sus habilidades, roto el espinazo contra el hielo del gran lago Hyde-Park, por donde furiosamente patinaba. Doña Mariquita murió en brazos de mi madre, que le pagó así su abnegación y sus cuarenta años de servicios. Pilitón murió también, dejando dos herederas de su nombre: su hija Pilitona, y su nieta Pilitita.

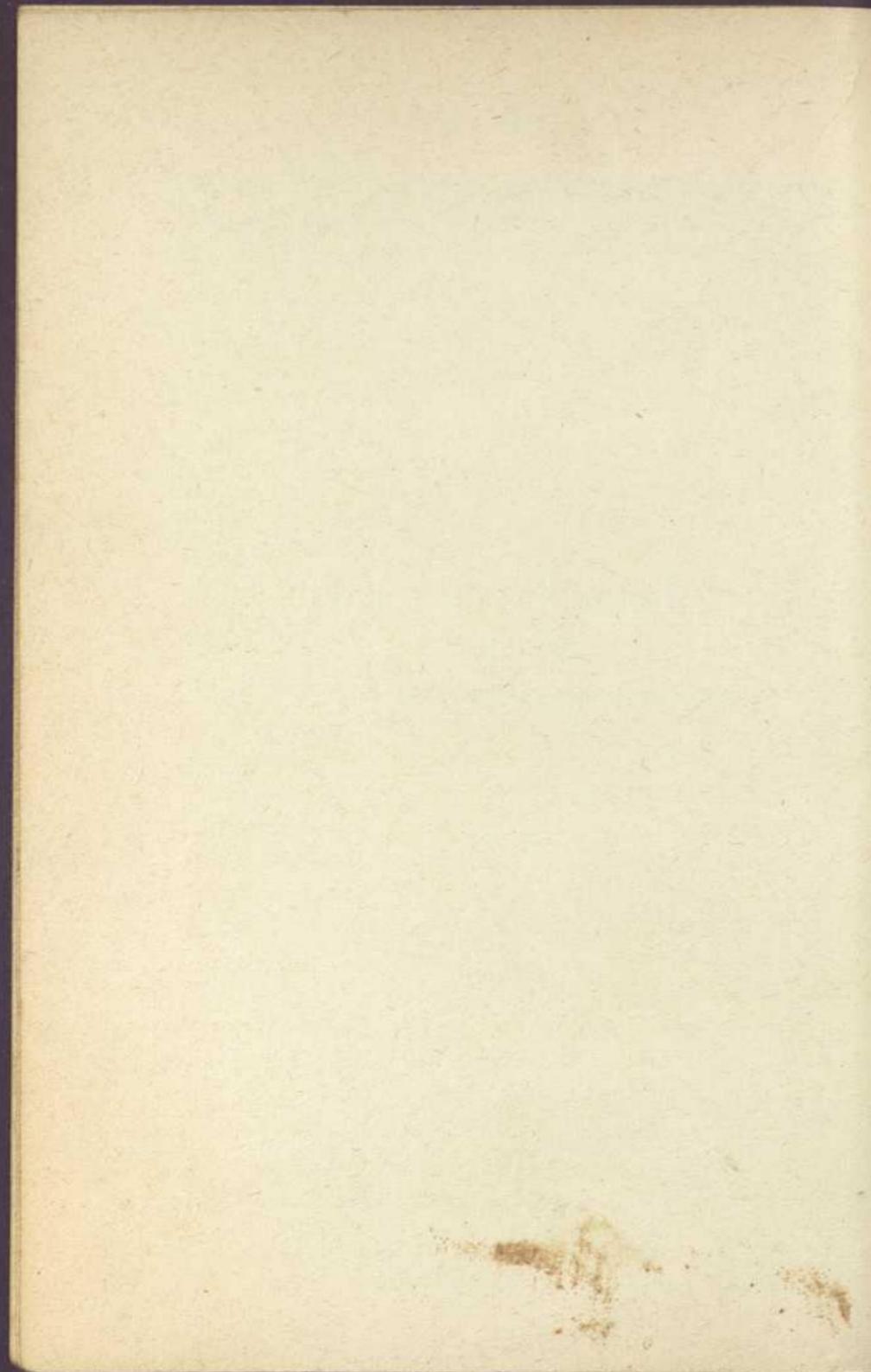
Yo, que vivo todavía, he muerto también para el mundo: visto ya mi mortaja, y debajo de ella es donde busco estos recuerdos, para enseñarte, hijo mío, que Dios detesta el mal en cuanto es *culpa*; pero se sirve de él en cuanto es *pena*, para castigar los pecados de los hombres y las travesuras de los niños, con los pecados de otros hombres y las travesuras de otros niños. Jamás te irrites, pues, contra el enemigo que te dañe: que si el hombre, abusando de su libertad, es el que levanta la mano, Dios, usando de su providencia, es el que la dirige. Humíllate ante ese castigo pater-

nal, que para corregirte te lastima, y repite con Miqueas: *Iram Domini portabo, quia peccavi ei*. La ira del Señor sufriré, porque pequé contra El.

# Periquillo sin miedo

(Cuento popular)

A Carlitos X., ilustre general y revoltoso chieuelo



## I

Una noche en que habías enredado más que de ordinario, te cogí por la manita, sin decir palabra, y te llevé al famoso torreón moruno, terror de los revolucionarios del Colegio. Por el camino me dijiste que habías pensado ser un general muy valiente, y que, por lo tanto, a nada temías.

La noche estaba más negra que suelen estarlo tus dedos al levantarte de escribir la plana, y no pudiste notar por eso la risa que tus futuros proyectos me causaron. Vínoseme al punto a la memoria cierto enanito que allá en los tiempos de mi niñez enseñaban por las calles y plazas con el marcial apodo de *El general mil hombres*, y encontré gran semejanza entre tu diminuta persona y la de aquel émulo de Tom Pouce, que se exhibía por dos cuartos.

No se intimidó, sin embargo, mi sotana negra ante tus futuros entorchados, y vióse aquella noche el espectáculo más extraño y único en la historia de un pobre jesuíta arrestando a un general ilustre en la lúgubre torre del Moro negro, que hace de los niños malos chuletas a la papillote.

No sé si en la media hora que allí estuviste encerrado te obsequiaría el Moro con algún plato de alcuzcuz, o alguna pipa de legítimo hachisch. Yo, por mi parte, me volví al salón de estudio, diciendo para mis adentros:

—¿Y por qué este niño no ha de ser, con el tiempo, un general valiente?... Corazón tiene que le dé alientos: sangre ilustre que le preste brillo... ¿Por qué no ha de empuñar algún día una espada que realce la gloria de sus abuelos con nueva gloria por él adquirida?... ¿Acaso Alejandro el Macedonio no era, a la edad de este niño, como él lo es ahora, un pobre chicuelo? ¿Acaso Nelson no enredó en la escuela antes de pronunciar el heroico *Victory or Westminster abbey*\*, que se ha grabado después en mármoles y bronces? ¿Por ventura Méndez Núñez no hizo alguna vez novillos antes de dar en El Callao la noble respuesta que conserva en sus anales la marina española: *Más quiero honra sin barcos que barcos sin honra?*...

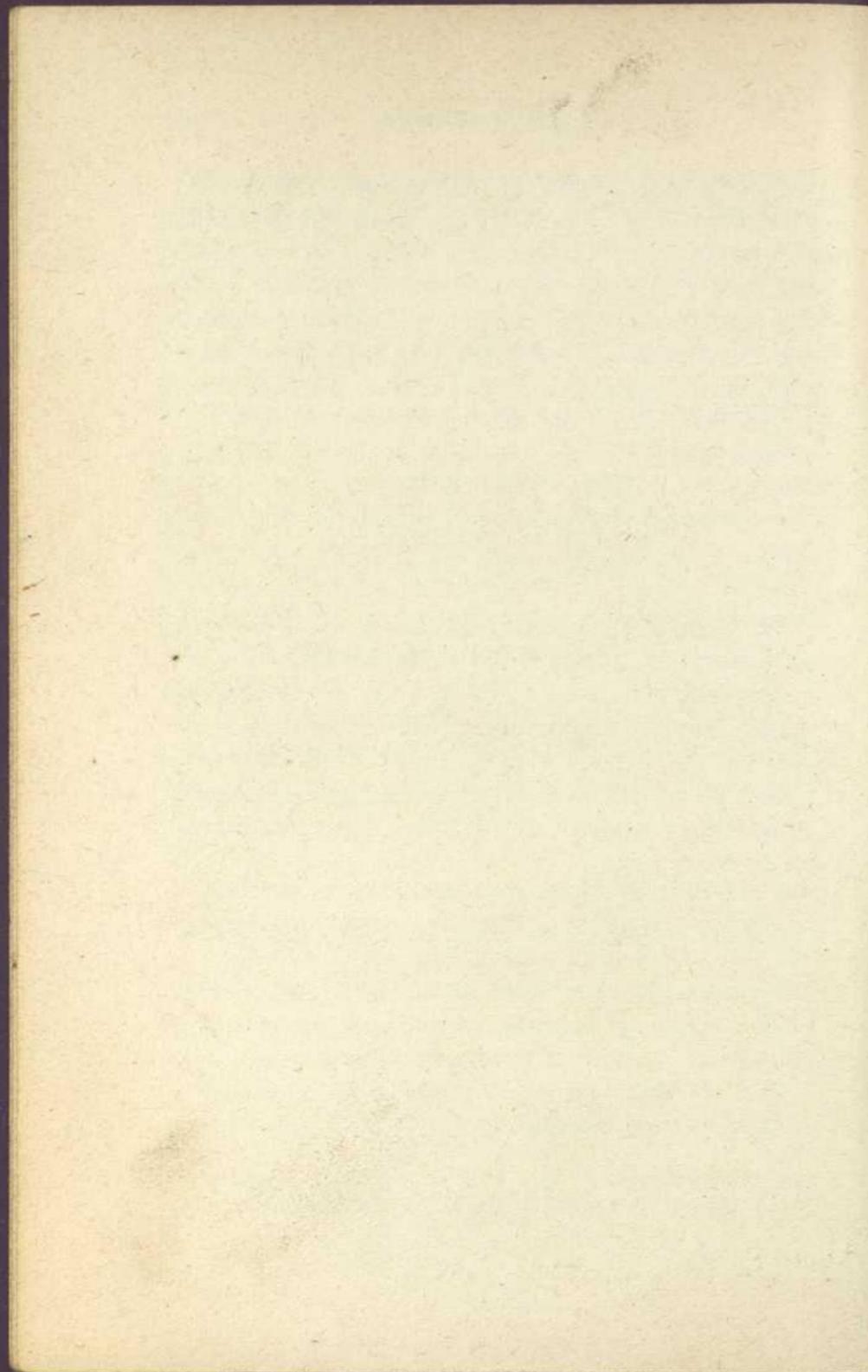
Convencido quedé de que serás, si quieres, un general valiente, y espero ver algún día ceñida a tu lado izquierdo, sobre una faja roja, una de aquellas hojas toledanas que llevan por lema: *No la saques sin razón, ni la envaines sin honor*... Empúñala entonces para gloria de Dios y de aquella Virgen bendita a quien yo te he enseñado a llamar *Madre*. Empúñala en defensa del rey con la

\* "Venzamos o vayamos a reposar en Westminster." (Palabras del almirante Nelson en la batalla de Trafalgar.)

misma buena fe con que tus labios de niño le encomiendan hoy a la clemencia divina. Pero jamás la vuelvas en contra de Dios, aunque la impiedad te tiente y la ambición te empuje: jamás la vuelvas en contra del rey, aunque la injusticia te persiga y te venza... Arrójala más bien a sus pies rota, pero limpia, y recuerda entonces lo que dijo, siglos hace, el mejor tipo del buen caballero:

...venganza de vasallo  
contra el rey, traición semeja,  
y el sufrir los tuertos suyos,  
es señal de sangre buena.

Sé, pues, si lo quieres, un general famoso; pero no saques de la faja y los entorchados la ilógica consecuencia de que nunca has de ver la cara al miedo. Hay un miedo muy saludable que todo hombre ha de buscar para gran provecho suyo, y quiero yo ponértelo de relieve, contándote un cuento que hoy te hará reír... ¡Quiera Dios que mañana te haga *pensar*!



## II

Las campanas de la parroquia repicaban la fiesta del Carmen, a impulsos del más travieso monaguillo que han registrado los fastos de sacristías y campanarios.

—¡Periquillo!—gritó de repente el señor cura al pie de la escalera de la torre.

—¡Mande usted!—contestó Periquillo sin dejar tranquilas las campanas.

—Baja corriendo.

A poco apareció Periquillo embutido en su sotana colorada.

—Llégate en casa del alcalde y dile que mañana empieza la novena—le dijo el señor cura.

Periquillo dió media vuelta a la derecha, sin decir palabra, y salió canturreando entre dientes su tonada favorita:

A vivir, a vivir...  
¿Quién en el mundo  
me hará a mí huir?

Y como si quisiese probar su aserto con la provocación, descargó al mismo tiempo un soberbio

puñetazo en la montera de un gallego que, apoyado en su cuba de aguador, dormía a la puerta de la iglesia.

—¡Filho do demo!—gritó el gallego despertando despavorido.

Pero Periquillo se había colocado ya al abrigo de una esquina y, con la sotana remangada y puesta por la cabeza, le sacaba la lengua, cantando a grito pelado:

Los jallegos en J Galicia  
cuando van a confesarse,  
llevan la barriga llena  
de mendruguños de pane.

El cura dió una vuelta por la iglesia, que preparaban para la novena, y una hora después entraba en la sacristía a recoger el sombrero de teja y el manteo, para ir a la tertulia del boticario.

—¡Ah, tunante!—exclamó al ver que ya de vuelta Periquillo metía sus indiscretas narices en el tarro de conservas que, encerrado en una alacena, guardaba el señor cura para obsequiar a sus tertulianos. Y, acercándose de puntillas, añadió, dando al goloso un tremendo pescozón:

—*Dominus tecum!*

—*Et cum spiritu tuo!*—replicó con desparpajo el delincuente.

—¿Has comido, desgraciado?—le dijo el cura, fingiendo el mayor sobresalto.

—No, señor, que no me dió usted tiempo—replicó Periquillo, cuyas narices chorreaban almí-

bar, gracias al pescozón recibido, que se las hizo meter dentro del tarro.

—¡Algún santo rogaba por ti en el cielo, criatura!—añadió el párroco.

Periquillo sacó la lengua para recoger la gota de almíbar que amenazaba caer de sus narices, y al ver al cura tan azarado, se echó a reír descaradamente.

—¿Te ríes?—dijo el cura, que en vano quería asustarle—. ¿No sabes que eso es veneno para los ratones?...

—Pero no para los monaguillos.

—Es que se te caerán las narices—replicó el cura—. Ese veneno es un atroz corrosivo.

—¿Corrovivo?—dijo Periquillo guiñando un ojo—. Pues si es cosa que mata, será más bien corromuerto...

—¡Calla con dos mil de a caballo, chilindrino!..., que ya se me va acabando la paciencia, y el día menos pensado te planto en la calle y te ajusto la cuenta.

—Mejor será que me la ajuste usted primero y me plante en la calle después.

—¿Callarás al fin?—replicó el cura impaciente—. Lávate ahí pronto.

Periquillo zambulló su picaresca cara en una jofaina, escamondándose la nariz con tanta fuerza, que la sacó a poco colorada como un pimiento.

—No estaría yo feo 'chato—dijo secándose con la manga de la sobrepelliz.

—¿Pero tú no tienes miedo a la muerte, mu-

chacho?—exclamó el cura, a quien sacaba de quicio la calma de Periquillo.

—¿Miedo yo?... ¡Ojalá y lo encontrara!

—Ya lo encontrarás sin que lo busques.

—No esperaré a que venga, sino que iré yo a buscarlo.

—¿Qué dices?...

—Que en cuanto le coja las vueltas a mi madre, me marchó por esos mundos de Dios en busca del miedo.

—Tú estás loco, Periquillo—dijo el cura volviéndole la espalda.

—El que tenga ojos verá si estoy cuerdo—replicó el muchacho.

Y echando a correr a pie cojito se sentó a la puerta de la iglesia, cantando al mismo tiempo que con una piedra partía piñones:

Ayer tarde  
fui a la huerta  
de mi tío Antón.  
Cogí un pepinillo,  
me dió un pescozón.  
Por más que corría,  
mi tío volaba.  
¡Ay, ay, con mi tío!,  
¡qué palos me daba!

Y el travieso Periquillo se rascaba, con una risita rabiosa, el sitio saludado por el señor cura.

Nada pudo, en efecto, apartar a Periquillo de su extraña determinación de marcharse por esos

mundos de Dios en busca del miedo: ni las lágrimas de su madre, ni los consejos y pescozones del señor cura, que por ser su padrino le tenía especial cariño, pudieron disuadirle de su propósito.

Ciñóse un día un sable de caña sobre su sotana colorada, púsose en la cabeza un bonete del señor cura, a que había recortado los picos para imitar mejor un birrete, y con este gentil atavío se presentó a su madre, pidiéndole la bendición antes de ponerse en camino. Lloraba ésta y le suplicaba en vano que no la abandonase, sola y desvalida, para poner en práctica un proyecto que en todas partes le acreditaría de loco o de necio.

—Sí—replicaba el muchacho a sus razones—, tontillo es el hijo de mi padre. Métanme el dedo en la boca y tíentenme las cordales, y verán si me ha despabilado Dios las luces del entendimiento.

Llorosa, entonces, la madre, fuéase a un arcón viejo que bajo la cama había, y sacó de él unas alforjas.

—Toma, hijo, estas alforjas—dijo entregándolas al chico—. Aquí están encerrados todos los vicios: los ajenos van en esta bolsa; los tuyos los he puesto en esta otra, para que puedas fácilmente examinarlos y corregirte de ellos.

Periquillo se echó las alforjas al hombro, dejando para detrás los vicios propios y poniendo por delante los ajenos, y salió de la casa paterna cantando como una calandria:

En una alforja al hombro  
llevo los vicios;  
los ajenos delante,  
detrás los míos:  
esto hacen todos;  
así ven los ajenos,  
mas no los propios.

Pues, sin cuidarse para nada de éstos, pensó desde luego entretener la fatiga del camino examinando cuáles y de quién eran los que en la bolsa de delante se encontraban.

Acercábase entonces el tiempo de Pascua, y a la caída de la tarde encontró Periquillo en el camino a un pavero, que con su caña en la mano llevaba por delante una piara de pavos que pensaba vender el día de Nochebuena en un lugarejo vecino.

—¿Si vendrá el miedo entre estos animalitos?—pensó Periquillo.

Y por hacer, sin duda, la experiencia, desenvainó su sable de caña y se entró por la piara, acuchillándola con más denuedo que alanceaba don Quijote al célebre rebaño de ovejas. Pero aunque sacó en la lucha un cañazo del pavero, que le hizo entrar el bonete hasta las orejas, y un valiente pavo le asestó tal picotazo en la nariz que a poco más le salta un ojo, su ánimo quedó impávido, y vió con la sonrisa del triunfo cómo los enemigos huían a lo lejos, seguidos del pavero, que corría tras ellos, intentando en vano ponerlos en formación. Periquillo adornó su bonete con las plumas que en la lucha quedaron diseminadas en el sue-

lo, y se dirigió hacia una venta vecina, donde pensaba pasar la noche.

Al otro día, muy de mañana, emprendió de nuevo su camino, preguntando antes a la ventera si sabía dónde se encontraba el miedo. Esta miró sorprendida al diminuto personaje que tan extraña pregunta le hacía, y le respondió con sorna:

—Corre hacia adelante, que ya lo encontrarás.

—¿Y en qué he de conocerlo?—replicó Periquillo.

—En que entonces correrás hacia atrás.

Periquillo siguió su camino, repitiendo, para no olvidarlas, las señas que le dió la ventera. De repente tropezó, al volver un vallado, con un hombre que azorado corría.

—¿Qué sucede, buen amigo?—preguntó marcialmente el monaguillo.

—¡Huye, muchacho!—contestó el hombre sin cesar de correr—. ¡Mira que anda en el camino un toro desbandado con más cuernos que los cuernos de la luna!...

—¡Esta es la mía!—exclamó Periquillo alborozado, y recordando el aviso de la ventera corrió hacia adelante en busca del miedo.

Presentóse a poco a su vista un toro negro, de feroz aspecto, que, ligero como un rayo y dando atroces resoplidos, hacia él se dirigía.

Periquillo se plantó en mitad del camino, con la sotana en una mano y la espada de caña en la otra, dispuesto a derribar a la fiera de un diestro *mete y saca*. Pero el toro, que corría ciego de ra-

bia por haberle picado la cuca, pasó junto a él sin mirarle, y el valiente monaguillo giró sobre los talones para verle ir, como el matador que, después del primer pase, queda a pie parado, sin que el susto le haga temblar ni el miedo le perturbe.

—No está aquí el miedo—se dijo Periquillo, prosiguiendo su marcha.

Caminó todo aquel día y parte del siguiente sin que nada notable le acaeciera, y vino a sentarse al caer de la tarde al pie de una copuda higuera que a la puerta de un cercado tendía sus ramas. Vió entonces a lo lejos levantarse una espesa polvareda, que rápidamente se acercaba. Periquillo se puso de pie, desenvainando, por si el caso lo exigía, su sable de caña. Poco a poco fué aclarando aquella nube de polvó, y pudo al fin distinguir a una partida de ladrones que, según noticias que la noche antes le dieron unos cabreros, asolaban la comarca.

Plantóse Periquillo en mitad del camino, y no bien llegaron al alcance de la voz, gritóles con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Alto los ganapanes!

Pero los ladrones, que montaban magníficos caballos y huían a galope porque la guardia civil los perseguía, pasaron junto a él sin mirarle siquiera, y sin que el buscado miedo se posesionase, por lo tanto, de su ánimo esforzado.

No por esto se desanimaba el valiente monaguillo, sino que, siempre perenne, seguía atravesando ciudades, trasponiendo montañas y vadeando ríos

en busca del miedo, que jamás sintió, ni su corazón de bronce alcanzaba a comprender.

Sucedió, pues, que andando, andando y caminando sin cesar, llegó a una tierra extraña, cuyos habitantes mantenían encarnizada guerra con unos moros vecinos. Supo allí por algunos aldeanos los apuros en que se encontraba el ejército a causa del número nunca disminuído del enemigo, pues no parecía sino que de cada moro muerto nacían dos vivos, para tomar armas y lugar en aquel inagotable ejército.

Y tan era así, que el rey había mandado a las tropas dirigir siempre sus golpes al cogote, por ver si, descabezada la morisma, quedaba al fin agotada. Inútil fué, sin embargo, el remedio: presentábase diariamente el mismo número de enemigos, con la extraña particularidad de que los nuevos combatientes tenían la misma fisonomía de los que quedaban muertos en el campo de batalla.

Hallábase acampado el ejército en la falda de un cerro, a cuyo frente se extendía un espesísimo pinar, donde se ocultaba la morisma. Periquillo, que no se andaba por las ramas, se presentó a su real majestad, ofreciéndole los servicios de su sable de caña. Rióse el monarca al ver aquel diminuto personaje, y diciéndole como el camello a la pulga de la fábula: *Gracias, señor elefante*, le nombró ranchero mayor de todos sus ejércitos.

Alborozado Periquillo, tomó al punto posesión de su cargo, y empuñando una descomunal cucha-

ra, cantaba, vigilando los inmensos calderos en que cocía el rancho de los soldados:

El ranchero que muere en campaña  
muere lleno de gloria y honor,  
defendiendo las ollas de España,  
las patatas, garbanzos y arroz.

Bien pronto se le presentó al valiente monaguillo el placer de entrar en batalla, en busca del apetecido miedo. Mandó el rey darle un equipo entero de cazador; pero Periquillo dijo, como David al rey Saúl, que aquellas armas le venían grandes, y se aprestó para la lid llevando por todo armamento una pequeña cachiporra y un cuchillo de cocina, que se ceñía en vez de sable de caña sobre las alforjas de los vicios, que por ser cosa tan maravillosa, al mismo tiempo que recuerdo de su madre, jamás abandonaba.

Sonaron los primeros disparos, y Periquillo, ebrio de coraje, se entró por la morisma, sin que fuesen bastante a detenerle las balas de las espingardas morunas, ni el tronar de los cañones, ni el espantoso fragor del combate: distribuía a diestro y siniestro terribles porrazos en los tobillos de los moros, y hacía caer en tierra: dábales luego con la porra en la mollera y les cortaba después el pescuezo con el cuchillo de cocina, por cumplir en todo la consigna del monarca.

Quedaron derrotados los moros y sembrado el campo de cadáveres sin cabeza. Las tropas volvieron, sin embargo, silenciosas al real, como quien

sabe haber trabajado en balde: constábales ya por experiencia que en la primera escaramuza habían de encontrar tantos enemigos cuantos quedaban descabezados en el campo.

Periquillo, por el contrario, saltaba de gozo, y estuvo por dar un papirotazo al rey, para darle la enhorabuena; pero se detuvo prudentemente, al ver que su real majestad se dirigía serio y cabizbajo a su tienda. Abrióse, no obstante, paso entre el Estado Mayor que le seguía, y le gritó con desenfado:

—¡No se desanime su real majestad, que aquí estoy yo para sacarle la púa a ese trompo!... ¡Malas viruelas me maten si no hay aquí cosa de encantamiento!...

El rey no respondió palabra a Periquillo, y saliendo éste del real calladamente, volvió de nuevo al teatro de la lucha. Subióse a un árbol, desde donde distinguía todo el campo cubierto de cadáveres, y se dispuso a observar desde su altura aquel lúgubre misterio, en cuya solución esperaba encontrar el tan buscado miedo.

Hallábase tendido boca arriba al pie del árbol un morazo muerto, que por ciertas insignias que llevaba parecía ser pájaro de cuenta. Periquillo se entretuvo, para distraer el ocio, en echar escupitinas en la punta de la nariz del moro, calculando desde el árbol la puntería.

Llegó al fin la noche, y Periquillo, siempre alerta, preparó cuchillo y cachiporra, por si llegaba también entre sus sombras el miedo que busca-

ba. De repente vió venir a lo lejos una lucecita, brillante como una estrella caída del cielo, que ora se alzaba, ora se bajaba, y en todas direcciones se movía.

Poco a poco fué acercando aquella luz misteriosa, y pudo al fin Periquillo distinguir el bulto de una persona que a cada paso se inclinaba para buscar algo en el suelo, a la luz de una linterna que en la mano traía. Vió también al mismo tiempo que, al pasar aquella fantástica sombra, dejaba tras de sí una larga hilera de muertos resucitados, que se volvían a su campamento tan sanos y enteros como si nunca hubiesen sido descabezados.

—¡Jesús, María, José... Joaquín y Ana!—murmuró Periquillo desde su escondite—. ¡Tortas y pan pintado es junto a esto el milagro de San Dionisio!

Mientras tanto, seguía moviendo el nocturno caminante hacia el árbol en que Periquillo se hallaba, y pudo al fin éste distinguir la diabólica fisonomía de una mora vieja, envuelta en un jaique oscuro con rayas de vivísimos colores, que caminaba llevando en una mano un farol y en la otra un puchero.

Detenía de cuando en cuando ante cada moro muerto que encontraba; mojaba entonces una brocha en cierto líquido que el puchero contenía, y untando con él la cabeza y cuello del difunto, los pegaba y proseguía su marcha, mientras el moro

se ponía de pie tan entero y verdadero como si nunca hubiese estado sin cabeza.

Periquillo, al ver a la hechicera, se frotó las manos de gusto: preparó el cuchillo y enderezó la porra.

Inclinóse la vieja sobre el cadáver del moro con que Periquillo se entretenía, y, mojando la brocha en el puchero, dióle la unción consabida. Pero cuando ya se preparaba para unir al tronco la cabeza, descargó Periquillo en la suya un tan tremendo porrazo, que vino al suelo boca abajo, estiró una pierna, luego otra, y sin encomendarse siquiera a Mahoma, quedó muerta en el acto. Periquillo se puso en el suelo de un salto, y arrancando el puchero de manos del cadáver corrió al campamento atronando el aire con sus gritos.

Alarmáronse todos creyendo que el enemigo les atacaba por sorpresa, y corrieron los generales a la tienda del monarca, cuál descalzo, cuál sin morrión, cuál en mangas de camisa.

Conducido al fin Periquillo a la presencia de su majestad, contó todo lo acaecido, presentando el puchero como testimonio de su hazaña. Pero ni el rey, ni los generales, ni siquiera los trompetas, tambores y rancheros, quisieron creer tamaño portento. Furioso entonces Periquillo, dijo al rey que se dejaría cortar la cabeza, con tal que luego se la pegasen con el maravilloso bálsamo.

Consintió el rey, más por castigar la arrogancia del muchacho que por creer en el milagro del puchero, y uno de los generales le descargó tan

recia cuchillada en el cuello, que saltó la cabeza sobre una mesa, y el cuerpo vino a tierra arrojando sangre a borbotones.

Azorados todos, se avanzan al cuerpo unos, a la cabeza otros, al puchero los menos: untan con el bálsamo la tremenda herida, y uniendo ambas partes apresuradamente, recobra al punto el muchacho la vida. Pero en aquella precipitación habían pegado la cabeza al contrario, y el pobre monaguillo quedó con las narices para la espalda y la nuca para el pecho.

La risa que asomaba a los labios de todos quedó de repente paralizada al ver la extraña mutación que se operó en el muchacho. Fijóse su vista en las alforjas en que llevaba los vicios, y al ver ante sí el morral que contenía los suyos y que nunca hasta entonces había tenido ocasión de considerar, el terror imprimió en su rostro su característico sello: desencajáronse sus ojos, enronquecióse su voz, y huyendo de un lado a otro, gritaba a grandes voces:

—¡El miedo!... ¡El miedo!... ¡Ya encontré el miedo!...

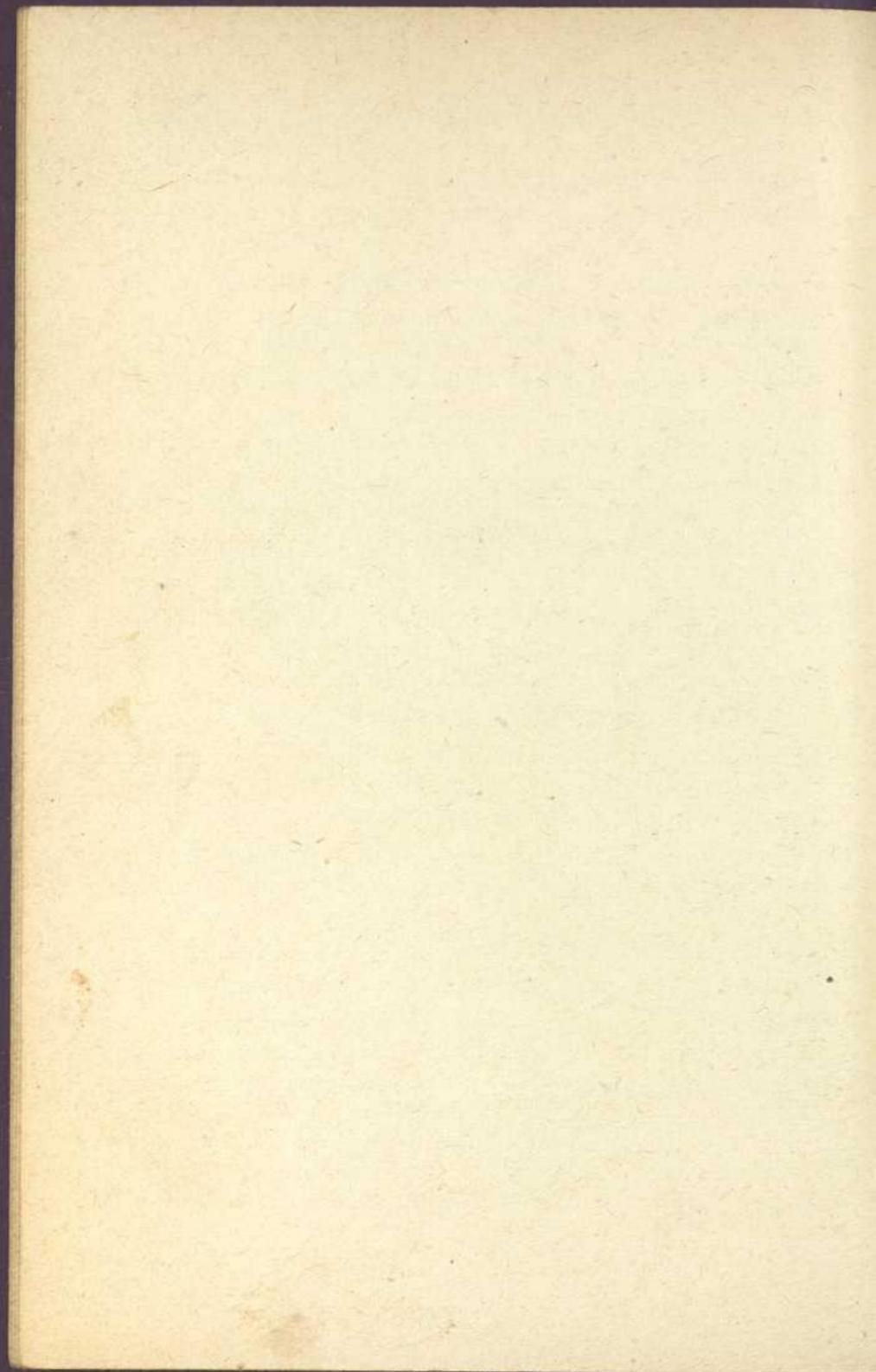
Y así era en efecto: la contemplación de sus propios vicios, que hasta entonces había evitado, bastó para inspirarle aquel miedo que buscaba, y que ninguna cosa del mundo, ni aun el horror de un combate sangriento, había podido despertar en su alma de hierro.

.....

.....

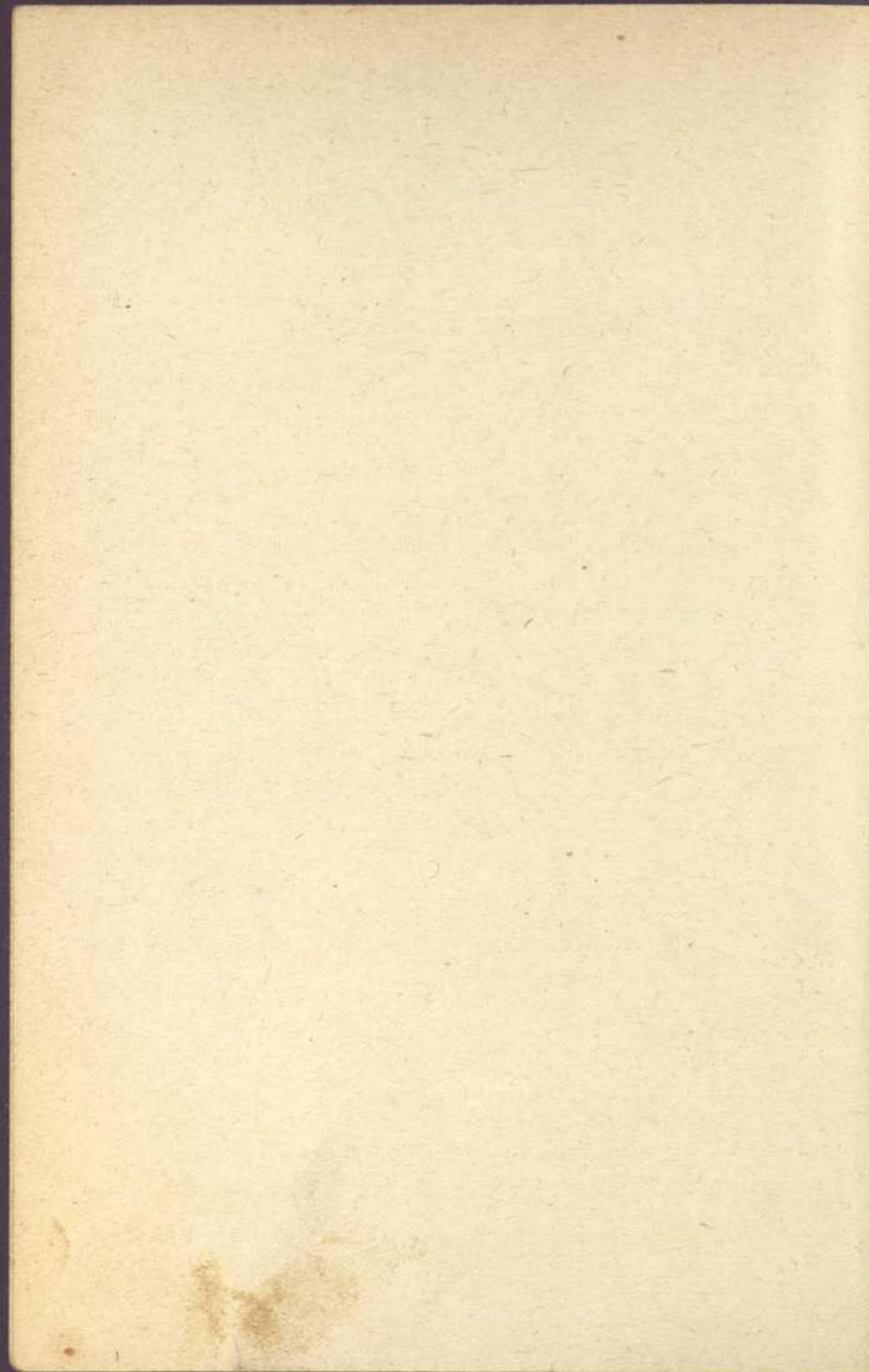
### III

Aprenda, pues, mi futuro general, a combatir a los enemigos de dentro antes que a los de fuera. Mira, Carlitos, que si registras bien las alforjas de tu corazón encontrarás ese miedo saludable que lleva a la humildad por el camino del propio conocimiento: *¡El miedo de sí mismo!*



¡Porrita, comontel...

Al señor don Félix Sardá y Salvany



Quiero fer una prosa en román paladino,  
en el cual suele el home hablar a su vecino:  
ca non so tan letrado per fer otro latino.

(GONZALO DE BERCEO.)

## I

Deje usted, mi buen amigo, deje usted por un momento esos montones de libros, que ya nada le enseñan: cuelgue esa pluma famosa, donde para engarzarla en oro puedan encontrarla las edades futuras, y véngase conmigo a echar una cana al aire; que hartas forman ya, en torno de esa frente venerable, la santa aureola del dolor y la experiencia. Descanse un poco ese cerebro que resiste como el brillante y despide como él magníficos reflejos: desahóguese algo ese corazón que rebosa aquella caridad del prudente, dulce para unos, severa para otros, enemiga de nadie, madre de todos. No tema que en su ausencia se extravíe esa *Revista Popular*, que camina tan segura siguiendo siempre el rumbo de la nave de San Pedro; ni crea que ha de olvidarles el pueblo catalán, que con tanto orgullo le llama *su paisano*; ni

aun sienta siquiera alejarse de Montserrat, magnífico retablo salvaje en que adora Cataluña a la *Mare de Deu...* Le llevo yo a Andalucía, tierra clásica de María Santísima, donde es creencia popular, que forma el puro azul de su cielo el manto celeste de la Inmaculada, que amorosamente la cobija.

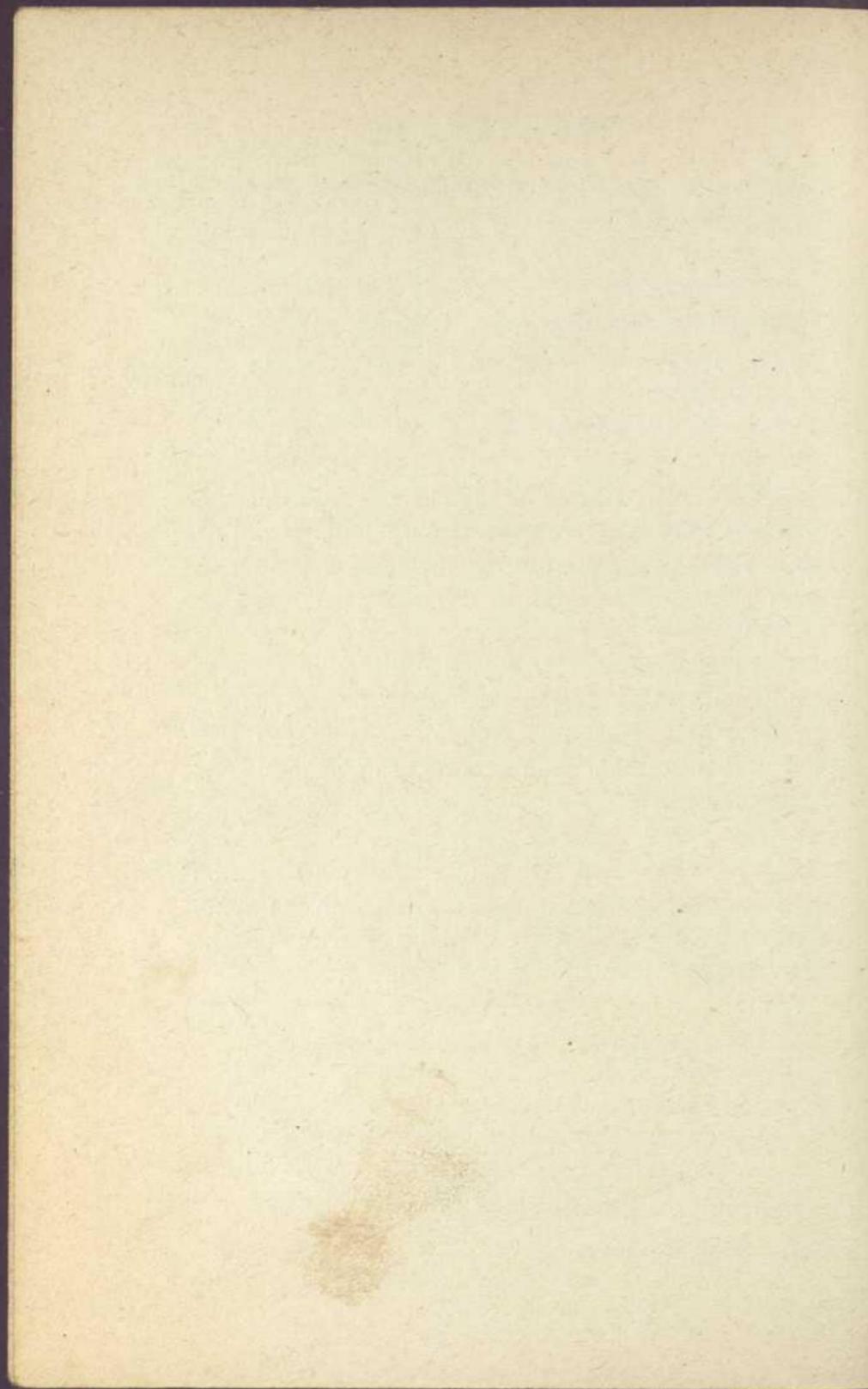
Vea usted allí a Puerto-Real, acostado en su lecho de rojiza y menuda arena: sostiene en una mano el arado y en la otra el tridente, y reclinando la cabeza en sus canteras, que le tejen una corona de verdes pinos, estira los pies sobre el muelle y va a lavarlos al mar. Entre usted por la calle de San Roque, y vamos a sentarnos en la plaza de Jesús, a la sombra de aquellos copudos árboles en que celebran sus *meetings* los gorriones, sin que haya nunca entre ellos diputados que blasfemen. Allí están a la entrada las estatuas de los Reyes Católicos, fundadores del pueblo, dando envidia al Fidias de la antigua Grecia, con ese uniforme de pintura verde, cual el campo en la primavera. La reina baja uno de sus dedos, y apuntando a la tierra, parece decir: *He ahí vuestro principio*. El rey alza uno de los suyos, y señalando al cielo, dice a su vez: *He ahí vuestro fin*.

Oiga usted esa campanita, que resuena alegre al repicar y triste cuando dobla: es *la lengua* de Jesús Nazareno, que llama a los fieles desde aquella capilla que se descubre allá abajo entre los árboles. Allí está su hermosa imagen llevando la cruz a cuestas, rodeada de innumerables exvotos

sujetos con cintas de colores, que pregonan y sim-  
bolizan ese gran manantial que, brotando del cielo,  
viene a apagar la ardiente sed de la tierra. La san-  
ta y hermosísima Fe... ¡Bendita sea ella!

Vea usted más lejos aquel enjambre de chiqui-  
llos que juegan en mitad de la calle: aquella vie-  
ja que preside el corro de mujeres que trabajan y  
charlan a la puerta de esa casa de vecinos, que no  
es ciertamente la de *Tócame Roque*... Esa es la fi-  
sionomía de la antigua España: la familia, el tra-  
bajo, la tradición, bajando del anciano al joven,  
como bajan de las cumbres nevadas los manan-  
tiales a regar las plantas tiernas que crecen en  
los valles.

Acérquese usted, señor don Félix, y escúchelas  
por su vida; que ningún periodista ha de venir a  
reírse de que el Balmes popular de nuestros días  
goce con chiquillos, y se entretenga con palurdas,  
y se quede con la boca abierta oyendo el cuento de  
una vieja... Tan sólo nos ven los gorriones; y créa-  
me usted, señor don Félix, que conozco bien a la  
familia de los *conirostros*; periodistas hay que tie-  
nen sesos de gorrión; pero ni un gorrión se en-  
cuentra que tenga hiel de periodista...



## II

—¡Anda pa dentro, muchacho, que le vas a arriar un cañazo a tu hermano, y te voy a dar para el pelo!—grita descompasadamente una de las mujeres del corro a un muchacho de diez años que, con una caña en la mano, caza aviones en mitad de la calle.

—Deje usted, mae, que otoavía no he matado ninguno—contesta el muchacho.

—¡Tú andas buscando leña y la vas a encontrar hoy!—replica la madre acabando de remendar una microscópica camisa, que prueba a otro chiquillo más pequeñito: éste, al verse tan ataviado, pega un brinco, batiendo las palmas, más contento y satisfecho que un triunfador romano con su toga de púrpura.

Mientras tanto, el cazador, que como quien oye llover ha escuchado las amenazas maternas, sigue esgrimiendo su caña y gritando con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Avión, avión,  
ven a la caña,  
darás un revolcón!

Y los aviones se le pasan por delante de las narices, como si dijese al oído del Nemrod liliputiense:

—¡Si eres muy bobo!...

Más lejos, y enfiladas gravemente, hállanse otra porción de chiquillas sentadas en el suelo, delante de una mayorcita que figura ser la madre de todas ellas. Otra, aderezada con una esportilla de palmas que le sirve de montera, llega andando a *pie cojito*, y al compás de una suave tonada, dice a la respetable madre de familia:

—De Francia vengo, señora,  
por hija de portugués;  
que en el camino me han dicho  
que buenos hijos tendré.

A lo que la madre de familia, a quien por lo visto el exótico viajero ha escogido por suegra, responde con ínfulas de tal:

—Si las tengo o no las tengo,  
con ellas me quedaré;  
con el pan que yo comiere,  
comerán ellas también.

—¡A Francia me vuelvo muy enojado!...—replika el pretendiente, volviendo la espalda para tomar las de villadiego; pero la suegra, que se arrepiente de dejar escapar aquel yerno, le grita con la mayor amabilidad:

—Vuelva, vuelva, caballero,  
y no sea tan descortés;  
de entre las hijas que tengo,  
escoja una por mujer.

—Esta escojo por esposa,  
por esposa y por mujer;  
que me parece una rosa  
acabada de nacer.

Contesta galantemente el yerno, designando a la que más hermosa le parece; y luego entabla con la favorecida el siguiente diálogo:

—Alza, clavo.  
—Estoy enclavada.  
—Alza, cebolla.  
—Estoy en la olla.  
—Alza, perejil.  
—Eso sí, eso sí.

Y el viajero en busca de novia echa a correr con su consorte, a quien, celoso como un turco, pone en un rincón con la cara para la pared. Esta escena se repite, hasta que sola la madre, como un árbol sin ramas, maldice al nuevo Barba Azul, que gasta mujeres como ella zapatos, y busca a sus hijas por los rincones, exclamando tristemente:

—Mariposa,  
vestida de rosa,  
la flor del candil,  
¿está Mariquita aquí?

Mientras tanto, las vecinas que forman el grupo a la entrada de la casa, mantienen sin permanecer ociosas un animado diálogo.

—Estoy hasta el moño de costura—dice una de ellas—; cuando el gallo cantó a las cuatro, ya estaba yo con la aguja en la mano; y luego, por

remate de fiesta, ese condenao Pacorro me ha perdido el dedal, y tengo el dedo hecho un contra-Dios.

—Pues ofrécele tres cuartos y medio a San Antonio bendito, y verás cómo parece.

—Mujer... ¡y qué verdad que es eso!—afirma la vieja señá Juana—. Como se me pierda algo y le ofrezca tres cuartos y medio a San Antonio, a buen seguro está que, tarde o temprano, parece.

—¡Toma! Como que todavía está por ver que haya el santo dejado fea a lá que tal promesa le hace.

—¡Y por qué será eso, señá Juana?—preguntó una muchacha que, sirviéndole de bastidor un aro forrado de bayeta, bordaba una primorosa randa.

—Su cómo y su porqué tiene, que no es esto un decir de la gente que nada significa—contesta la interrogada—. Has de saber, que como el santo todo lo daba de limosna, estaba tan pobre cuando murió su madre, que no tenía ni una mota para mandarle cantar un responso. En este apuro vendió su mercé hasta los clavos de su casa: pero, hija, aquello era como el testamento de la tía Norica: una docena de sillas, sin asientos, palos ni perillas; y por más que el santo varón dejó su vivienda con las paredes y el suelo, todavía le faltaron tres cuartos y medio para el entierro. Entonces, el pobrecito mío, que era más humirde que la tierra, fué a pedir este dinero de puerta en puerta, diciendo: —¡Paciencia, Señor, paciencia,

que también tu Santísima Madre tuvo que pedir de limosna el dinero para enterrarte!

Y esto es también la pura verdad; que así lo canta la saeta cuando dice:

¿Quién me compra este manto  
que encima lo llevo puesto,  
para enterrar a mi Hijo  
que en una cruz ha muerto?

Y como los tres cuartos y medio recuerdan al santo todas las amarguras que pasó, cata tú ahí el por qué concede todo lo que, haciéndole esta promesa, se le pide: porque, hija mía, el que ha pasado una pena, es el que sabe compadecerla.

Mientras una de las vecinas remienda con tela de otro color una vieja chaqueta, mece suavemente con el pie la cunita de pino en que duerme un hermoso niño, envuelto en pañales de bayeta amarilla. Al acabar su relato señá Juana, agita el niño las manitas y prorrumpe en triste llanto. ¿Qué cosa desagradable podrá soñar aquella inocente criatura? ¿Será acaso que el ángel de su guarda le muestra una senda larga, estrecha, árida, sembrada de precipicios, que le es forzoso seguir?...

—¿Qué tienes tú, corazoncito mío?—exclama su madre sacándole de la cuna—. ¿Quién te ha pegado, padrecito?... ¡Jiiiiiii!... ¡Que vales tú más que el rey de España con su corona!... ¡Ya se acabó, vidita, ya se acabó!...

Y sujetando entre sus rodillas las piernecitas del niño, mientras toma entre las suyas sus manos, dice meciendo la silla de atrás para adelante:

—¡A remar, a remar,  
marineros de San Juan!  
¡A los chicos darles teta,  
a los grandes darles pan!

—¡Ay, Jesús!... ¿Si estará malito mi niño?—exclama asustada, al ver que el chiquillo no cesa de llorar.

—Sí, malito—replica señá Juana—: la enfermedad del milano, con las alitas caídas y el piquito sano... Dale teta, y verás cómo se calla a la boca.

La madre sigue el consejo de señá Juana, y no bien el chiquillo coge el pecho, cesa en su llanto. Tal vez aquel santo asilo le infunde valor para atravesar la árida senda que en su sueño le marca el ángel.

Pero otra nueva tormenta se cierne en el horizonte: el diminuto Pacorro, a quien por su pequeñez llaman *Comino*, se adelanta haciendo puchereros: en la una mano empuña un mendruguito de pan, y pendiente de un hilo arrastra con la otra un hueso de vaca con un serón de papel, que con el nombre de *vaquitas*, es juguete muy usado entre los chiquillos del pueblo. Su pantalón de *pan de pobre*, sujeto por un solo tirante de orillo, abre en ambas rodillas dos enormes ojos redondos y espantados como el de un cíclope, mientras la camisa toma el fresco asomada a una discreta ventana de la fachada trasera.

—¿Qué traes tú, que un ojo te viene diciendo *misi* y el otro *zape*?—le pregunta su madre, apar-

tando de su frente aquellos mechones de pelo, que sirven de guardapolvo a unos ojillos brillantes como cuentas negras, en su carita fantásticamente cruzada de churretes, como de dibujos las de los indios salvajes.

—¡Quero melón!—dice Comino, no con el tono sumiso de un pretendiente, sino con el amenazador con que Breno debió decir: —*Vae victis!*— al poner su espada vencedora en la balanza romana.

—Pues píntalo—le replica su madre.

—Yo no quiero higos, que apretan: quero melón, que pa eso lo trajo pae.

—Usté tomará lo que le den, so Comino... ¡Vaya con el escarabajo éste, que no se ve en el suelo y quiere toser en botija pa retumbar!

—¡Que quero melón!

—Calla, chiquillo—observa cachazudamente la tía Juana—; que el melón

Por la mañana es oro,  
a mediodía plata,  
y por la noche mata.

—¡Que quero melón!—repite Comino en tiples tan agudos, que darían envidia a la Patti.

—¡Que te calles a la boca!

—¡Melón! ¡melón!—grita Comino apretando los puños, estirando las piernecillas y cayéndose de espaldas.

—¡Por viche de los chiquillos tontos, que parecen hechos de trapo!—chilla su madre levantán-

dole por el cuello de la camisa, y aplicándole por vía de medicina un vigoroso azote.

Comino se echa a llorar como un becerro: el zoquete que con tanto cariño antes empuñaba, va a herir soberbiamente a la vaquita, que, asustada, tira el serón y se deja caer patas arriba, mientras su dueño esconde el rostro en un brazo y lleva la otra mano a la parte azotada.

—¡Judío, el pan de Dios no se tira!—vuelve a gritar su madre, aplicándole otro nuevo, aunque menos vigoroso, pescozón.

—¡Válgame Dios, criatura!—exclama la seña Juana, soltando su calceta y clavándose la aguja sobrante en el moño de picaporte, que encaramado sobre su nuca, mira por encima del hombro a los pelillos del coraje, como mira Murillo desde su pedestal de mármol y bronce a los aprendices que entran en el Museo de Sevilla.

—Cállate la boca, Comino, que voy a contarte un cuento—añade atrayendo hacia sí al chiquillo.

No bien la tía Juana pronuncia estas consoladoras palabras, Comino deja aparecer su rostro cubierto de blancos surcos que se extienden por él como los ríos en un mapa, y que han abierto sus lágrimas entre los negros churretes que lo adornan: éstas cesan de brotar, como el chorro de una fuente intermitente, y al serenar de pronto su semblante, da un *jipío*, que hace prorrumpir en risas a las vecinas del corro.

### III

La noticia de que seña Juana iba a contar un cuento corrió con la rapidez de una chispa eléctrica, y cuanto chiquillo pelón rompía calzones y lucía churretes en cuatro calles a la redonda, acudió presuroso al Corral de los Chicharos, domicilio de la vieja. Esta, sentada en el poyo de la puerta, vió venir la granizada con vanidosa sonrisa; paseó una mirada satisfactoria por el inquieto auditorio, rascóse dos veces con la aguja de hacer calceta, y, poniendo de nuevo sus dedos en movimiento, comenzó así:

—Pues, señor, que era vez y vez, y el bien que viniere para mí se quede, y el mal para quien lo fuere a buscar, de un hortelano más pobre que las ratas, y con peor estrella que un sietemesino; si sembraba melones, cogía pepinos; si plantaba lechugas, le nacían pitas; si llega a sembrar monedillas de cinco duros, le salen ochavos roñosos, y si deja el oficio y se mete a sombrerero, a buen seguro está que nacen los chiquillos sin cabeza. Porque hay un santo en el cielo, que se llama San Guilindón, que sólo tiene por oficio bailar delan-

te del trono de Su Divina Majestad, diciendo a gritos: —¡Denle más!, ¡denle más!— Y cate usted ahí por qué una desgracia no viene nunca sola, ni una fortuna tampoco, sino que vienen muchas en hilera, como mulos de reata.

Pues, vamos a que cuando llegaron las aguas de mayo parecía la huerta un camposanto lleno de malvas y ortigas: sólo había metida en medio una col, que regaba la hortelana con agua bendita. Los pimientos se secaron, los tomates se perdieron, a las lechugas les entró el pulgón, y sólo la col metía, metía sin vergüenza, hasta que pasó la tapia, llegó al tejado, subió más alta que el campanario, se perdió, por último, en las nubes, y el viernes antes de San Juan tocaba ya con la puntita en la puerta del cielo.

Pues, señor, que de tanta dieta le llegaron a salir al hortelano telarañas en el gañote de no usarlo, y la hortelana tenía ya las muelas *mojosas*, y hasta se le había olvidado el modo de mascar; a él se le paseaban los ratones por los bolsillos, y cuando ella cogía en una mano la escoba y en la otra la alcuza, le preguntaban las vecinas:

—Pero, Andrea, ¿estamos de muanza?

Llegó, al fin, un día en que se cumplieron veinticuatro horas sin que aquellos infelices cataran la gracia de Dios, y el hortelano mandó a su mujer que arrancara la col, y le hiciera un guiso con los trocitos de la punta. Señá Andrea puso el grito en el cielo, y se agarró a la col, que no la arrancaban de allí ni las tenazas de Nicodemo; porque

pensar en tocarle a su col, era tocarle a ella en las mismas niñas de sus ojos. Pero, hijo de mi alma, para fiestas estaba la zorra, y llevaba el jopo ardiendo...

El marido cogió una vara, y le dijo que cabeza abajo la colgaría de una penca si a las doce en punto no estaba hecho el guiso, y ellos comiendo, para alcanzar la bendición del Padre Santo de Roma, que todos los días la da a la campanada de las doce, ni minuto más ni minuto menos. Señá Andrea no tuvo más remedio que meterse la lengua en un zapato y coger un hacha para echar abajo la col; vió entonces que llegaba ya al cielo, y se le ocurrió, de pronto, subirse por ella, y pedirle a San Pedro una limosnita.

Aquello fué lo de melón quiero, tajada en mano tengo; porque pensándolo estaba todavía y ya iba trepa que trepa por la col arriba, de penca en penca, hasta que llegó al cielo. No se usan por allí campanillas y, así, llamó ¡tras! ¡tras! con los dedos de la mano. Abrióse el postiguillo de la puerta, y asomó San Pedro las narices.

—¿Qué se ofrece?—preguntó.

La señá Andrea comenzó a temblar al verse delante de aquel señor tan respetuoso, y dijo con mucha política:

—Aunque usted perdone, señó San Pedro, soy una pobre infeliz que no tiene qué comer, y venía a que su mercé me hiciera la caridad de una limosna, por el amor de Dios.

San Pedro cerró de golpe el postiguillo sin de-

cir palabra, y como no hay buen alma que deje fea la palabra de Dios que el pobre empeña, volvió a poco cargado con una mesita, que entregó a señá Andrea, diciendo:

—Toma, hija, esta mesita, y cuando tengas hambre, di: *¡Mesita, componte!*

—¡Dios se lo pague a usted y se lo aumente de gloria!—contestó señá Andrea echando a correr, de penca en penca, hasta que llegó al suelo.

Como las mujeres somos tan curiosas, no tuvo paciencia para esperar la vuelta de su marido, y conforme soltó la mesa en el corral, dijo:

—*¡Mesita, componte!...*

¡Hijo de mi alma, aquello era menester verlo pa creerlo!... Porque no bien lo hubo dicho, apareció en la mesa una comida como ni en los manteles del rey se pone igual: allí había pollos con tomate, y arroz con conejo, y sardinas fritas, y bacalao en blanco, y de postres arropo, y arroz con leche, y garbanzos tostaos. Cuando llegó el hortelano, se dieron ambos a dos una atraquina que con el dedo se lo tocaban, y todos los días diarios se ponían hasta reventar, que era menester silbarles pa que pararan, sin más trabajo ni más guiso que soltar la palabrilla:

—*¡Mesita, componte!...*

Pues, vamos a que pasaron así dos meses, poniéndose marido y mujer como chivos de dos madres, y, al cabo de éstos, dícele un día el hortelano a señá Andrea:

—Mira, Andrea: no es rigular que quien come

tan bien como nosotros comemos, esté, como el que dice, con un trapito atrás y otro alante, sin poder asomar los bigotes a la calle... De manera y ello es, que ahora mismo te subes por la col arriba y le pides a San Pedro siete onzas, para mercar un traje de paño fino y una saya de alepín negro.

La mujer se resistió algún tiempo, hasta que de penca en penca, de penca en penca, se encampó otra vez en el cielo. Estaba San Pedro sentado a la puerta tomando el sol y leyendo los papeles.

—¡Otra te pego!—exclamó al ver aparecer a la hortelana.

—No se incomode su mercé—replicó muy humildita señá Andrea—: que venía a ver si me emprestaba siete onzas, aunque fuese *a dita*, para mercar un traje de paño fino y una saya de alepín negro; porque el invierno se viene encima, y no es regular que nos coja en cuerecitos.

San Pedro la miró por encima de las gafas y se metió para adentro: a poco salió con una bolsa vacía.

—¡Toma, Mari-pidona!—le dijo—, y cuando tengas apuros, di: *¡Bolsita, componte!*

—Dios se lo pague a usted y se lo...

—Anda, anda con viento fresco... que por su mal le salieron alas a la hormiga—le contestó San Pedro con mucha soflama.

Señá Andrea echó a correr por la col abajo como alma que lleva el demonio, que no era otra

cosa su avaricia, y, en unión de su marido, que al pie de la col la esperaba, dijeron a la bolsa:

—*¡Bolsita, comonte!...*

Acto continuo comienzan a caer por la boca afuera pesos duros y más pesos duros, ni más ni menos que cuando llueve a chaparrones.

Marido y mujer creyeron perder el juicio, y lo perdieron, en efecto, porque al otro día ya tenía hecho señá Andrea un vestido de tisú de oro, como el manto de la Virgen del Carmen, y señó Juan una levita con flecos de oro y plata, un bastón con borlas, como el que saca el alcalde por Corpus Christi, y un sombrero de copalta con siete plumas blancas. Compraron la casa del ayuntamiento para vivir ellos solos, la forraron toda de papel dorado, y hasta las aljofifas eran de terciopelo, y los estropajos de hilillo de plata. Conforme llegó el domingo, se fueron los dos mu pomposos a misa en una calesa que mandaron venir de Chiclana: cuando iban llegando a la iglesia, dícele el marido a la mujer:

—Andrea... ¿No repican las campanas?

—Creo que no, Juan.

Juan se puso color de pajueta de pura envidia, que lo roía, y dijo:

—Pues bien repican cuando viene el obispo.

Al salir de la iglesia empezaron marido y mujer a tirar ochavos a los chiquillos, como cuando hay *padrino pelón* en los bautizos; pero como salta al ojo que los pinículos han comido con cuchara de palo, bien pronto los calaron los chiquillos, y

conforme recogían los ochavos, echaban a correr gritando:

Doña Andrea Estropajo;  
hoy está boca arriba,  
ayer iba boca abajo.

A señá Andrea se le freía la sangre en el cuerpo, y, no bien llegó a su casa, se puso a escribir una carta a la reina para que mandase ahorcar a todos los chiquillos del pueblo; pero su marido la llamó aparte y le dijo:

—Mira, Andrea, no es rigular que cuando va el obispo a la iglesia le repiquen las campanas, y cuando vamos nosotros, que somos gente de tantos miles, no toquen ni una mala campanilla... De manera y ello es, que ahora mismo te subes por la col, y le cuentas a San Pedro lo que pasa, para que ponga remedio; porque lo que es a mí ni el señor obispo me echa delante la pata.

Señá Andrea no se hizo repetir la cartilla, y comienza a trepar, col arriba, hecha un toro de fuego, que sólo con el aliento levantaba chichones. Se pone delante de San Pedro con más fachenda que un rey de palo, y le pide que mande ahorcar al cura, al sacristán y al monaguillo, si no le repican las campanas como al señor obispo.

San Pedro se metió la mano en la faltriquera, sin decir palabra, y sacó una porrita como de un palmo de larga, ni más ni menos que el badajo de una campana.

—Toma esta porrita—le dijo—, y si no repican el domingo cuando vayáis a misa, di: *¡Porrita, componte!*

Llegó el domingo después del sábado, sin prisa ninguna, y marido y mujer se meten en su calesa y se van para la iglesia con más planta que la reina de Egipto; pero las campanas no repicaban... A señá Andrea le da un brinco en el cuerpo la soberbia, saca la porrita, la levanta en alto, y dice, hecha un torillo josco:

—¡¡Porrita, componte!!...

¡Nunca lo hubiera dicho, cristianos!... Porque empieza la porrita a brincar en el aire, dando coscorrones de la cabeza del marido a la de la mujer, y de la de la mujer a la del marido, sin parar de repicarles en la mollera, hasta dejarlos espachurrados en la misma puerta de la iglesia. Lo cual fué castigo de su ambición, su codicia y su soberbia; porque aquella porrita no era otra cosa que la *Justicia de Dios*, y ella es la que manda Su Divina Majestad de cuando en cuando a la tierra para zurrarle la pavana a los hombres. Porque, como decía mi abuela, que esté en gloria, cuando era yo zagalilla: Dios ni come ni bebe, pero juzga lo que ve.

Y aquí se acabó mi cuento, con pan y pimienta; y el que quiera saber más, que compre un viejo.

#### IV

Mientras la señá Juana refiere la catástrofe final de doña Andrea Estropajo, el sol, a la callandita y como quien no quiere la cosa, se ha ido encaramando de los poyetes al tejado, del tejado a la azotea, de la azotea a la torre de la iglesia, y enviando desde la veleta del campanario su último beso a la tierra, hase dejado caer en su lecho de nubes, corriendo sus cortinas tachonadas de estrellas. Los pajarillos ejecutan un dulce y melancólico concertante de despedida, y enmudecen luego, porque, al faltarles el sol, les falta también su alegría; las flores, tristes y mustias, inclinan sus cabezas, esparciendo de una vez todo el resto de su perfume, y una a una lloran sus hojas, que caen marchitas, como una a una caen marchitas las ilusiones. Y al irse el sol, y enmudecer los pájaros, y morirse las flores, también el corazón se oprime tristemente, humedécense los ojos y álzanse al cielo buscando allí el porqué de ese ansia, que hace gemir al alma cristiana encerrada en su mortal cárcel. Y los ángeles, como respon-

diendo a su congoja, escriben con letras de estrellas que van encendiendo una a una:

*¡Más allá! ¡Más allá!...*

¡Qué dulce es creer entonces, señor don Félix! Porque entonces es también cuando la campana de la iglesia responde a esta misma ansia con su lengua de bronce: —*¡Orad! ¡Orad!*— Y las rodillas se doblan, las manos se cruzan, el corazón se abre, y deja escapar aquella salutación angélica que hien-de los aires, llega al trono de María, y atrae sobre el alma ese rocío celestial que fecunda y mantiene en ella la santa, la dulce, la bendita y consoladora *esperanza!*...

Si no es esto mismo, algo parecido debe de sentir la tía Juana, cuando al concluir su cuento toca a la oración la campana de la iglesia: porque el sentir, el amar y el creer, lo mismo son del dominio del pobre que del rico, del alto que del bajo, mucho más del ignorante que del sabio e ilustrado. Por eso, alzando su cascada y temblorosa voz sobre las ruidosas del auditorio que piden otro nuevo cuento, reza tres Avemarías, a las que grandes y chicos, hombres y mujeres, niños y niñas, contestan devotamente:

¡El ángel las lleve,  
y la Virgen las reciba!

## V

Y ahora, mi buen amigo, vuélvase al Montserrat con el ángel y la Virgen, antes que del todo oscurezca. Bese allí la espada que mi santo Padre el caballero de Loyola colgó a los pies de María, y llore mucho, mucho... Porque ya no existe nada de lo que usted ha visto. Un soplo maléfico borró de la esquina de aquella plaza el nombre de *Jesús*, para grabar en cambio el de *Revolución*: a su influjo cayeron aquellos árboles que se atrevían a dar *sombra* en este siglo de las *luces*; cayeron los Reyes Católicos de aquel humilde trono en que los sentó el agradecimiento; huyeron los cuentos de señá Juana, para dar lugar a las blasfemias de *El Motín* y *Las Dominicales*, que padres y maridos ociosos enseñan a aquellas mismas mujeres ya viejas, y a aquellos mismos niños ya hombres... Cayó también aquella humilde capilla en que el afligido encontraba consuelo, y el atribulado paz, y el descreído fe, dejando en cambio un gran solar lleno de escombros, en que se descubren aún los golpes de la piqueta, como se descubren en un cadáver las sangrientas puñaladas que le arrancaron por fuer-

za la vida... Tan sólo una vieja higuera que la iglesia resguardaba antes con sus muros, ha quedado de pie en medio de aquellas tristes ruinas: mecidas sus ramas por el suave viento de la tarde, parecen murmurar:

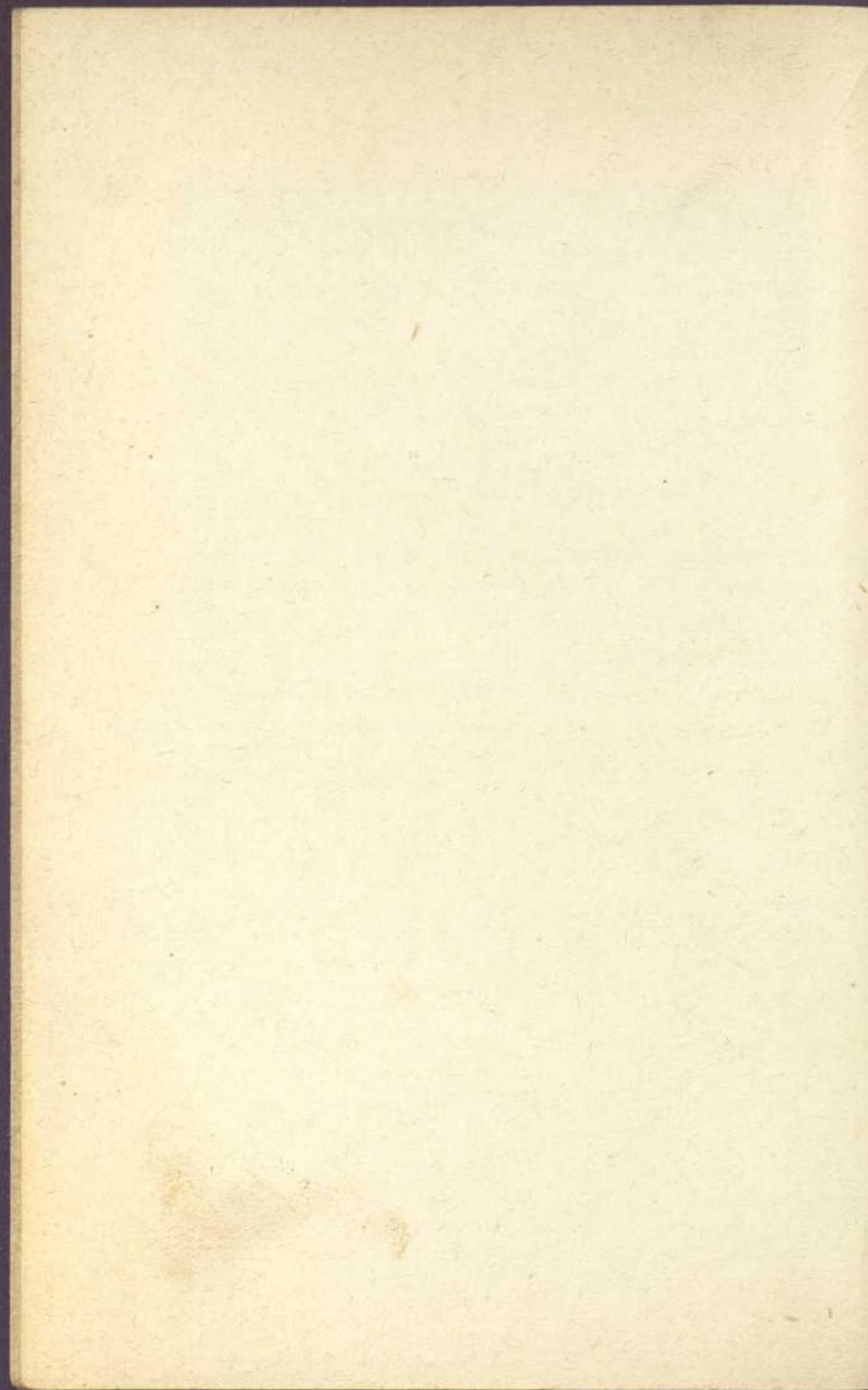
Era un templo, era un altar  
do lloraba el desvalido.  
¡Yo lloré!... Volví a pasar,  
y era polvo consumido  
que también me hizo llorar.

¡Vuélvase usted, mi buen amigo, vuélvase al Montserrat, que tan cerca está del cielo: pídale a San Pedro aquella porrita mágica, y arrójela en... donde usted sabe, gritando con esa voz poderosa que alienta a unos y aterrera a otros:

—¡Porrita, componte!

# Las tres perlas

(Leyenda imitada del alemán)



Había en un pueblecillo de Sigmaringa un matrimonio, feliz en su pobreza, que amaba a Dios practicando sus mandamientos. Acercábase el día de Navidad, y Groetchen y Hans Wit, que éstos eran sus nombres, quisieron festejar a su hija Zela con un primoroso *árbol de Pascua*: contaba la niña tres años, y era el único fruto con que había bendecido Dios la unión de aquel feliz matrimonio.

En la tarde del 24 de diciembre salió Hans Wit al bosque, a cortar la rama de abeto en que habían de colgarse con lazos, flores y luces, los juguetes que enviaba a Zela el Niño Jesús, en la noche de su nacimiento. Había caído una fuerte nevada, y caminos y veredas desaparecían bajo una espesa capa de nieve, que cubría toda la campiña como un blanco sudario.

Hans Wit caminaba rápidamente, sonriendo al pensar en la sorpresa que a su querida Zela preparaba; mas de repente resbala su pie en una roca del camino, y cae rodando en un despeñadero, por cuyo fondo corría un torrente. Tres aldeanos que lo vieron caer se precipitaron en su auxilio, pero ya era tarde; y la furia de las aguas, aumentada por una terrible avenida, arrastró el cuerpo del desgraciado, que pronunciaba a gritos el nombre

de Jesús, y se abrazaba con la rama de abeto como con el último recuerdo de su hija.

Mientras tanto, inquieta Groetchen por la tardanza de su esposo, había hecho acostar a Zela, prometiéndole que una hora antes de las doce la despertaría, para recibir los regalos del divino Niño. Dormía ya Zela, sonriendo entre sueños al Niño Jesús, que con tanta impaciencia esperaba, cuando el señor cura y algunos parientes de Hans Wit anunciaron a Groetchen la terrible desgracia. La pobre madre cayó de rodillas junto a la cuna en que reposaba su hija, tan ajena de que iba a despertar huérfana. Las lágrimas de Groetchen caían silenciosamente sobre el rostro de la niña: esta triste impresión hizo a Zela abrir los ojos. Levantó entonces la cabecita, y preguntó sonriendo a su madre:

—¿Es ya Nochebuena?...

—¡Nochemala, hija mía, nochemala!—respondió amargamente la madre.

La sonrisa desapareció del rostro de la niña como un relámpago: fijó los ojos por largo tiempo en el semblante de su madre, y apartando la mano de ésta, que la presentaba algunas grotescas figuritas de barro, que debieron de adornar el árbol de Pascua, dijo secamente:

—*No quiero...*

Luego escondió el rostro en el seno de su madre, y rompió a llorar, no con ese llanto estrepitoso de la infancia, sino con aquel otro llanto callado de la edad madura, que hace surcos en las

mejillas... ¡Su tierno corazón había adivinado que era ya huérfana!...

Con la muerte de Hans Wit huyó para siempre la felicidad del hogar de Groetchen. El dolor minaba lentamente la salud de ésta, y falta de fuerzas para trabajar, veía desaparecer poco a poco sus pobres ahorros. Cuando, flaca y macilenta, se dirigía al mercado de la aldea en busca de un sustento menos que miserable, solían decir las vecinas:

—¡Poca vida le queda a Groetchen!... ¿Qué será entonces de la pobre Zela?...

Esta se había desarrollado física y moralmente, y endulzaba con su cariño las penas de su madre. Ocupaba en la escuela el primer puesto, y el día del santo de Groetchen le presentó, ruborizada y con los ojos bajos, una primorosa randa y unos calcetines de lana, obra de sus manos.

Dos gruesas lágrimas se escaparon de los ojos de la pobre viuda: estrechó contra su pecho la cabeza de la niña, y le dijo al oído:

—Dios bendiga tu trabajo, hija mía; pero no olvides nunca que la verdadera sabiduría está en amar a Dios, y que el mejor trabajo es el que la virtud santifica.

Zela guardaba en su corazón las palabras de su madre, e imitando sus ejemplos, crecía en virtudes al mismo tiempo que en hermosura. Era su belleza grave y severa; sonrosado el color, y rubios los cabellos; la mesura y modestia de su rostro parecía más que humana, y sus grandes ojos

azules parecían tener algo del cielo, además del color y de la pureza.

Acercábase ya el tiempo en que Zela había de recibir por primera vez la sagrada Comunión. La víspera de aquel gran día Zela acudió a la iglesia con sus compañeras, para oír de boca del señor cura las últimas instrucciones y recibir a sus pies el Sacramento de la Penitencia.

Todas aquellas niñas, hijas de labradores acomodados, preparaban para el siguiente día un cinturón azul y un vestido blanco; sólo la pobre Zela había de llevar sus piecitos descalzos, y no podía sustituir con otro su negro y remendado traje de huérfana. La pobre niña sintió que una sombra de tristeza se deslizaba entre los santos pensamientos que embargaban su corazón, como se desliza una serpiente venenosa entre las flores de un prado. Volvióse asustada a la Virgen, y con las manitas cruzadas le pidió auxilio.

Aquella noche, al acostarse, dijo a su madre:

—¡Qué mala soy, mamá!... Esta tarde deseaba en la iglesia ir a comulgar mañana con un vestido blanco, como las demás niñas...

Groetchen le respondió tristemente:

—Desear un vestido blanco no es malo, hija mía... Envidiarlo y entristecerse porque las demás lo tienen, sí sería un pecado.

—Yo estoy alegre—replicó Zela, fijando en Groetchen su pura mirada—. ¡Pero es tan bonito un vestido blanco y un cinturón celeste!...

—No te avergüences de ser pobre, hija mía—

dijo la madre besándola en la frente—. ¿No ves que el Niño Jesús lleva como tú los piecitos descalzos?... Su túnica es morada, y sólo lleva por cinturón una cuerda de esparto...

Zela rezó por el alma de su padre, y se durmió tranquila con sus manos entre las manos de su madre. Esta permaneció largo tiempo velando su sueño y le oyó murmurar sonriendo dulcemente:

—También el Niño Jesús lleva los piecitos descalzos... Su vestido es morado, y está como el mío, lleno de remiendos...

Poco a poco le pareció a la niña que la transportaban en sueños al pie de un viejo manzano que crecía a la espalda de la casa. Hallábase recostado en el tronco un hermoso Niño, más bello que los ángeles; su túnica blanca esparcía un resplandor vivísimo, que sin ofender la vista la deleitaba, y la fragancia de su aliento era más suave que la brisa de un campo de violetas. En sus pies y manos se veían señales de llagas, y pendía de su cuello un collar de oro puro, con tres perlas que parecían haber robado sus colores al mismo arco iris; era la una verde como la primera yerba; roja la otra como un rubí encendido, y azul la tercera como el cielo en un día despejado.

Zela buscó la manzana más hermosa que había en el árbol, y la presentó de rodillas al Niño. Colocó éste la mano sobre la cabeza de la huérfana, como para bendecirla, y tomó sonriendo la manzana que le ofrecía. Zela sintió, al contacto de aquella mano herida, que todo su ser se trans-

formaba en el ser de aquel Niño divino; vió trocarse su harapiento vestido en una túnica blanca como la nieve, y vió brillar sobre su pecho un collar de tres perlas, en todo semejante al que adornaba el cuello del Niño. Al mismo tiempo resonaron en el aire los acentos de una voz dulce como las notas de un arpa, que cantaba:

El vestido del alma justa  
es la Fe, Esperanza y Caridad.

Zela sintió en su corazón una delicia desconocida, y despertó violentamente en su cunita de pajas; a sus pies dormía la pobre Groetchen, con la cabeza reclinada en el vestido remendado de la niña. El crepúsculo de la mañana alumbraba suavemente la estancia, y las campanas de la iglesia anunciaban ya la alegre fiesta, haciendo resonar en lo alto las alabanzas del Señor.

Zela notó asustada que una palidez cadavérica cubría las facciones de su madre, y que su respiración se asemejaba a un gemido. Sacudióla por un brazo, mientras decía con angustia:

—¡Madre!... ¡Madre!... ¿Qué tienes?

—Nada, nada—replicó ésta despertando sobresaltada—. Vamos a la iglesia, que ya las campanas nos llaman.

Y procurando levantarse, volvió a caer pesadamente en la camita de su hija.

—¿Estás mala, mamá?—exclamó Zela arrodillándose a su lado—. Quédate aquí y no salgas...

Yo iré sola a la iglesia, y cuando venga a mí el Niño Jesús, le diré que te ponga buena.

Y al decir esto, la pobre Zela lloraba amargamente.

—¡No es nada, hija mía!—dijo Groetchen, levantándose al fin—; vamos a la iglesia, que no quiero privarme de la mayor dicha de mi vida.

Y apoyándose la una en la otra, se dirigieron ambas al templo. Era éste humilde y modesto como los habitantes de Sigmaringa: un sencillo altar se elevaba en medio, sirviendo de trono a la imagen de María: rodeábanla por todas partes guirnaldas y ramos de flores, y seis hachas de cera se consumían ante el Santísimo Sacramento, como se consumen ante Dios las almas que de veras le aman.

Las niñas que habían de comulgar hallábanse enfiladas a lo largo del presbiterio, luciendo todas vestidos blancos y cinturones celestes. Zela se adelantó, con sus piececitos descalzos y su vestido remendado, a tomar puesto entre ellas. Sus ojos bajos y sus manos cruzadas sobre el pecho le daban el aspecto de un ser celeste.

Llegó al fin el momento solemne: el órgano dejó oír los acordes del *Pange lingua*, y las nubes de incienso se elevaron, como si indicasen a la oración de las niñas el camino del cielo. Zela se adelantó también para recibir a Jesucristo, y todos vieron entonces, compadecidos, sus pies descalzos y su vestido negro.

Groetchen, orando fervorosamente, la seguía con la vista; de repente los ojos de la pobre viuda se

dilataron como para ver mejor, y se llevó las manos al corazón como si refluyese allí su vida entera. Había visto a Zela recibir al Señor, cubierta con una túnica blanca, cuyo brillo asemejaba a telas de araña los blancos vestidos de sus compañeras. En su pecho brillaba un collar de oro purísimo, y pendían de él tres perlas, azul la una, verde la otra y roja la tercera. Groetchen extendió los brazos hacia el altar, y exclamó llena de júbilo:

—¿Quién ha vestido a mi hija como el alma después de la Resurrección?...

Luego cayó con la cara en tierra, para no volverse a levantar nunca... Algunas vecinas recogieron el cuerpo inerte, y lo llevaron a su casa.

Cuando Zela salió de la iglesia, ignoraba aún la muerte de su madre: sin duda, por permisión divina, nadie se había acordado de la pobre huérfana. Un hermoso Niño estaba sentado a la puerta, sobre una piedra saliente: apoyaba su cabeza en una cruz, como descansando en ella; y su cabello, tendido a la espalda, se partía en la frente al modo de los nazarenos.

Zela reconoció al mismo Niño que había visto en sueños sentado a la sombra del manzano. Sus atavíos eran, sin embargo, muy distintos: una túnica morada remendada y vieja cubría su cuerpecito, y la cuerda de esparto que ceñía su cintura, daba vuelta a su cuello, blanco cual el de un cisne, y lo desollaba cruelmente. Zela quedó absorta

al verle, y observó con extrañeza que hombres y mujeres pasaban cerca de él y no le miraban.

El Niño fijó en Zela sus hermosos ojos llenos de lágrimas y le preguntó dulcemente:

—¿A quién buscas, pobre Zela?

—Busco a mi madre—replicó la niña, poniéndose, sin saber por qué, de rodillas.

—Ven conmigo y la hallarás—dijo el Niño.

Y cargando sobre sus hombros la cruz en que se apoyaba, comenzó a caminar en silencio. Marchaban uno en pos de otro ambos niños, serios y tristes, llevando él su sayal de penitencia y vistiéndola ella su humilde traje de huérfana.

Poco a poco la senda se estrechaba, y agudas zarzas y espinos herían los pies descalzos de los dos caminantes. Sufría el Niño sin quejarse, y dejaba correr la sangre sin dar muestras de quebranto: Zela, por el contrario, extendía sus manitas para agarrarse a las rocas del camino, y exhalaba gemidos de dolor. Volvió entonces el Niño hacia la huérfana su rostro hermosísimo, y dijo con mansedumbre infinita:

—Pon tus pies en mis pisadas, y no desfallecerás.

Zela siguió el consejo de su guía, y aunque el dolor martirizaba su cuerpo, la fortaleza no desamparaba su alma. A veces desaparecía el Niño, y Zela seguía sus huellas sangrientas, llena de congoja; mas pronto tornaba a verle ante sí, y cesaba al punto su sobresalto.

De repente se encontró perdida en un espeso

bosque, cerrado por todas partes. Al pie de un roble secular se hallaba sentado un joven de buena apariencia; tenía en la mano un libro, que leía atentamente. Una escéptica sonrisa entreabría sus labios, y veíanse en su frente, ya marchita, las huellas del vicio. Un gigantesco buho graznaba de cuando en cuando en la copa del árbol.

El joven arrojó al fin el libro en que leía, y gesticulando desesperadamente, blasfemó de Dios.

—¿Qué es la fe?—se decía—; y ¿dónde podré hallarla?...

Aterrada Zela, cayó de rodillas y oró por aquel hombre. El buho graznaba aún más lúgubrementemente.

—Gocemos hoy, si hemos de morir mañana—prosiguió el joven, dirigiéndose a la salida del bosque.

Arrodillada Zela en mitad del camino, le cortó el paso.

—¿Quién eres?—exclamó el impío deteniéndose ante ella. Y fijando en el pecho de la niña sus ojos asombrados, añadió—: Dame, dame, ángel de Dios, esa perla azul que llevas al cuello, y recobraré la fe que perdí en los caminos del mundo.

Atónita Zela, llevó su mano al pecho, y no encontró allí perla ninguna.

—Tómala tú si quieres—dijo, sin comprender las palabras del joven.

Sintió entonces que aquel hombre sacaba de su pecho una perla, celeste como el cielo: llevóla el descreído a sus labios con emoción profunda, y cayendo de rodillas, bendijo el nombre de Dios. El

buho lanzó un graznido terrible, y huyó de allí haciendo resonar sus pesadas alas.

Zela comprendió entonces la excelencia de la fe.

Entretanto, una densa niebla había envuelto la comarca: Zela caminaba a tientas, buscando en el suelo las huellas sangrientas del Niño misterioso. Un triste lamento llegó a sus oídos, y despavorida la huérfana, aligeró el paso en aquella dirección, porque también en aquella dirección se descubrían las huellas del Niño. Hallóse a poco frente a una cabaña miserable pegada a la roca. Una niña de pocos años sollozaba amargamente, con la cabecita apoyada en el umbral de la puerta.

—¿Por qué lloras, niña?—preguntó Zela también llorando.

—Papá se ha muerto y no responde—contestó la niña sin cesar en su llanto.

Zela entró en la cabaña, y un espectáculo terrible se ofreció a su vista. Sobre un montón de paja, yacía aún caliente el cadáver de un hombre: cinco niños pequeñitos lloraban en torno, y una mujer sentada a la cabecera arrimaba a sus pechos, secos por el dolor, otro niño recién nacido.

Zela notó en todas aquellas fisonomías, desfiguradas por el pesar, un destello de la belleza del Niño que la guiaba: por eso las lágrimas acudieron a sus ojos, impidiéndola notar la impresión que causaba su presencia en aquella miserable estancia, donde nada disimulaba el horror de la muerte. Cesó el llanto de los niños, y la pobre viuda se arrojó a los pies de Zela, exclamando fuera de sí:

—¿Quién sois?... ¿Sois el ángel de mi marido que viene a traerme consuelos?... ¡Ah!, dadme esa perla roja que brilla en vuestro pecho como una brasa ardiendo, y mis hijos tendrán pan, y mi pena tendrá alivio, y el alma de mi marido tendrá descanso eterno...

—¡Tomad, tomad mi corazón si ha de remediaros!...—exclamó Zela, presentando su pecho a la viuda.

Arrancó ésta entonces del pecho de la niña una perla, roja como un rubí, cuyos brillantes resplandores comunicaron a la cabaña un tinte de consuelo.

—¡Qué dulce es amar a Dios en los hombres!—exclamó Zela enjugando las lágrimas a los niños; y al mismo tiempo, una luz divina hacía comprender a su alma la hermosura de la caridad.

Al salir de la cabaña siguió Zela una estrecha senda, que descendía rápidamente por la ladera del monte. Un fuerte vendaval había desunido la niebla, cuyos restos quedaban agarrados entre los árboles, como los jirones de un traje de gasa.

Poco a poco desaparecieron los árboles, y quedaron atrás los prados del valle y la verdura de la montaña: un inmenso desierto de arena se extendía por todas partes, yendo a perderse en el horizonte, como un mar de fuego. Un viento abrasador cortaba la respiración, y levantaba espesos remolinos de arena, bramando a intervalos como un demonio encadenado. Zela sintió que una angustia terrible oprimía su corazón, y que una sed

ardiente abrasaba su garganta. A eso del mediodía descubrió a lo lejos un peñasco que se levantaba entre la arena, y una palmera que crecía a su sombra.

—¡Allí encontraré agua!—exclamó Zela, haciendo un esfuerzo supremo para llegar al peñasco. Mas era éste escarpado y sin vegetación, y hallábase la palmera seca, como la higuera maldita.

La huérfana, falta de fuerzas, cayó sobre la arena dando un gemido... Cruzó sus manitas sobre el pecho y se dispuso a morir.

—Creo en Dios, amo a Dios, espero en Dios—murmuraba dulcemente.

Un viejo de siniestro aspecto salió entonces de una caverna que ocultaba el peñasco; era su mirada torva, y veíanse en su rostro, junto a las señales de la desesperación, las huellas del crimen. Traía en la mano un dogal, y su cuello desnudo parecía dispuesto a recibirle.

—¿Quién espera en Dios, donde para mí no hay esperanza?—exclamó, revolviendo hacia todas partes sus ojos de víbora.

—¡Espero en Dios!—murmuró Zela, aun más dulcemente.

Acercóse a ella el pecador desesperado, y una emoción extraña se apoderó de su ánimo. Quería llorar y no podía; quería maldecir y no se movían sus labios.

—¡Espero en Dios!—repitió Zela, en voz tan baja, que parecía un suspiro.

Un sollozo terrible se escapó al fin del pecho del viejo.

—¡Ruega por mí, ángel divino!—exclamó, cayendo de rodillas.

Zela llevó trabajosamente su mano al pecho, e indicó al viejo una hermosa perla verde que sobre él brillaba. Tomóla éste con ansia infinita, y dos arroyos de lágrimas brotaron al fin de sus ojos, mientras sus manos descarnadas golpeaban su pecho contrito.

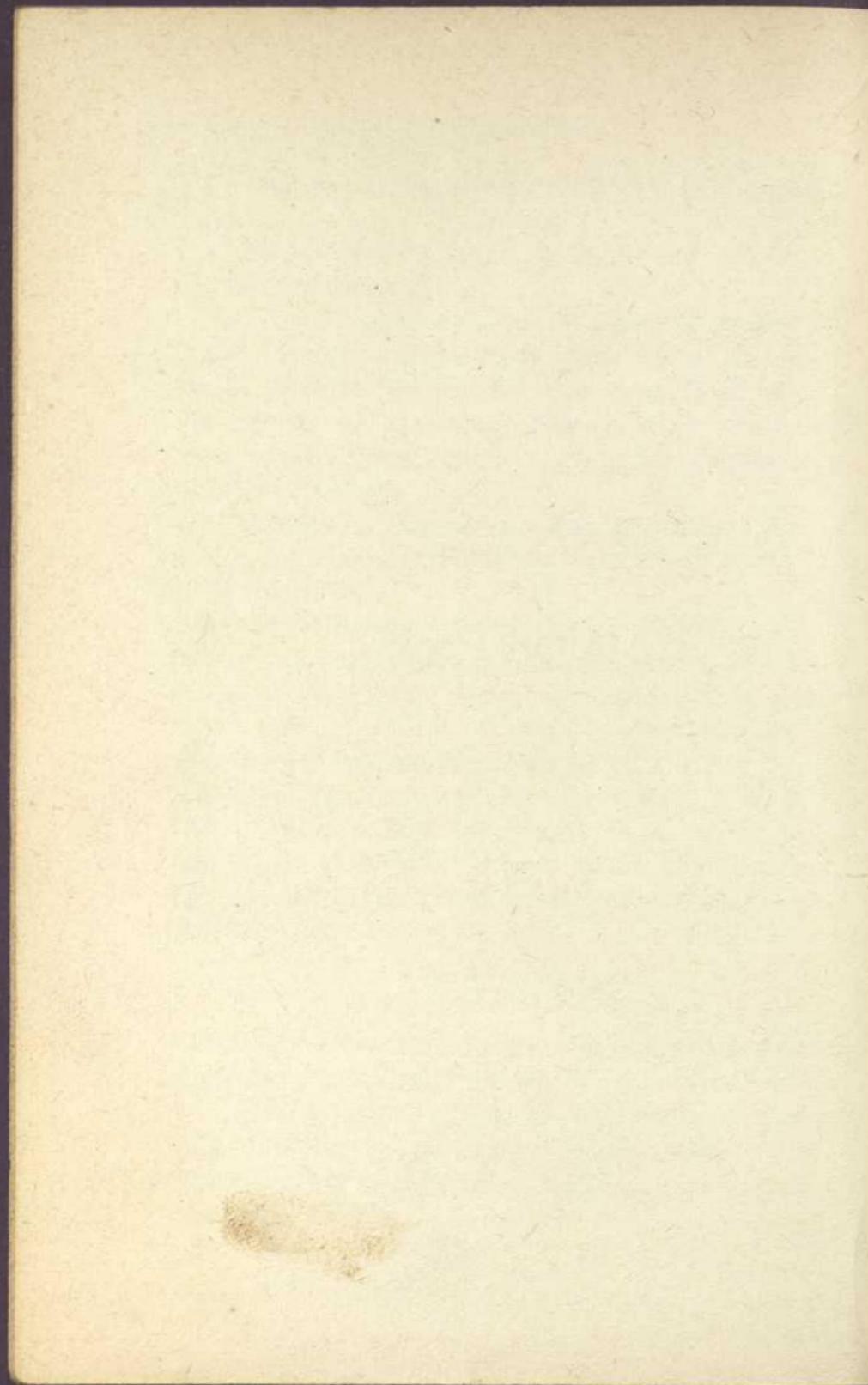
—¡Espero en Dios!—dijo Zela por última vez. Y su alma comprendió, antes de morir, la dulzura de la esperanza.

Al mismo tiempo apareció ante sus ojos el Niño divino que había visto por vez primera al pie del manzano. Su túnica blanca resplandecía, como el sol en toda su fuerza, y brillaba sobre su pecho el collar de tres perlas. A su derecha Hans Wit, con una túnica blanca y un collar semejante al del Niño, tendía a Zela los brazos; a la izquierda, Groetchen, vestida del mismo modo, le hacía señas con la mano. Voces celestiales cantaban entre las nubes:

El vestido del alma justa  
es la Fe, Esperanza y Caridad.

El viejo, arrepentido, sepultó el cadáver de Zela al pie de la palmera, y un salto de agua que brotó del peñasco mantenía frescas las violetas y azucenas que crecían juntas sobre su tumba, como juntas habían crecido en su alma la pureza y la humildad.

Ratón Pérez



A SU ALTEZA REAL EL SERENISIMO SEÑOR  
PRINCIPE DE ASTURIAS, DON ALFONSO  
DE BORBON Y BATTENBERG.

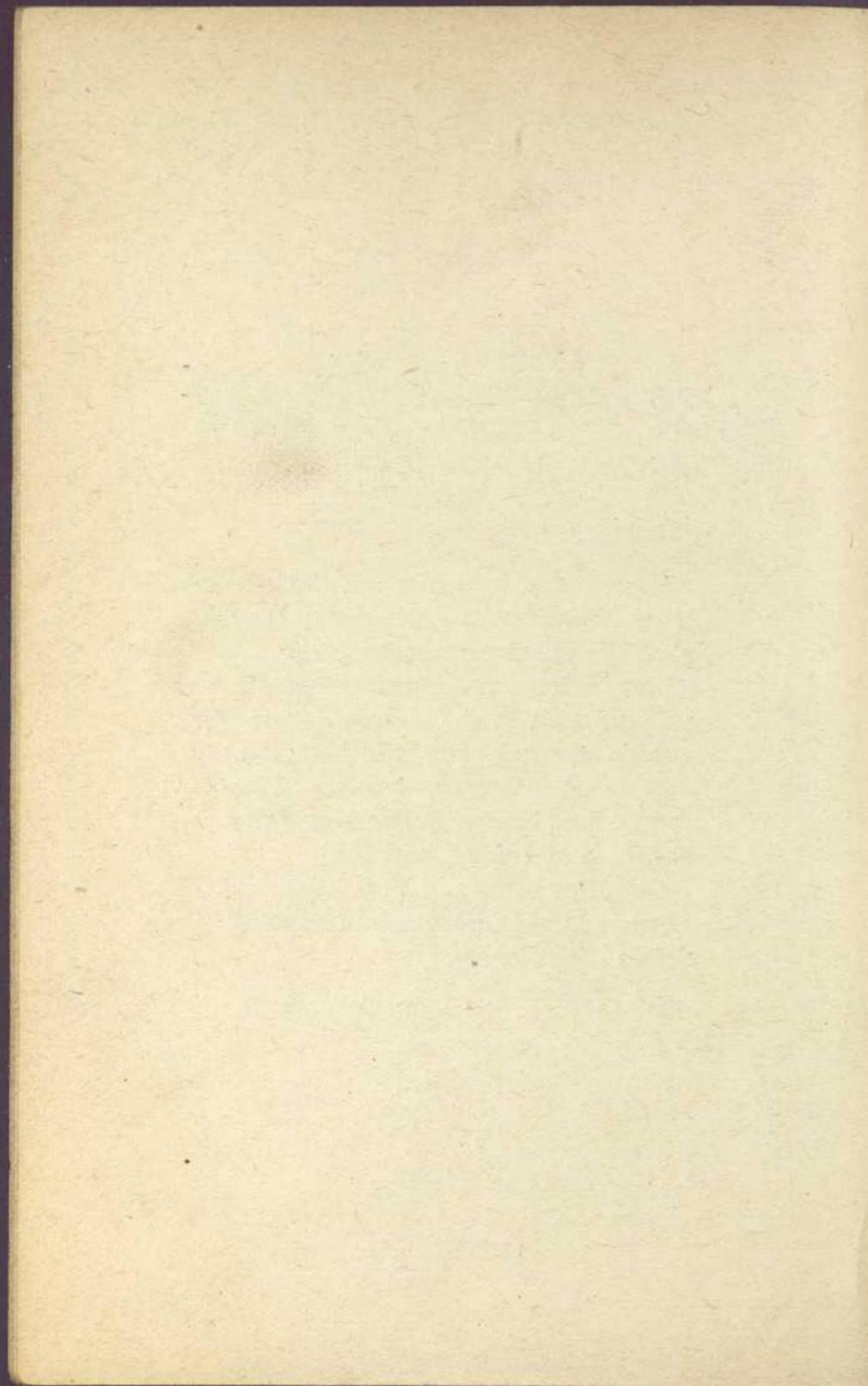
Señor:

*Hace cerca de veinte años que escribí estas páginas para S. M. el Rey D. Alfonso XIII, vuestro augusto padre. Permittedme, Señor, que, al reimprimirlas hoy, las dedique a V. A., deseoso de que arraigue en vuestra alma, tan honda y fructuosamente como arraigó en vuestro padre, la sencilla y sublime idea de la verdadera fraternidad humana.*

*Que Dios bendiga a V. A. como de todo corazón lo pide diariamente su affmo. en Cristo,*

LUIS COLOMA, S. J.

(1911.)



Sembrad en los niños la idea, aunque no la entiendan; los años se encargarán de descifrarla en su entendimiento y hacerla florecer en su corazón.

Entre la muerte del rey que rabió y el advenimiento al trono de la reina Mari-Castaña, existe un largo y obscuro período en las crónicas, de que quedan pocas memorias. Consta, sin embargo, que floreció en aquella época un rey Buby I, grande amigo de los niños pobres y protector decidido de los ratones.

Fundó una fábrica de muñecos y caballos de cartón para los primeros, y sábese de cierto que de esta fábrica procedían los tres caballitos cuatralbos que regaló el rey don Bermudo *el Diácono* a los niños de Hissén I, después de la batalla de Bureva.

Consta también que el rey Buby prohibió severamente el uso de ratoneras y dictó muy discretas leyes para encerrar en los límites de la defensa propia los instintos cazadores de los gatos: lo cual resulta probado, por los graves disturbios que hubo entre la reina doña Goto o Gotona, viuda de don Sancho Ordóñez, rey de Galicia, y la

merindad de Ribas de Sil, a causa de haberse querido aplicar en ésta las leyes del rey Buby al gato del monasterio de Pombeyro, donde aquella reina vivía retirada.

El caso fué grave y sus memorias muy duraderas, por más que unos autores digan que el gato en cuestión se llamaba Rusaff Mateo, y otros le llamen simplemente Minini. De todos modos, el hecho resulta probado, aunque nada diga sobre ello Vaseo, ni tampoco lo mencione el Cronicón Iriense, y el bueno de don Lucas de Túy haga como que se olvida del caso, quizá, quizá, por razones de conveniencia.

Consta también que el rey Buby comenzó a reinar a los seis años bajo la tutela de su madre, señora muy prudente y cristiana, que guiaba sus pasos y velaba a su lado, como hace con todos los niños buenos el ángel de su guarda.

Era entonces el rey Buby un verdadero encanto, y cuando en los días de gala le ponían su corona de oro y su real manto bordado, no era el oro de su corona más brillante que el de sus cabellos, ni más suaves los armiños de su manto que la piel de sus mejillas y sus manos. Parecía un muñequito de Sèvres, que en vez de colocarlo sobre la chimenea, lo hubieran puesto sentadito en el trono.

Pues sucedió que, comiendo un día el rey unas sopitas, se le comenzó a menear un diente. Alarmóse la corte entera, y llegaron, uno en pos de otro, los médicos de cámara. El caso era grave,

pues todo indicaba que había llegado para su majestad la hora de mudar los dientes.

Reunióse en consulta toda la Facultad; telegrafióse a Charcot, por si venía complicación nerviosa, y decretóse al cabo sacar a su majestad el diente. Los médicos quisieron cloroformizarle, y el presidente del Consejo sostuvo porfiadamente esta opinión, por ser él tan impresionable, que nunca dejaba de hacerlo cada vez que se cortaba el pelo.

Pero el rey Buby era animoso y valiente, y empeñóse en arrostrar el peligro cara a cara. Quiso, sin embargo, confesarse antes, porque faena hecha no ocupa lugar, y después de todo, lo mismo puede escaparse el alma por la herida de una lanza, que por la mella de un diente.

Atáronle, pues, al suyo una hebra de seda encarnada, y el médico más anciano comenzó a tirar con tanto pulso y acierto, que a la mitad del empuje hizo el rey un pucherito, y saltó el diente tan blanco, tan limpio y tan precioso como una perlita sin engaste.

Recogiólo en un azafate de oro el gentilhombre Grande de guardia, y fué a presentarlo a su majestad la reina. Convocó ésta al punto el Consejo de ministros, y dividiéronse las opiniones.

Querían unos engarzar en oro el dientecito y guardarlo en el tesoro de la Corona; y proponían otros colocarlo en el centro de una rica joya, y regalarlo a la imagen de la Virgen, patrona del Reino. Pareceres ambos en que descubrían aquellos ministros cortesanos, más bien el deseo de hala-

gar a la madre, que el de servir a la reina.

Mas esta señora, que como mujer lista no fiaba de aduladores y era muy prudente y amiga de la tradición, resolvió que el rey Buby escribiese a Ratón Pérez una atenta carta, y pusiese aquella misma noche el diente debajo de su almohada, como ha sido y es uso común y constante de todos los niños, desde que el mundo es mundo, sin que haya memoria de que nunca dejase Ratón Pérez de venir a recoger el diente y a dejar en cambio un espléndido regalo.

Así lo hizo ya el justo Abel en su tiempo, y hasta el grandísimo pícaro de Caín puso su primer diente, amarillo y apestoso como uno de ajo, escondido entre la piel de perro negro que le servía de cabecera. De Adán y Eva no se sabe nada: lo cual a nadie extraña, porque como nacieron grandecitos, claro está que no mudaron los dientes.

Apuradillo se vió el rey Buby para escribir la carta; pero consiguíolo al cabo, y no sin grande suerte, pues tan sólo llegó a mancharse de tinta los cinco dedos de cada mano, la punta de la nariz, la oreja izquierda, un poco del borceguí derecho y todo el babero de encajes desde arriba hasta abajo.

Acostóse aquella noche más temprano que de costumbre, y mandó que dejasen encendidos en la alcoba todos los candelabros y arañas. Puso con mucho primor debajo de la almohada la carta con el diente dentro, y sentóse encima dispuesto a

esperar a Ratón Pérez, aunque fuese necesario velar hasta el alba.

Ratón Pérez tardaba, y el reyecito se entretuvo en pensar el discurso que había de pronunciarle. A poco abrió Buby mucho los ojitos, luchando contra el sueño, que se los cerraba: cerróselos al fin del todo, y el cuerpecillo resbaló buscando el calor de las mantas, y la cabecita quedó sobre la almohada, escondida tras un brazo, como esconden los pajaritos la suya debajo del ala.

De pronto, sintió una cosa suave que le rozaba la frente. Incorporóse de un brinco, sobresaltado, y vió delante de sí, de pie sobre la almohada, un ratón muy pequeño, con sombrero de paja, lentes de oro, zapatos de lienzo crudo y una cartera roja, terciada a la espalda.

Miróle el rey Buby muy espantado, y Ratón Pérez, al verle despierto, quitóse el sombrero hasta los pies, inclinó la cabeza según el ceremonial de corte, y en esta actitud reverente esperó a que su majestad hablase.

Pero su majestad no dijo nada, porque el discurso se le olvidó de pronto, y después de pensarlo mucho, tan sólo acertó a decir algún tanto azorado:

—Buenas noches...

A lo cual respondió Ratón Pérez profundamente conmovido:

—Dios se las dé a vuestra majestad muy buenas.

Y con estas corteses razones, quedaron Buby y

Ratón Pérez los mejores amigos del mundo. Conociase a la legua que era éste un ratón muy de mundo, acostumbrado a pisar alfombras y al trato social de personas distinguidas.

Su conversación era variada e instructiva y su erudición pasmosa. Había viajado por todas las cañerías y sótanos de la corte, y anidado en todos los archivos y bibliotecas: sólo en la Real Academia Española se comió en menos de una semana tres manuscritos inéditos que había depositado allí cierto autor ilustre.

Habló también de su familia, que no era muy numerosa: dos hijas, ya casaderas, Adelaida y Elvira, y un hijo adolescente, Adolfo, que seguía la carrera diplomática, en el cajón mismo en que el ministro de Estado guardaba sus notas secretas. De su mujer habló poco y como de paso, por lo cual sospechó el reyecito que habría allí alguna *messa allianza*, o quizá disensiones matrimoniales.

Oíale todo esto el rey Buby embobado, extendiendo de cuando en cuando maquinalmente la manita, para cogerle por el rabo. Mas Ratón Pérez, con una oscilación rápida y ceremoniosa, ponía el rabo de la otra parte, burlando así el intento del niño, sin faltar en nada al respeto debido al monarca.

Era ya tarde, y como el rey Buby no pensaba en despedirle, Ratón Pérez insinuó hábilmente, sin faltar a la etiqueta, que le era forzoso acudir aquella misma noche a la calle de Jacometrezo, número 64, para recoger el diente de otro niño muy po-

bre, que se llamaba Gilito. Era el camino áspero y hasta cierto punto peligroso, porque había en la vecindad un gato muy mal intencionado, que llamaban don Gaiferos.

Antojósele al rey Buby acompañarle en aquella expedición, y así se lo pidió a Ratón Pérez con el mayor ahinco. Quedóse éste pensativo, atusándose el bigote: la responsabilidad era muy grande, y érale forzoso además detenerse en su propia casa para recoger el regalo que había de llevar a Gilito en cambio de su diente.

A esto respondió el rey Buby que él se tendría por muy honrado con descansar un momento en casa tan respetable.

La vanidad venció a Ratón Pérez, y apresuróse a ofrecer al rey Buby una taza de té, a trueque de conquistar el derecho de poner cadenas en la puerta de su casa, como se hacía en aquellos tiempos en todas las que conseguían el honor de hospedar a un monarca.

Vivía Ratón Pérez en la calle del Arenal, número 8, en los sótanos de Carlos Prats (1), frente por frente de una gran pila de quesos de Gruyère, que ofrecían a la familia de Pérez próxima y abastada despensa.

Fuera de sí de contento, tiróse el rey Buby de la cama, y comenzó a ponerse su blusita. Mas Ratón Pérez saltó de repente sobre su hombro, y le metió por la nariz la punta del rabo: estornudó

---

(1) Famosa tienda de ultramarinos existente en Madrid en el lugar citado.

estrepitosamente el reyecito, y por un prodigio maravilloso, que nadie hasta el día de hoy ha podido explicarse, quedó convertido, por el mismo esfuerzo del estornudo, en el ratón más lindo y primoroso que imaginaciones de hadas pudieran soñar.

Era todo él brillante como el oro, y suave como la seda, y tenía los ojitos verdes y relucientes como dos esmeraldas *cabochón*.

Tomóle de la mano Ratón Pérez, sin usar ya tantas ceremonias, y entróse con él, disparado como una bala, por un agujero que debajo de la cama y oculto por la alfombra había.

Era su carrera desatinada, obscuro el camino, húmedo y hasta pegajoso, y cruzábanse a cada paso con bandadas de diminutas alimañas, que a tientas les pinchaban y mordían.

A veces deteníase Ratón Pérez en alguna encrucijada, y exploraba el terreno antes de seguir adelante: todo lo cual puso al rey Buby un poco nervioso y de mal humor, porque llegó a sentir desde el hociquito hasta la punta del rabo ciertos ligeros escalofríos que le parecieron señales de miedo. Acordóse, sin embargo, de que

El miedo es natural en el prudente,  
y el saberlo vencer es ser valiente;

y se venció y fué valiente por razón, que es en lo que el verdadero valor consiste.

Tan sólo una vez, al sentir un estrépito espantoso sobre su cabeza, que no parecía sino que pa-

saban por encima diez docenas de Ripers-Oliva (1), preguntó muy bajito a Ratón Pérez si era allí donde vivía don Gaiferos. Contestóle Ratón Pérez haciendo con el rabo un ademán negativo, y siguieron adelante.

A poco entraron en una suave explanada, que venía a desembocar en un sótano ancho y muy bien embaldosado, donde se respiraba una atmósfera tibia, perfumada de queso. Doblaron una enorme pila de éstos, y encontráronse frente a frente de una gran caja de galletas de Huntley.

Allí era donde vivía la familia de Ratón Pérez, bajo el pabellón de Carlos Prats, tan a sus anchas y con tanta holgura, como pudo vivir la rata legendaria de la fábula, en el queso de Holanda.

Ratón Pérez presentó al rey Buby a su familia como un *touriste* extranjero que visitaba la corte, y las ratonas le acogieron con esa elegante *aisance* de las damas acostumbradas a mucho trato.

Las señoritas hacían labor con su aya miss Old-Cheese, ratona inglesa muy ilustrada, y la señora de Pérez bordaba para su marido un precioso gorro griego al calor de una chimenea en que ardía alegre fuego de rabitos de pasas.

Agradó mucho al rey Buby aquel plácido interior de familia burguesa, que revelaba en todos sus detalles esa *aurea mediocritas* (dorada medianía) de que habla el poeta como del estado más

---

(1) Especie de *ómnibus* que circulaban por las calles de Madrid antes de los tranvías.

apto para hallar paz y felicidad en esta vida.

Sirvieron el té Adelaida y Elvira en primorosas tazas de cáscaras de alubias, y luego *se hizo* un poco de música. Adelaida cantó al arpa el aria de Desdémona, *assisa al pie d'un salice*, con un gusto y afinación que encantaron al rey Buby.

No era Adelaida bonita, pero tenía modales muy distinguidos, y hacía oscilar su rabo con cierta melancólica coquetería, que revelaba, sin duda, alguna pena secreta.

Elvira, por el contrario, era vivaracha y hasta un poco ordinaria, pero la energía de su alma le rebosaba por los ojos, y el rey Buby creyó ver delante de sí una espartana repitiendo el himno de las Termópilas, cuando cantó al piano con trágica entonación y enérgicos rencores de raza:

En el Hospital del Rey  
hay un ratón con tercianas,  
y una gatita morisca  
le está encomendando el alma.

Entró en esto Adolfo, que venía del Jockey-Club, donde con harto sentimiento de sus padres perdía tiempo y dinero jugando al *pocker* con los ratones agregados a la Embajada alemana.

El roce continuo con estos diplomáticos le había engreído y extranjerizado, y no tenía otros tópicos de conversación que el *polo* y el *lawn-tennis*.

Con gusto hubiera prolongado el rey Buby la velada, pero Ratón Pérez, que se había ausentado un momento, volvió con su cartera terciada a la

espalda, y al parecer bien repleta, y le manifestó respetuosamente que ya era hora de partir.

Hizo, pues, el rey Buby, con mucha gracia, sus corteses ofrecimientos de despedida, y la Ratona Pérez, en un arranque de cordialidad un poco burguesa, plantóle en cada mejilla un sonoro beso. Adelaida le tendió una pata con cierto aire sentimental, que parecía decir:

—¡Hasta el cielo!

Elvira le dió un apretón de manos a la inglesa, y miss Old-Cheese le hizo una ceremoniosa cortesía a lo reina Ana Stuard, y le enfiló su *lorgnon* de concha hasta que le perdió de vista.

Adolfo estuvo también muy expresivo: acompañóles hasta la entrada de la cañería, y allí reiteró a Buby su ofrecimiento de presentarlo en el Polo-Club, y le recomendó por tercera vez el uso de las raquetas J. Tate del número 12, o a lo más del 12  $\frac{1}{2}$ . Las del 13 resultaban ya, para manos ratoniles, algo pesadas.

Agradecióselo mucho el reyecito, y se despidió pensando que Adolfo podría ser en verdad muy elegante, pero que sin duda tenía los sesos de picatoste.

Comenzaron de nuevo su desatinada carrera Buby y Ratón Pérez, con un lujo de precauciones que sobresaltaron al reyecito.

Caminaba delante un grueso pelotón de fornidos ratones, gente toda de guerra, cuyas aceradas bayonetas de finas agujas relumbraban a veces en la obscuridad. Detrás venía otro pelotón no me-



nos numeroso, armado también hasta los dientes.

Confesó entonces Ratón Pérez que no se había determinado a emprender aquella expedición, sin garantizar suficientemente con aquella aguerrida escolta de cazadores ligeros la persona del joven monarca que con tanta nobleza se le confiaba.

De repente vió el rey Buby que desaparecía la vanguardia entera por un estrecho agujero, que dejaba escapar reflejos de tenue luz.

Había llegado el momento de peligro, y Ratón Pérez, despacito, haciendo vibrar suavemente la punta del rabo, asomó poquito a poco el hocico por aquel temeroso boquete: observó un segundo, retrocedió dos pasos, tornó a avanzar lentamente, y de improviso, agarrando al rey Buby por la mano, lanzóse con la rapidez de una flecha por el agujero, atravesó como una exhalación una extensa cocina, y desapareció por otro agujero que frente por frente había, detrás del fogón.

Con la rapidez con que se ven en el día de hoy desfilan los palos del telégrafo por las ventanillas de un tren, así vió pasar el rey Buby ante sus ojos, en su veloz carrera, el pavoroso cuadro de aquella cocina... Al calorcito de la lumbre oculta bajo el rescoldo dormía el temido don Gaiferos, gatazo enorme, cartujano, cuyos erizados bigotes subían y bajaban al compás de su pausada respiración...

La guardia ratonil, inmóvil, silenciosa, preparada, mordiendo ya casi el cartucho, protegía el paso del rey Buby, formando desde el dormido

don Gaiferos hasta los dos agujeros de entrada y de salida el formidable triángulo romano de la batalla de Ecnoma...

Era aquello imponente y aterrador...

Una vieja feísima dormía en una silla, con la calceta a medio hacer caída sobre las faldas.

Cesó el peligro una vez franqueado el agujero de salida, y faltaba ya tan sólo subir a la última buhardilla de aquella misma casa, que era donde Gilito vivía. Todo era entrada en aquella miserable habitación abierta a todos los vientos, y los ratones la invadieron por rendijas, grietas y agujeros, como se invade una ciudad ya desmantelada.

Encaramóse el rey Buby en el palo de una silla sin asiento, única que había, y desde allí pudo abarcar todo aquel cuadro de horrible miseria, que nunca hubiera podido ni aun siquiera imaginar.

Era aquello un cuchitril infecto, en que el techo y el suelo se unían por un lado, y no se separaban lo bastante por el otro para dejar cabida a la estatura de un hombre. Entraba por las innumerables rendijas el viento helado del alba, que ya clareaba, y veíanse por debajo de la tejavana del techo grandes cuajarones de hielo.

No había allí más muebles que la silla que servía de observatorio al rey Buby, un cesto de pan vacío, colgado del techo a la altura de la mano, y en el rincón menos expuesto a la intemperie, una cama de pajas y de trapos, en que dormían abrazados Gilito y su madre,

Acercóse Ratón Pérez, llevando al rey Buby de la mano, y al ver éste de cerca al pobre Gilito, asomando las yertas manecitas por los trapos miserables que le cubrían y pegada la preciosa carita al seno de su madre para buscar allí un poco de calor, angustiósele el corazón de pena y de asombro, y rompió a llorar amargamente.

¡Pero si él nunca había visto eso!... ¿Cómo era posible que no hubiese él sabido hasta entonces que había niños pobres que tenían hambre y frío y se morían de miseria y de tristeza en un horrible camaranchón?... ¡Ni mantas quería él ya tener en su cama, mientras hubiese en su reino un solo niño que no tuviera por lo menos tres calzones de bayeta y un vestidito de bombasí!...

Conmovido también Ratón Pérez, se enjugó a hurtadillas una lágrima con la pata, y procuró calmar el dolor del rey Buby, enseñándole la brillante monedita de oro que iba a poner bajo la almohada de Gilito, en cambio de su primer diente.

Despertó en esto la madre de Gilito, e incorporóse en el lecho, contemplando al niño dormido. Amanecía ya, y érale forzoso levantarse para ganar un mísero jornal, lavando en el río. Cogió a Gilito en los brazos, y le puso de rodillas, medio dormido, delante de una estampita del Niño Jesús de Praga que había pegada en la pared, sobre la misma cama.

El rey Buby y Ratón Pérez se pusieron de rodillas con el mayor respeto, y hasta los cazadores

ligeros se arrodillaron también, dentro del canasto vacío en que merodeaban silenciosos.

El niño comenzó a rezar:

—*¡Padre nuestro, que estás en los cielos!...*

Hizo el rey Buby un gesto de inmensa sorpresa al oírle, y se quedó mirando a Ratón Pérez con la boca abierta.

Comprendió éste su estupor y fijó en el reyecito sus penetrantes ojos; mas no dijo una sola palabra, esperando sin duda que otro las dijese.

Emprendieron el viaje de vuelta silenciosos y preocupados, y media hora después entraba el rey Buby en su alcoba con Ratón Pérez.

Tornó allí éste a meter en la nariz del rey la punta de su rabo; estornudó de nuevo Buby estrepitosamente, y encontróse acostadito en su cama, en los brazos de la reina, que le despertaba, como todos los días, con un cariñoso beso de madre.

Creyó, por el pronto, que todo había sido sueño; mas levantó prontamente la almohada, buscando la carta para Ratón Pérez que había puesto allí la noche antes, y la carta había desaparecido.

En su lugar había un precioso estuche con la insignia del Toisón de Oro, toda cuajada de brillantes, regalo magnífico que le hacía el generoso Ratón Pérez, en cambio de su primer diente.

Dejóse caer, sin embargo, el reyecito sobre la rica colcha, sin mirarlo casi, y quedóse largo tiempo pensativo, con el codo apoyado en la almohada. De pronto dijo, con esa expresión seria y me-

ditabunda que toman a veces los niños cuando reflexionan o sufren:

—Mamá... ¿Por qué los niños pobres rezan lo mismo que yo: *Padre nuestro, que estás en los cielos?*...

La reina le respondió:

—Porque Dios es padre de ellos, lo mismo que lo es tuyo.

—Entonces—replicó Buby aún más pensativo—seremos hermanos...

—Sí, hijo mío; son tus hermanos.

Los ojitos de Buby rebosaron entonces admiración profunda, y con la voz empañada por las lágrimas y trémulo el pechito por el temblor de un sollozo, preguntó:

—¿Y por qué soy yo rey, y tengo de todo, y ellos son pobres y no tienen de nada?

Apretóle la reina contra su corazón con amor inmenso, y besándole en la frente, le dijo:

—Porque tú eres el *hermano mayor*, que eso es ser rey... ¿Lo entiendes, Buby?... Y Dios te ha dado de todo, para que cuides en lo posible de que tus *hermanos menores* no carezcan de nada.

—Yo no sabía eso—dijo Buby, meneando con pena la cabecita.

Y sin acordarse más del Toisón de Oro, púsose a rezar, como todos los días, sus oraciones de la mañana. Y a medida que rezaba, parecíale que todos los Gilitos pobres y desvalidos del reino se agrupaban en torno suyo, alzando también a Dios

sus manitas, y que él decía, llevando, como hermano mayor, la voz de todos:

—*¡Padre nuestro, que estás en los cielos!...*

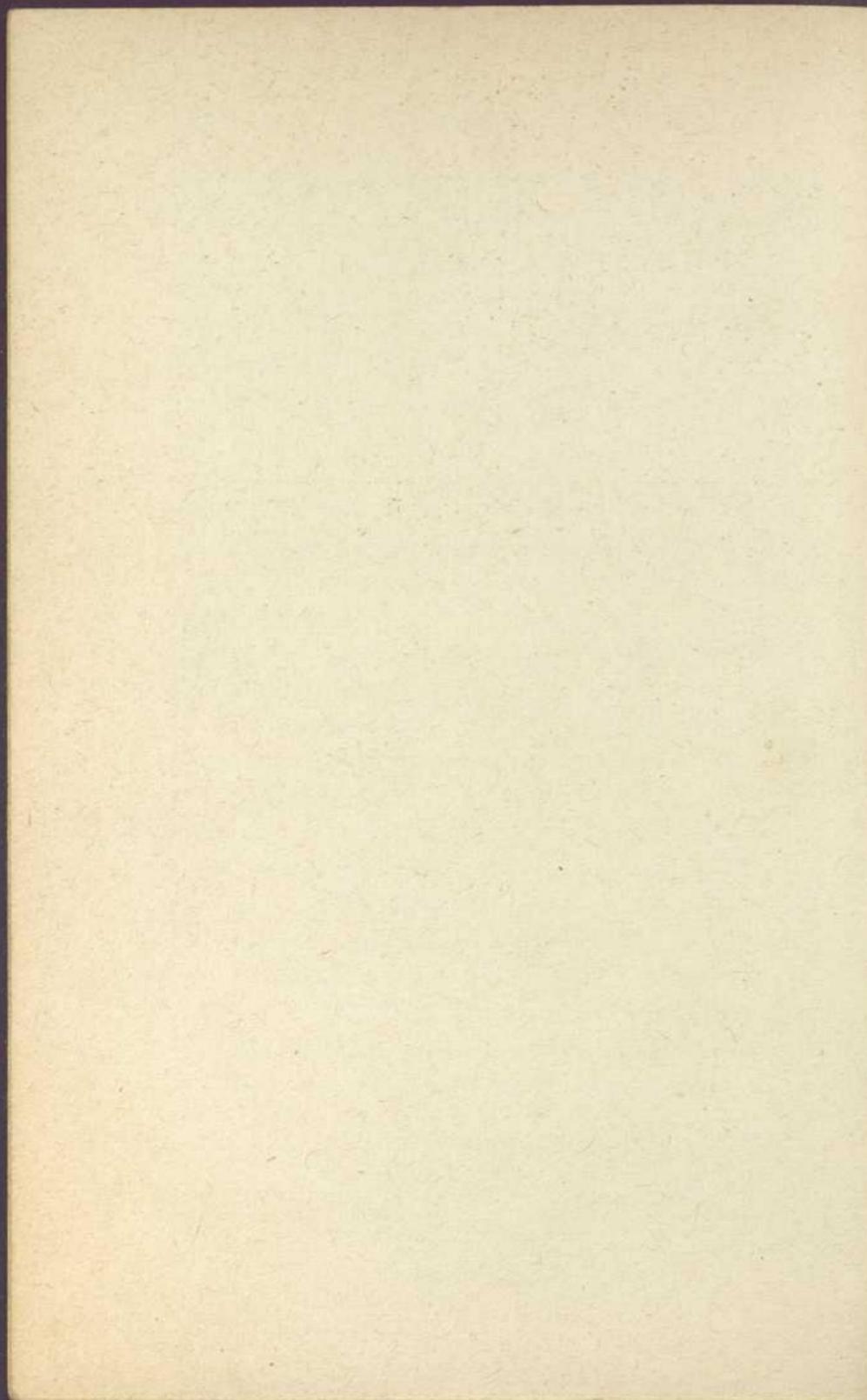
Y cuando el rey Buby fué ya un hombre y un gran guerrero, y tuvo que pedir a Dios auxilio en los trabajos, y darle gracias en las alegrías, siempre dijo, llevando la voz de todos sus súbditos, pobres y ricos, buenos y malos:

—*¡Padre nuestro, que estás en los cielos!...*

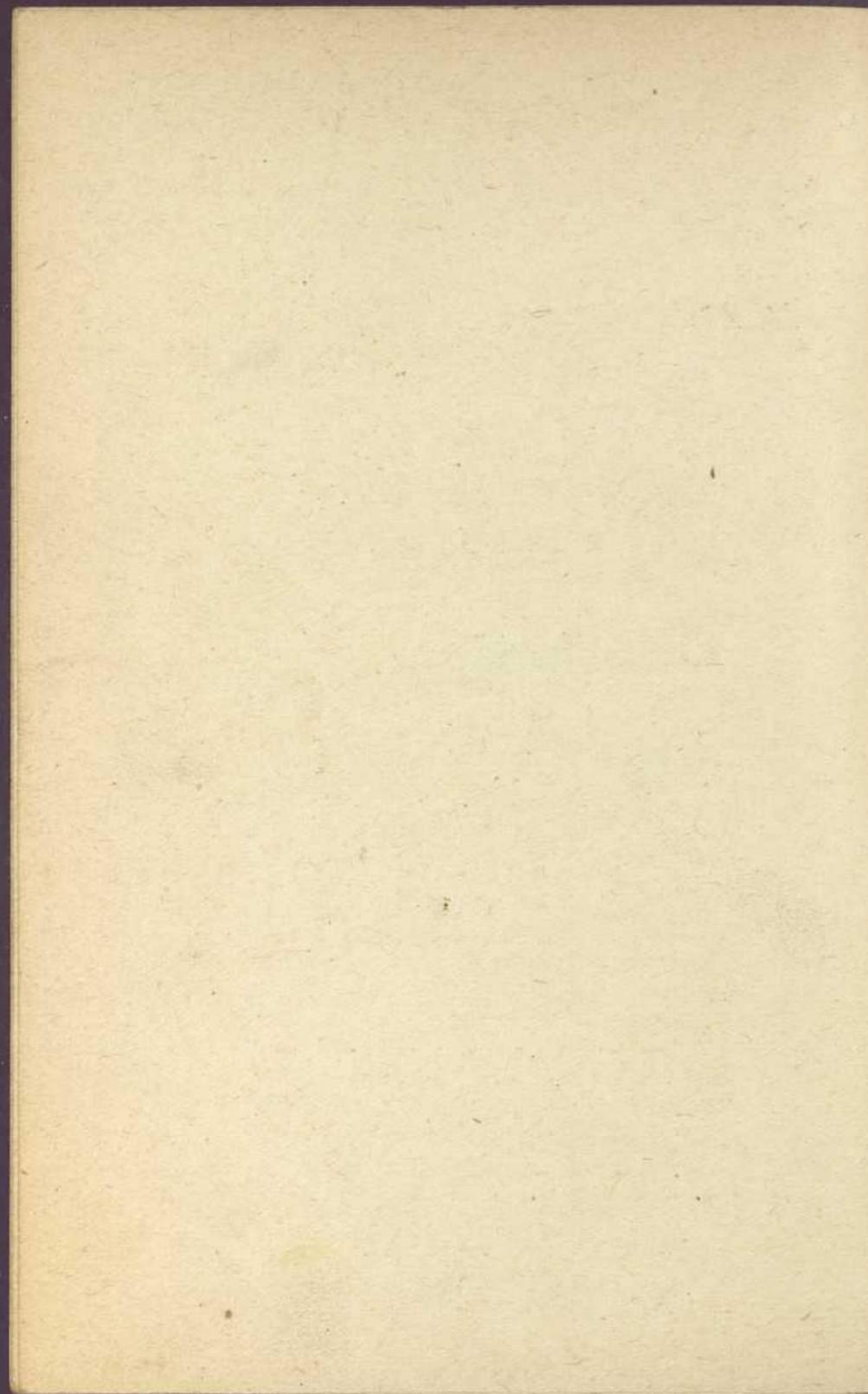
Y cuando murió el rey Buby, ya muy ancianito, y llegó su buena alma a las puertas del cielo, allí se arrodilló y dijo como siempre:

—*¡Padre nuestro, que estás en los cielos!...*

Y en cuanto esto dijo, le abrieron las puertas de par en par miles y miles de pobres Gilitos, de que había sido rey, es decir, *hermano mayor*, acá en la tierra...



Pelusa



A PILARITA AZLOR ARAGON Y GUILLAMAS  
Y A ISABELITA SILVA Y AZLOR ARAGON.

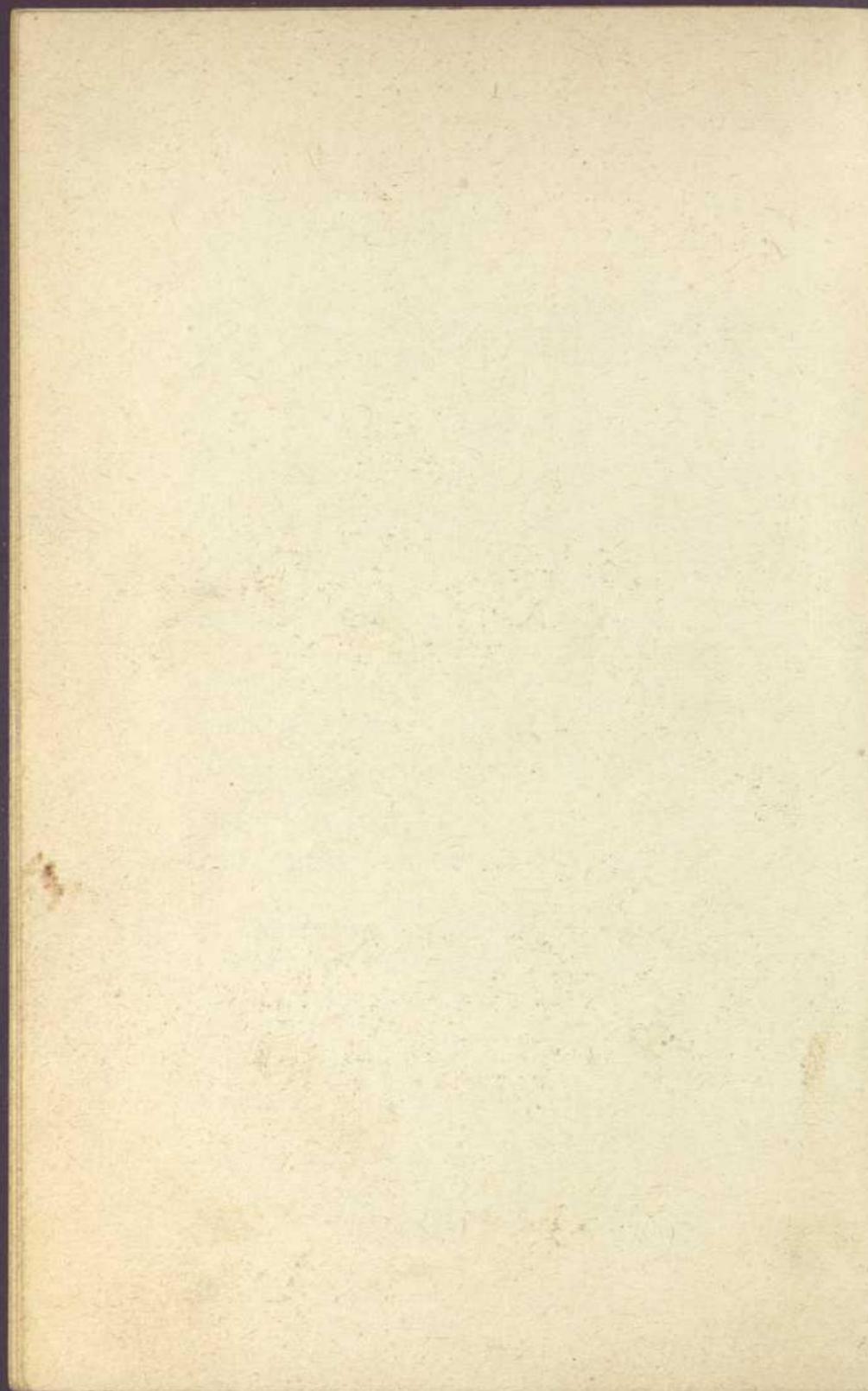
*En las largas y solitarias horas de esta mi última enfermedad, me imaginaba algunos días que veníais las dos, como tantas otras veces, y apoyadas en mis rodillas me pedíais que os contara un cuento; y para realizar en parte esta dulce ilusión os escribí entonces esta historia de Pelusa.*

*Creo que esto será lo último que escriba; y no porque piense colgar mi pluma como el bueno de Cervantes, sino porque la enfermedad me la arrebató ya de las manos, y la muerte se encargará pronto de tirarla a la basura, que es el lugar más adecuado.*

*Espero, sin embargo, que cuando las dos sedáis unas viejecitas muy monas y leáis este cuento a vuestros nietos, diréis al terminarlo: ¡Pobre Padre Coloma!... ¡Qué tonto era!... ¡Pero, cuánto nos quería!... Y rezaréis después un Padrenuestro por mi alma.*

LUIS COLOMA, S. J.

Madrid, 2 noviembre 1912.



Pues, señor, que era vez y vez de una vieja, más vieja que el modo de llover, más fea que pegarle a su padre, y más mala que el pecado mortal, que se llamaba la vieja Paví. Pues vamos a que esta vieja Paví tenía consigo una niña de cinco o seis años, blanca y rubia como el angelito que juega a los pies de la Virgen con un manojito de flores.

Llamábase la niña Pelusa, y las vecinas la creían todas nieta de la tía Paví; porque la pícara vieja, a fuerza de pellizcos y alfilerazos, la obligaba a llamarle abuela. Pero no era verdad: cuando era chiquita la había robado en el jardín de un palacio magnífico, donde se había dormido sobre unas matitas de albahaca y alhucemas mientras la niñera hablaba con el novio por una ventana de la tapia. Estaba la verja abierta, y la vieja Paví entró de puntillas, cogió a la niña dormida, la metió en un saco de trapos y echó a correr, pensando sacarle las mantequitas para hacer el unto con que las brujas vuelan; porque ella lo era, y de las malas, malas, que montan en escobas. Pero cuando fué a matarla, lloraba tanto la niña, que temió la oyesen los guardias; y como la vió tan bonita, decidió entonces criarla con mendruguitos de pan

hasta que fuese grande, para venderla entonces a cualquier señorón rico que la pagase bien.

Cuando creció Pelusita, extrañábase y dolíase de que todos los niños tuviesen un papá y una mamá, y ella no tuviese ninguno. Un día preguntó llorando a la vieja:

—Pero, abuela, ¿por qué no tengo yo papá? ¿Por qué no tengo mamá?

—Porque tú naciste de las pelusas en un nido de ratones—le contestó la vieja furiosa—. Allí te encontré yo barriendo un día el rincón de la despensa: por eso te llamas Pelusa. ¡Pelusa! ¡Pelusa!

Y para que no llorase, la pegaba con la caña de la escoba, y le tiraba pellizcos, y le pinchaba las manitas con un alfiler negro, muy gordo, con cabezuela verde. Pelusita se escondió debajo de la mesa, y llorando muy quedito para que no la oyese la vieja, decía desconsolada:

—¡Ay; si yo tuviera un papá!... ¡Ay; si yo tuviera una mamá!...

Pues vamos a que un día fué la vieja Paví a echar una carta al correo y dejó a Pelusita sentada a la puerta de la calle al cuidado de la comida. Estaba ésta en un pucherito puesto sobre un anafre de yeso, y mientras hervía la olla, entreteníase Pelusita con una muñequita rota y vieja que había encontrado en la basura. Estaba la muñequita sucia y despintada, y le faltaba una pata; pero como la pobrecita Pelusa nunca había tenido otra, parecíale ésta preciosa, y le puso por

nombre doña Amparo, porque así se llamaba la señora gorda que vivía al fin de la calle y que gastaba sombrero con plumas.

—Como yo no tengo papá ni tengo mamá—pensaba Pelusita—, tendré a doña Amparo y seré yo su mamá.

Y le hizo un vestidito con unos papelillos de colores que se encontró en la calle, y una monterita de papel blanco, y la adornó con plumas que arrancó de una gallina muerta. Pues vamos a que mientras Pelusita jugaba con doña Amparo cuidando de la comida, vió venir por la calle abajo a un hombre y a una mujer que traía un niño chico en brazos. Parecían muy pobres y venían, como de camino, muy tristes y cansados. Al llegar frente a la casa de Pelusita, la mujer se sentó en el suelo con el niño, como rendida, y el hombre se apoyó en la pared, como si le faltaran las fuerzas. Dióle muchísima lástima a Pelusita, porque tenía muy buen corazón, y se le saltaron las lágrimas. Entró corriendo en su vivienda, y sacó dos sillas, que ofreció a los caminantes, diciéndoles con mucha caridad, que es la verdadera cortesía:

—¿Gustan ustedes de sentarse?

—Dios te lo pague, hija mía—respondió la mujer tomando la silla—, que venimos muy cansaditos, porque hemos andado ya dos leguas, nos falta todavía otra, y en todo el santo día de Dios hemos probado bocado.

—¿Ni el niño tampoco?—preguntó Pelusa muy afligida.

—¡Tampoco!—respondió la mujer.

—¡Ay, Jesús!... ¡Vaya por Dios!—exclamó Pelusa llorando de pena—. Pues ahora mismo se van ustedes a comer estas sopitas, que ya han hervido, y le sabrán al niño a gloria.

Y más pronto que la vista saca una mesa chiquita y la pone ante la mujer, cubierta con un mantelito blanco. Puso luego encima un plato muy limpio, y con mucho cuidado y primor volcó en él la sopa que hervía en el pucherito. Con esto despertó el niño, y se puso a saltar muy contento sobre las rodillas de su madre, extendiendo las manos hacia las sopitas. Mientras comían, preguntó la mujer a Pelusa si vivía en aquella casa con su papá y su mamá.

—Yo nunca he tenido papá ni mamá—respondió Pelusa bajando la cabeza avergonzada.

—Pues, entonces, ¿dónde viniste a este mundo?—preguntó el hombre muy extrañado.

—Dice la vieja Paví que me encontró en un nido de ratones, barriendo un día el rincón de la despensa.

El hombre y la mujer se miraron, y Pelusita continuó tristemente.

—Por eso no tengo a nadie que me quiera, más que a doña Amparo, que es mi niña, y yo soy su mamá.

Y al decir esto sacó a la muñequita del bolsillo de su delantal, donde la había metido mientras ponía la mesa. No bien vió el niño la muñequita, redobló sus saltos y sus gritos de contento, y em-

pezó a extender las manitas como si quisiera cogerla. Dióselas al punto Pelusa con mucho gusto, y el niño la tomó con la manita izquierda y le echó la bendición con la derecha, soltándola después sobre la mesa. Y entonces fué lo maravilloso, que le puso a Pelusita los pelos de punta; no de miedo, ni de pavor, porque el niño no podía ser más bonito, ni la mujer más hermosa, y el hombre, que no era viejo, tenía una cara de buen señor que alejaba todo temor e infundía confianza. Pero, hija de mi alma, fué el caso, que, no bien cayó la muñequita sobre la mesa, se levantó ella sola como una persona viva, con la pata rota ya compuesta, las narices desconchadas ya puestas en su sitio, y la cara, antes sucia y despintada, limpia ya, fresca, colorada y reluciente como si acabara de salir de la tienda. El niño tocaba las palmitas muy contento, saltando siempre sobre las rodillas de su madre, y la muñequita comenzó a bailar al compás encima de la mesa, con tanta gracia y maestría como una bailarina de circo. Al mismo tiempo cantaba, con una vocecita chillona que penetraba hasta los sesos, esta coplita de Nochebuena; porque eran ya por aquel entonces los días de Navidad, y los chiquillos alborotaban las calles cantando al Niño Jesús con zambombas y panderetas:

En el portal de Belén  
hay un nido de ratones,  
y al Patriarca José  
le han roído los calzones.

Al oír la coplita, la mujer miró al hombre sonriéndose, y éste se sonrió también, mirándose con disimulo los calzones como si temiese que fueran ellos los aludidos en la copla. La muñequita seguía cantando:

Yo quiero ir a Belén,  
 aunque me ríña mi amo,  
 que yo quiero ver también  
 ese Niño soberano.  
 Yo le llevé unas sopitas,  
 y no las quiso comer:  
 y como estaban calentitas  
 se las comió San José.  
 San José bendito,  
 ¿por qué te quemaste?  
 Viendo que eran *gachas*,  
 ¿por qué no soplaste?

La mujer y el hombre volvieron a mirarse y a sonreírse, y aun dicen algunos que éste se puso colorado; porque era verdad que, con el hambre que traía el buen señor, se abalanzó con tanta prisa a la sopa del pucherito, que se quemó y se hizo pupa en la lengua.

La mujer extendió la mano sobre la muñequita, y ésta, saltando como una pulga, se metió en el bolsillo del delantal de Pelusa y allí se mantuvo muy quieta, asomando la cabecita por un descosido que el bolsillo tenía. La mujer dijo entonces a Pelusa con mucho cariño:

—Mira, Pelusita: lo que te ha dicho la vieja Paví, que te encontró en un nido de ratones, es una mentira muy gorda. Tú tienes, como todos los

niños, un papá muy bonito y una mamá muy preciosa, que te quieren mucho y que andan buscándote.

Los piececillos de Pelusa comenzaron a moverse y a alborotarse como si quisieran ya echar a correr en busca de aquel papá tan bonito y de aquella mamá tan preciosa. Encendida como una rosa, y brillantes los ojos de alegría, preguntó:

—¿Y dónde están?

—En el castillo de *Irás y no volverás*, donde la vieja Paví los tiene encantados—contestó la mujer sin apurarse demasiado.

Pelusita se echó a llorar, diciendo muy afligida:

—Pero ¿dónde está eso? ¿Quién me llevará allí? ¡Yo soy chiquita y no puedo ir sola!

—¡No te apures, Pelusita; no llores, hija mía!—replicó la mujer acariciándola—. Doña Amparo te llevará de la manita adonde están ellos.

—¡Sí, señora; yo la llevaré con muchísimo gusto!—chilló la muñequita asomando la cabeza por el descosido del delantal.

—Pero ¿cuándo veré a mi papá y a mi mamá?—preguntó Pelusa loca de alegría por la impaciencia y la esperanza.

—Ya te he dicho que, cuando llegue la hora, doña Amparo te llevará de la manita—respondió la mujer acariciándola—. Tú no tienes sino hacer lo que ella te diga; y si te vieras en algún apuro, dirás muy de corazón:

¡Jesús, José, María,  
sed mi amparo y sed mi guía!

La mujer cogió entonces el pucherito donde habían estado las sopitas, y, echándole la bendición, dijo a Pelusa:

—Toma este pucherito, y siempre que necesites comer, llénalo de agua clara, echa dentro dos o tres piedrecitas, según el hambre que tengas, y lo pones al fuego, diciendo antes de taparlo:

¡Pucherito, pucherito,  
dame de comer  
por aquel niño chiquito!

Y con esto se despidió la mujer, besando a Pelusa en la frente; el hombre hizo lo mismo, y el niño le echó los bracitos al cuello, y sosteniéndole la madre, le dió doce besitos: tantos cuantos son los frutos del Espíritu Santo.

Pues vamos a que mientras desaparecía por un extremo de la calle aquella honrada familia, vió venir Pelusa por el otro a la vieja Paví, renqueando con su palo, con un gesto de vinagre y una cara de mal genio, que sólo con el aliento levantaba chichones. Pelusita se quedó helada de susto, porque se le ocurrió al punto lo que no le había ocurrido antes: que los pobrecitos se habían comido toda la sopa, y que no había quedado nada para la vieja Paví. Aterrada con esta idea, y temerosa de las terribles consecuencias que tendría para ella, entróse la pobrecita corriendo en la casa, y se escondió debajo de la mesa para conjurar el primer ímpetu de la rabia de la vieja. Llegó por fin ésta

a su casa, y entró dando voces agrias y destempladas llamando a Pelusa.

—¡Pelusa!... ¡Pelusilla!... ¿Dónde estás? ¡Trae volando la comida, que vengo desfallecida de hambre!

La niña, muerta de miedo, se agazapaba cada vez más debajo de la mesa, sin atreverse ni a resollar siquiera. Vió en esto la vieja el pucherito vacío encima de la mesa, y exclamó en el colmo de la sorpresa y de la ira:

—Pero ¿quién demonios se ha comido mi sopa?

Aterrada Pelusa, se le ocurrió decir, para salir del compromiso, que se las había comido el gato; pero como esto no era cierto y ella era una niña muy buena que por nada del mundo decía mentiras, porque es pecado y contra la ley de Dios, se decidió a decir la verdad.

—Se las di a unos pobrecitos caminantes que iban hambrientos y llevaban un niño muy bonito.

La vieja se puso verde de ira y empezó a pegar con su palo en el suelo, echando maldiciones por aquella boca, que parecía la desembocadura del caño del Infierno.

—¿Conque era el niño muy bonito? ¿Eh?—decía—. ¡Ya te daré yo niño bonito! ¡Permita Dios que reviente y se le vuelvan los sopas veneno en el estómago!

—¡Ay, Jesús, señora; no diga usted eso, que Dios la va a castigar!—exclamó Pelusita espantada—. ¡Ahora mismo le haré yo a usted otras sopitas!

—¿Conque me vas a hacer otras sopitas? ¿Eh?— contestó la vieja con una risita rabiosa que helaba la sangre—. ¡Pues lo primero que vas a echar en ellas serán tus orejas, que te las voy a cortar ahora mismo! Con eso tendrá más sustancia el caldo, y me las comeré yo después como si fueran chuletas.

Y con crueldad infernal sacó a Pelusa de debajo de la mesa, arrastrándola por el pelo, la ató a una pata de la misma mesa, y fué a la cocina en busca de un cuchillo. La pobre niña gritaba y gemía medio desfallecida; pero cuando vió aparecer a la vieja Paví armada con un enorme cuchillo de cocina y dispuesta a cortarle las orejas, acordóse de pronto de lo que la buena mujer le había dicho, y gritó desde el fondo de su corazón:

¡Jesús, José, María,

sed mi amparo y sed mi guía!

Oyóse entonces de repente una voz que retumbaba como un trueno, y parecía salir del bolsillo del delantal de Pelusa, diciendo:

—¡¡Tunanta!! ¡¡Deja a la niña!!...

Y al mismo tiempo saltó como una pulga la muñequita doña Amparo desde el bolsillo de Pelusa a las narices de la vieja, que eran muy largas, y en ellas se montó como a caballo, y con las pierrecitas y las uñitas de palo de tal modo la arañó la frente y los ojos, que le chorreaba la sangre por la cara abajo. Chillaba la vieja como una desesperada, y dejó caer el cuchillo para llevarse

ambas manos a la cara y quitarse de las narices aquellos molestos espejuelos. Mas no arrancaban de allí a doña Amparo ni las tenazas de Nicodemus, y con su vocecita chillona repetía amenazadoramente:

—¡Pícaro vieja, suelta a la niña! ¡Desátala, o te saco los ojos!

No tuvo más remedio la vieja Paví que despertar a Pelusa; y no bien lo hubo hecho, doña Amparo saltó encima de la mesa, dejándole la nariz lo mismo que una berenjena, y dijo a la niña:

—Ahora, Pelusita, haz unas sopitas a la vieja.

Como era más buena que el pan, porque aquella niña no tenía hiel ninguna, Pelusa tomó entonces el pucherito, como le había dicho la mujer, lo llenó de agua hasta la mitad, echó dentro dos piedrecitas, y lo puso al fuego en la cocina, diciendo antes de taparlo:

¡Pucherito, pucherito,  
dame de comer  
por aquel niño chiquito!

La vieja Paví miraba asombrada toda aquella maniobra; pero como la muñequita doña Amparo seguía paseándose encima de la mesa, dispuesta siempre a saltarle a las narices, no dijo ni esta boca es mía. En esto comenzó a hervir el pucherito. Pelusita levantó la tapadera, y se quedó estupefacta viendo que en vez de las dos piedrecitas y el agua clara, había dentro dos hermosas perdicitas guisadas en sabrosísima salsa que esparcía

por toda la cocina un olor delicioso. El olorcillo de las perdices llegó bien pronto a las narices arañadas de la vieja; y como era tan tragona, tan mala y tan sinvergüenza, arrebató el puchero de las manos de Pelusa y se zampó las dos perdices con huesos y todo, y se bebió la salsa como si fuese agua, relamiéndose los labios y chupándose los dedos. Sentóse luego en un sillón de brazos, puso los pies en otra sillita chica, y dijo bostezando:

—Ahora voy a dormir la siesta. Tú, Pelusa, quédate de pie a mi lado para espantarme las moscas.

Pelusita cogió un plumero con mucha humildad, y se puso a osearle las moscas. Pero no era necesario, porque, de puro mala que era, la vieja Paví sudaba veneno, y mosca que se la posaba en la cara o en las manos, mosca que caía muerta de repente. Pronto empezó a roncar la vieja como los fuelles de un órgano. Pero de allí a poco observó Pelusa que empezaba a hincharse, a hincharse cada vez más, primero el vientre, luego la cabeza, después los pies y las manos, hasta que, no pudiendo dar más de sí el pellejo, de pronto dió un estallido y reventó como un triquitraque, saltando por todas partes los pedazos de la vieja: las tripas quedaron colgando del techo, los ojos cayeron a la calle, y las narices fueron a parar a lo alto del campanario de la iglesia. Y por cierto que allí están todavía, y yo las he visto muchas veces, porque el sacristán de la parroquia, que se llamaba Juanito Tembleque, hizo con ellas una veleta y la

puso en lo más alto de la torre para escarmiento de pícaros.

Y todo esto fué castigo de Dios por aquella maldición que le había echado al Niño que se comió las sopitas: —;Permita Dios que reviente y que se le vuelvan veneno en el estómago!— Porque, hija mía, Dios ni come ni bebe, pero juzga lo que ve; y lo que la zorra hace en mil años, lo paga en una hora.

\* \* \*

Pues vamos a que no bien reventó la vieja Pavi y se repuso algún tanto Pelusa del susto atroz que tan horrible tragedia le causara, dijo doña Amparo a la niña con su vocecita de grillo constipado:

—Pelusa, ponte la capuchita encarnada, coge el pucherito milagroso y vámonos corriendo.

—;Adónde?—preguntó Pelusa.

—Pues a buscar a tu papá y a tu mamá, que ya ha llegado la hora.

Loca de alegría, Pelusa se puso la capuchita colorada, colgóse del brazo el pucherito con una cinta que le pasó por las asas, y dijo al salir, con mucha devoción, como la mujer le había encargado:

¡Jesús, José, María,  
sed mi amparo y sed mi guía!

Salió por la puerta del corral, de la mano de doña Amparo, y tomaron por la carretera de Aragón, andando muy de prisa, porque a Pelusita se

le hacía tarde un minuto que perdieran. A cada casa que encontraban, preguntaba Pelusa si era aquello el castillo de *Irás y no volverás*, y doña Amparo le decía con mucha calma:

—Todavía no. ¡Más lejos, más lejos!

—Pero ¿dónde está ese dichoso castillo, que parece que corre ante nosotras?

—Está un poquito más allá de Cortes y un poquito más acá de Pedrola, de modo que viene a quedar entre los dos pueblos.

—¿Y por qué se llama de *Irás y no volverás*?

—Porque vive allí un gigante muy malo, que se llama don Bruno, y se come a todo el que entra dentro.

—Pues a mí no me comerá, porque le diré aquello que me enseñó la mujer:

¡Jesús, José, María,  
sed mi amparo y sed mi guía!

exclamó Pelusa, que, con la loca alegría de encontrar a su papá y a su mamá, en nada veía peligro y todo lo encontraba fácil.

Sentáronse a descansar a la sombra de un árbol, ya muy cerca de las doce; y como la alegría no quita las ganas de comer ni descompone el estómago, sintió Pelusa un hambre muy grande.

—¡Me comería un par de huevos fritos!—pensaba Pelusa relamiéndose los labios.

Y pensando en esto, llenó su pucherito de agua fresca de la fuente, echó dentro tres piedrecitas,

hizo luego una hoguera con ramas secas, y dijo a la boca del puchero antes de ponerlo a hervir:

¡Pucherito, pucherito,  
dame de comer  
por aquel niño chiquito!

Hirvió el puchero, levantó Pelusa la tapa, y se encontró con que allí donde lo guisaban habían adivinado sin duda su pensamiento, porque había dentro un par de huevos fritos con manteca, con sus patatitas muy ricas, y además, como de postre, dos bizcochitos borrachos, que a Pelusa le gustaban mucho. Comióselo todo la niña, y no había acabado aún de chuparse los deditos, cuando oyó que la llamaban en el aire:

—¡Pelusa! ¡Pelusa!

Alzó la cabeza la niña muy sorprendida, y vió en una ramita del árbol un pajarito negro, poco mayor que un gorrión, con las patitas coloradas y el piquito verde, que le preguntaba:

—Pelusa, ¿qué haces ahí? ¿Vas de camino?

—Voy en busca de mi papá y mi mamá—respondió Pelusa.

—Ya los buscarás más tarde—dijo el pajarito—. Vente conmigo ahora, y te llevaré a casa de un amigo mío que tiene una casa toda, todita de dulce. Las paredes son de biscotelas; las puertas, de chocolate de Matías López; las rejas y balcones, de caramelo; los muebles, de piñonate, y las camas, de mazapán, con colchones de merengue.

Conque, ya ves, Pelusilla, qué bien lo pasarás allí si te vienes conmigo, tú que eres tan golosa.

—No, pajarito, no—replicó Pelusa con mucha firmeza—. Yo voy a buscar a mi papá y a mi mamá, y voy ahora mismo.

Mientras hablaba el pajarito, la muñequita doña Amparo había ido subiendo muy de puntillas por el tronco del árbol, y cuando llegó muy callandito a la ramita en que estaba el pajarito, lo cogió de repente por la cabeza, le retorció el pescuezo y lo tiró al suelo muerto. Salió de él un olor muy appestoso, como de azufre y cuerno quemado, y entonces dijo doña Amparo que aquél era un pajarito malo de los que manda el diablo a este mundo para tentar a los niños buenos y hacerles faltar a su deber.

Siguieron caminando tres días por montes y valles, comiendo de lo que daba el pucherito y durmiendo debajo de los árboles, y al tercero se sentaron a comer en un pradito verde, ya muy cerca de Cortes. El pucherito estuvo aquel día muy generoso: salieron primero sesos revueltos con huevo; luego, jamón con tomate; después, pollo en gelatina, y por último, los dos bizcochitos borrachos, que como a Pelusa le gustaban tanto, venían en el pucherito todos los días. Ya iba a comérselos la niña, cuando vino volando por el aire una bandada de jilgueritos, que la rodearon pidiéndole por amor de Dios una limosnita. El primer impulso de Pelusa fué darles el bizcocho que ya se llevaba a la boca; pero se acordó del otro

pajarito negro del diablo, que quiso engañarla, y se detuvo, escarmentada de pajaritos. Mas doña Amparo le dijo entonces muy gravemente:

—Mira, Pelusa: en este mundo hay mucha gente mala, pero hay también mucha más buena; y la verdadera ciencia del mundo consiste en saber distinguir las unas de las otras. Aquel pajarito era malo, porque era *pajarito del diablo*; pero estos otros son pajaritos de Dios, y son tan buenos, que lloraron la muerte de Cristo en el Calvario. Por eso dice la copla:

Allá arriba, en el monte Calvario,  
matita de oliva, matita de olor,  
lloraban la muerte de Cristo  
cuatro jilgueritos y un ruiseñor.

Convencida Pelusa, dióles al punto, no uno, sino los dos bizcochos que iba a comerse, y los jilgueritos, muy contentos, se los comieron picoteando, y alegres, sin duda, con el vinillo que los bizcochos tenían, cantaron entonces a Pelusa una de esas maravillosas sinfonías que enseña Dios a los pajaritos.

Siguieron su camino Pelusa y doña Amparo, y al anochecer de aquel mismo día dieron vista al castillo de *Irás y no volverás*, a una legua escasa de Pedrola. Era muy grande, todo de piedra negra, con una puerta muy chica y sin ninguna ventana. Ponía pavor en el corazón la vista de aquel edificio tan sombrío y misterioso, y con una buena dosis de miedo se acercaron a la puerta Pelu-

sita y doña Amparo. Quiso ésta llamar al punto; pero Pelusa la detuvo, y arrodillándose antes en los escalones, dijo con mucha devoción:

¡Jesús, José, María,  
sed mi amparo y sed mi guía!

Levantáronse entonces con grandes bríos, y llamó doña Amparo con mucha arrogancia. Sonó dentro un esquilón muy bronco, abrióse acto continuo media puerta, y apareció en ella una lechuza muy elegante con gafas de oro, vestida de sarga negra y cofia con lazos de color de fuego. Tenía en la mano una palmatoria con pantalla verde, y preguntó con muy buen modo:

—¿Qué se ofrece?

Al verla tan elegante, doña Amparo le preguntó con mucha finura si era la esposa de don Bruno.

—No, señora—contestó la lechuza—. Soy su ama de llaves, y me llamo doña Joaquina.

—Muy señora mía—dijo respetuosamente doña Amparo—. ¿Y podríamos ver al señor don Bruno?

—Dificilillo me parece—respondió la lechuza—, porque el pobrecito ha pasado una noche de perros rabiando con dolor de muelas, y ahora estará descansando.

Doña Amparo tuvo entonces una idea súbita, y dijo a la lechuza dándose una palmada en la frente.

—¡Parece esto providencial, mi señora doña Joaquina! Pues dígale al momento que está aquí miss

Amparo, una dentista americana que cura todos los dolores de muelas.

—¿De veras?—exclamó la lechuza muy contenta—. Pues pasen ustedes al salón, que voy a avisarle en seguida. ¡Qué contento se va a poner el pobrecito!...

Llevólas entonces a una sala cuadrada muy grande, toda colgada de negro, y allí las dejó solas, echando la llave por fuera. Angustióse Pelusita, porque creyó que la lechuza las había engañado y las encerraba en aquella sala tan triste para algo malo. Después de un largo rato de soledad y silencio, oyóse de improviso un ruido de cadenas que daba horror, y una voz tristísima que preguntaba desde el techo:

—¿Caigo, o no caigo?

Y repetía por tres veces la misma pregunta:

—¿Caigo, o no caigo?

Pelusita no se atrevía a contestar; pero doña Amparo, que se iba poniendo nerviosilla y de mal humor, gritó muy enfadada:

—¡Acaba de caer!

Abrióse entonces el techo, y cayó una pierna; pero no una pierna cualquiera, sino una pierna enorme, descomunal, con zapato de cordobán amarillo y liga de seda encarnada. Hubo un largo silencio, y oyóse otra vez aquel ruido de cadenas y aquella voz lamentable que erizaba el pelo:

—¿Caigo, o no caigo?

Doña Amparo, fuera ya de sí, gritó furiosa:

—¡Acaba de caer, con dos mil de a caballo!

Y entonces se abrió de nuevo el techo y cayó otra pierna igual a la primera, solamente que ésta tenía el zapato encarnado y la liga amarilla. Por cuatro veces resonó el ruido de cadenas y aquella voz temerosa que preguntaba:

—¿Caigo, o no caigo?

Y fueron cayendo sucesivamente del techo, primero un brazo, luego otro brazo, después el tronco de un cuerpo, y, por último, una cabezota muy fea, con barba rubia y una venda negra ceñida como si le dolieran las muelas.

Juntáronse entonces de un golpe todos aquellos miembros dispersos, pies, manos, tronco, cabeza, y resultó el señor don Bruno, que hubiera sido un buen mozo si el carrillo hinchado por el dolor de muelas no le afeara bastante. Tenía los bigotes muy grandes y retorcidos en punta que le llegaban hasta los ojos. Sentóse muy enfadado en una butaca, y empezó a gritar, tirándose de los pelos.

—¡Ay, mis muelas! ¡Ay, mis muelas! ¡Ay, mis muelas!

Pelusita y doña Amparo habíanse refugiado en un rincón de la sala; pero al operarse el prodigio y quedar sentado el señor don Bruno, doña Amparo cruzó la estancia con gran majestad, y saltando encima de la mesa para estar más cerca del oído del gigante, dijo con toda la elocuencia de un sacamuelas:

—¡No hay que apurarse, señor don Bruno, que no hay mal que no tenga remedio; y aquí tiene

usted a miss Amparo, dentista norteamericana, que le quitará el dolor de muelas!

Sorprendido el gigante, cogió a doña Amparo por la cabeza y se la puso en la palma de la mano, preguntando asombrado:

—Pero ¿eres tú la miss Amparo que me anunció el ama de llaves, Joaquina?

—¡La misma que viste y calza!—replicó doña Amparo paseándosele con mucha gravedad por la palma de la mano, lo mismo que hubiera podido pasearse por la plaza de Oriente. Yo soy miss Amparo, dentista americana, establecida en Madrid. Estuve trabajando primero en la calle de Alcalá, número 43, en casa de Newland; pero me tomó una envidia atroz porque le quitaba los parroquianos, y entonces abrí mi gabinete propio en la calle de Zorrilla, número 12, donde el duque de Luna, que es el amo de la casa, me dió un cuarto de balde, porque es muy buen señor y me quiere mucho. Mi clientela es de lo más principal que hay en la corte. A su majestad el rey le saqué el otro día tres muelas seguidas estando dormido y ni siquiera lo sintió. A su majestad la reina le limpio la dentadura dos veces por semana; y al ministro de la Guerra le saqué un colmillo con un raigón... ¡pero qué raigón!... ¡le llegaba hasta los tobillos! Pues ¿y al señor obispo?... No le quedaba a su ilustrísima ni un diente ni una muela. Le di yo una tinturita mía por la mañana, y por la noche le habían salido ya todos los dientes y todas las muelas, lo mismo que a una criatura.

El gigante abrió los ojos asombrado, y dijo a miss Amparo, interrumpiéndola con ansia:

—¿Y a mí, me podrás arreglar las muelas?

—¡Pues no he de poder! ¡Vaya si puedo! Abra usted un poquito la boca para que las reconozca primero y no me equivoque.

El bobalicón de don Bruno abrió entonces una boca tamaña como una espuerta, y trepando doña Amparo por los pelos de la barba, asomó un poquito la cabeza con mucha precaución para mirar las muelas de arriba, montóse después en una guía del bigote para examinar las de abajo, y dando de repente un brinco, se coló la muy tunanta por el gaznate hasta más allá de la campanilla, y allí empezó a hacer cabriolas y monerías. Atragantóse don Bruno y empezó a toser y hacer visajes; pero como la pícara miss Amparo se agarraba con todas sus fuerzas y se entraba cada vez más adentro, no pudo el gigante echarla fuera con sus toses, y se ahogaba cada vez más, dando resoplidos que hacían estremecer las puertas, y aun las paredes mismas. Mientras tanto, trabajaba doña Amparo por buscar una salida opuesta a la boca, y al mismo tiempo iba arañando con las patitas y manitas las entrañas del gigante. Salió al fin doña Amparo por donde pudo, trayéndose detrás las tripas y el corazón de don Bruno; y entonces dió éste el último resoplido, estiró una pata, después otra, hizo un visaje horrible, y se quedó muerto. Oyóse al mismo tiempo un trueno horroroso, y se hundió todo, todo el castillo. Pero lo más raro era

que las piedras no caían para abajo, sino que se las llevaban para arriba un enjambre de diablitos chicos que cargaban con ellas y se perdían a lo lejos. Los había de todos los colores, amarillos, verdes, azules, encarnados; lo único que no había eran blancos, y los que abundaban más eran los verdes.

Al hundirse, o más bien al desaparecer el castillo, encontráronse Pelusa y doña Amparo al pie de una tapia muy alta, de cristal purísimo y muy claro, que rodeaba un jardín delicioso. Veíanse perfectamente a través del cristal los macizos de flores del jardín, las fuentes cristalinas y las largas calles de árboles. Por una de éstas venían paseando del brazo una señora muy hermosa y un caballero muy bonito: ella, toda vestida de blanco, con gargantilla de oro y un pelo rubio rizado que le arrastraba hasta el suelo; él, con bigote rubio, levita toda bordada de oro, pantalones de tisú de plata y sombrero de copa con plumas blancas. Parecían, sin embargo, muy tristes y acongojados, y la señora decía llorando:

—¡Ay, mi niña! ¿Dónde estará mi niña a estas horas?

—¡No llores, mujer!—le contestaba el caballero—. Quizás llegará hoy.

Pero la verdad era que él también estaba llorando.

Comprendió Pelusita en seguida que aquéllos eran su papá y su mamá, y fuera de sí de alegría empezó a dar golpes en el cristal, gritando:

—¡Papá! ¡Mamá!

Pero ellos no oían, porque estaban todavía encantados. Entonces Pelusa y doña Amparo dieron la vuelta a toda la tapia para ver si encontraban alguna puerta donde llamar o alguna ventana por donde meterse dentro. Pero no había nada de eso: el cristal, duro como una roca, se extendía por todas partes igual, terso y bruñido, sin ofrecer agujero ni resquicio alguno.

Entonces vió Pelusa que su papá y su mamá entraban en una glorieta de naranjos, lilas y azucenas y se sentaban a una mesa muy bien puesta, con mantel adamascado y vajilla de plata. No había más que dos cubiertos; pero la señora dijo llorando a un criado:

—Que pongan la sillita de la niña, por si acaso viene hoy.

Puso de seguida el criado un silloncito de niño y un cubierto pequeñito de plata con un vasito de oro en que Pelusa recordó haber bebido muchas veces cuando era muy chiquita. La niña, partida el alma de pena, decía desolada:

¡Ay, quién fuera pajarito!  
¡Ay, quién fuera pajarito,  
para saltar esa tapia  
y dar a mi madre un besito!

No bien dijo estas palabras, apareció volando la bandada de jilgueritos, que la rodeó, consolándola con sus alegres pitidos. Traían una hoja de col muy grande, y, haciendo en ella una camita de

rosas, colocaron a Pelusita dentro, y sosteniéndola entre todos con sus piquitos la elevaron suavemente por encima de la tapia, y la dejaron sobre la mesa en que comían sus padres, a tiempo que la mamá repetía llorando:

—Pero ¿dónde estará mi niña?...

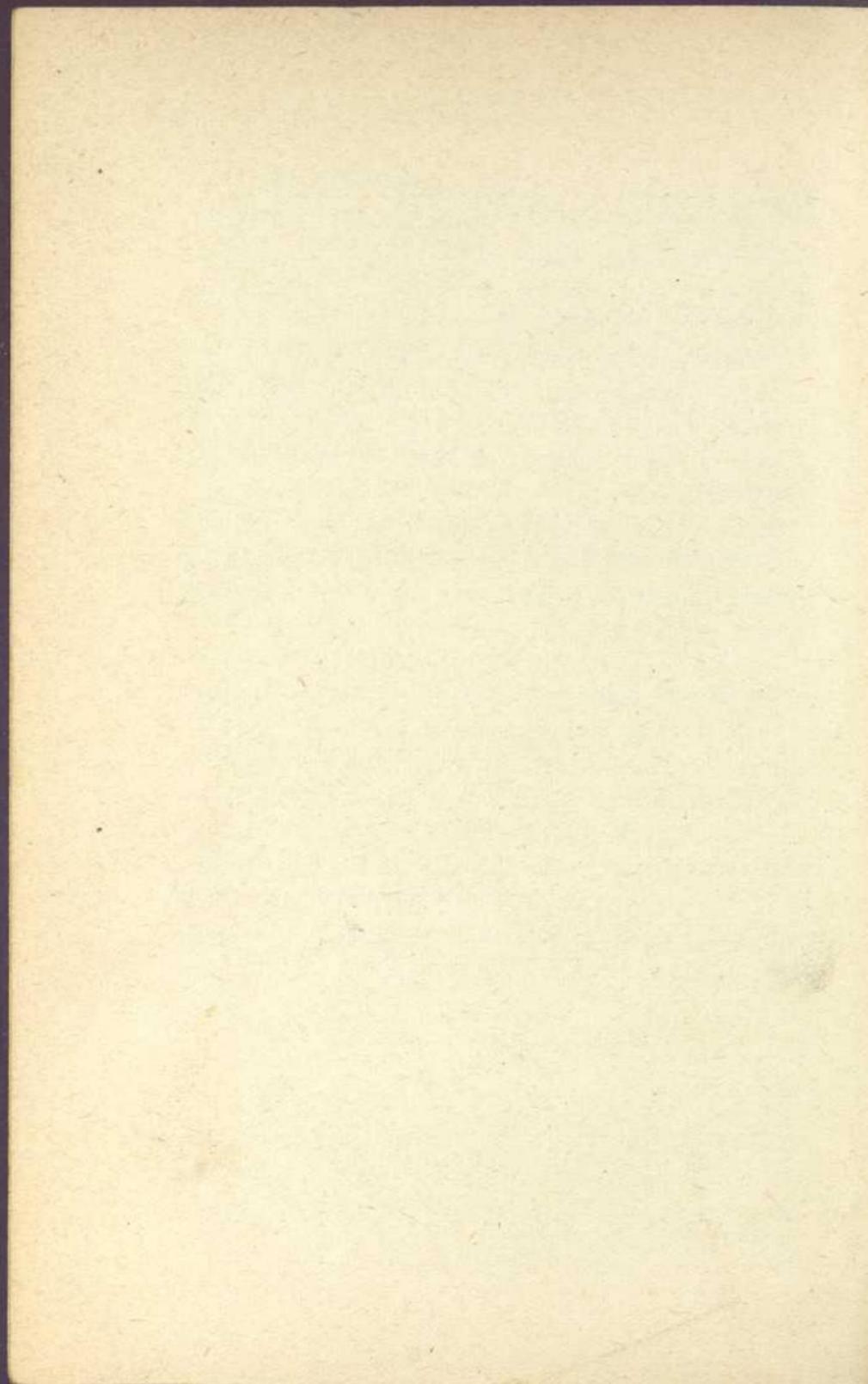
—¡Aquí estoy, mamá! ¡Aquí estoy, papá!—exclamó Pelusita poniéndose en pie, con doña Amparo en la mano, sobre la hojita de col y la camita de rosas.

Entonces se abrazaron los tres, y estuvieron mes y medio seguido dándose besos, mientras los jilgueritos cantaban preciosas variaciones sobre el tema:

—¡Alegría!... ¡Alegría!... ¡Alegría!...

Y aquí se acabó mi cuento, con pan y pimienta; y si alguien quiere saber más, que compre un viejo... ..

... ..; Ah! Se me olvidaba decir que doña Amparo sigue viviendo en la calle de Zorrilla, número 12; pero ha tomado también otro cuarto bajo en la calle de San Bernardino, número 14, donde pasa muchas horas del día y recibe a sus amigos.

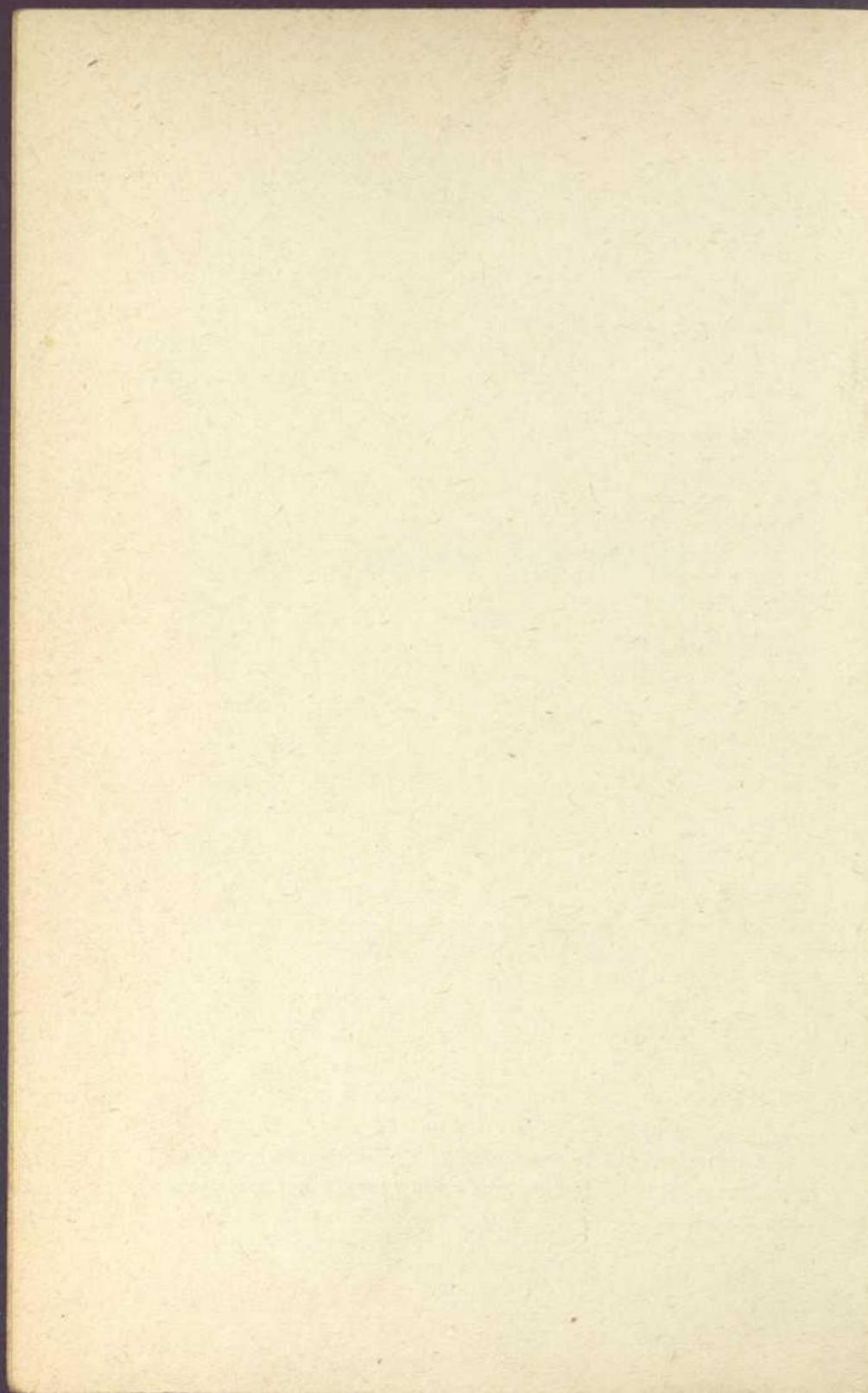


# Pájaro Verde

(Cuento)\*

---

\* Aunque ya publicado entre las *Obras de Juventud*, se reproduce aquí para que en este tomo vayan todos los *Cuentos para niños*.



A S. A. R. el Serenísimo  
señor infante Don Antonio  
de Orleáns y Borbón.

Pues, señor, que había un hortelano muy bien acomodado que vivía con una hija única llamada Manolita, pero a quien por abreviar llamaban todos *Lela* o *Lelita*.

Frente por frente de la casa de *señó* Miguel—que así se llamaba el hortelano—había una amiga donde se educaba Lelita. La maestra se llamaba Andrea y tenía dos hijas feas como el pecado mortal, y de bastante más edad que Lelita. Un día, ésta, que era de la piel del diablo, repasaba la cartilla con *señá* Andrea; al volver a empezar el silabario, dijo la chiquilla:

—A, e, i, o, u.

Y añadió señalando a la maestra con su dedo coronado por una uñita de luto.

—*Borriquito como tú.*

*Señá* Andrea la metió en el cepo y no la dejó ir a comer a su casa. *Señó* Miguel, viendo que tardaba, fué por ella, y de seguida la dejó ir la maestra. Al otro día Lelita, que era una revolucionaria

ria digna de los tiempos modernos, dejó pasar sin tropiezos el *a, e, i, o, u*; mas al concluir *b, c, ch, d*, exclamó resueltamente:

—B, c, ch, d,  
la cartilla se me fué  
a la torre de San Miguel,  
no me pegue usted maestro,  
que mañana la *trairé*.

—¡Ay, qué monísima es la niña!—exclamó *señá* Andrea, riéndose a carcajadas y cubriendo de besos a Lelita; y llevándosela a la cocina, cogió medio bollo de pan, le sacó el migajón, echó, en el hueco que éste dejó, aceite y azúcar, volvió a colocar el migajón en su sitio, y entregó a Lelita aquel apetitoso regalo, que ella devoró instantáneamente. Mientras la niña comía, le dijo *señá* Andrea:

—Vamos a ver si tú me haces un encargo bien hecho.

—Mande usted, *señá* maestra—replicó Lelita con la boca llena.

—Pues le vas a decir a tu padre que si se quiere casar conmigo.

No bien llegó a su casa Lelita, en cuya boca quedaba todavía el agradable gusto del pan con aceite y azúcar, expuso su embajada al *señó* Miguel, que le contestó:

—¿Yo darte madrastra?... Piénsalo bien, hija; que más de una ocasión he pensado en casarme, y sólo por no darte esa pesadumbre no lo he hecho.

—Ande usted, padre, que dice *señá* Andrea que

ella me cuidará mucho y siempre estaré jugando con sus niños.

—Si cuando tengas quince años eres del mismo sentir, descuida, que entonces he de hacerlo.

Al otro día *señá* Andrea estaba al acecho detrás de la puerta; no bien llegó Lelita le preguntó:

—¿Qué te ha dicho?

—Me dijo que si cuando yo tenga quince años soy del mismo sentir, que entonces se casará.

—*Señá* Andrea torció el hocico porque se le hacía cuesta arriba una espera tan larga, pero abrazando a Lelita, le dijo:

—¡Ay, hija de mi alma, que me va a parecer ese tiempo más largo que la cuaresma, por tenerte a mi lado y mirarte como hija!

Pasó en esto el tiempo, porque como el grandísimo pícaro no tiene huesos, por donde quiera se cuela, y Mariquita se encontró con quince años, el parecer de una Santa Teresa, y las virtudes de una Santa Rita. *Señá* Andrea y sus hijas, que todo este tiempo habían mimado a Lelita como a cuerpo de rey, o como sobrino pobre a tío rico, volvió a recordar a Lelita la promesa de su padre. Esta, que era inocente, buena y cariñosa, habíale tomado cariño a la maestra, porque como no tenía malicia alguna, creía en sus embusteros halagos; así, pues, volvió a instar a su padre para que realizase aquella unión de todos tan deseada. *Señó* Miguel hizo a Lelita nuevas reflexiones, que fue-

ron refutadas por ésta como si fuera ella y no su padre la que había de casarse.

—Pues que tanto te empeñas, lo haré—le dijo por último—; pero no te quejes del mal que te venga, y ten presente aquello del

fraile mostén:  
tú lo quisiste,  
tú te lo ten.

—¡Vaya, vaya, padre, que tiene usted unas cosas... pues si está *señá* Andrea rabiando por decirme hija, y me mimas como a cuerpo de rey!

*Señó* Miguel y *señá* Andrea se casaron, y ésta, en compañía de sus dos hijas, que al par que en edad habían ido creciendo en fealdad, se fueron a vivir a la huerta de *señó* Miguel. Durante el primer mes todo fué perfectamente, pues Lelita siguió siendo mimada por todos, y creía la inocente que era verdadero el cariño que la mostraban. Pero no bien *señá* Andrea y sus hijas fueron tomando terreno en la casa, empezaron a huir de Lelita las contemplaciones y a llover sobre ella los trabajos, y de tal manera, que ni aun el recurso de quejarse era dado a la infeliz, pues siempre para maltratarla se aguardaba la ausencia de su padre.

Un día *señá* Andrea ordenó a Lelita que aljofifase un corredor con vistas a la huerta; la pobre niña no tuvo más remedio que cargar con un cubo que apenas podía manejar, y empezó tan penosa tarea. Era el suelo quebradizo y lleno de manchas, y *señá* Andrea, sentada junto a Lelita, agotaba su paciencia, diciendo de cuando en cuando:

—¡Aprieta en esa manchita; refriega bien, muchacha, que tienes las manos de trapo!... ¡Pero si no refriegas, condenada; aprieta ahí hasta que se te caigan las muñecas!...

Lelita perdió los estribos, y empuñando el estropajo le dijo a su madrastra:

—Si le refregara a usted en la cara, vería usted si aprieto o no, y váyase usted a gobernar un cortijo sin gente, que a mí no me manda usted.

—¿Y se me sube la mocosa a las barbas?—exclamó furiosa la condenada. Y abalanzándose a Lelita le dió una bofetada.

Lelita se echó a llorar y esperó a que viniese su padre para darle sus fundadas quejas; llegó éste y Lelita le contó lo que había pasado; la condenada y sus hijas la desmintieron; pero cinco dedos amoratados que en la mejilla de la niña se señalaban, atestiguaron la verdad del caso.

—Si me hubieras hecho caso, no pasaría ahora esto—le dijo *señó* Miguel—; pero yo le pondré remedio y cortaré por lo sano.

Y agarrando por la mano a Lelita, se la llevó a una casita pequeña que a espaldas de la huerta se hallaba situada; allí quedó establecida la niña, prohibiéndose rigurosamente a *señá* Andrea y a sus hijas que pusiesen allí los pies, y siendo visitada solamente por su padre, que tres o cuatro veces al día iba a verla, llevándole siempre gran cantidad de regalos.

Un día pasaba *señó* Miguel por un baratillo y vió a la puerta una porción de libros viejos que

de venta se hallaban; pensó comprar algunos que entretuvieran los ocios de Lelita, y como no sabía leer, escogió cuatro de los más gordos y mejor empastados. Entre ellos venía uno con su cubierta de pergamino, y dibujada en ella unos extraños signos de vivísimos colores.

Lelita se puso muy contenta con los libros, y no bien concluyó aquella tarde sus quehaceres, se sentó en una ventanita que daba al campo y se puso a leer uno de los libros; era la historia del casto José.

A la otra tarde, cogió el de la magnífica pasta de pergamino, y no bien abrió el primer broche, vió entrar en su cuarto un precioso pájaro verde que fué a posarse sobre una mesa.

—¡Ay, qué bonito!—exclamó Lelita ansiosa por poseerlo; y acercándose lentamente, el cuerpo inclinado y extendidas las manos con su delantal para no asustarlo, fuése acercando para cogerlo.

El pájaro verde torcía su cabecita fijando en ella sus ojos, que relumbraban como brillantes, y sacudiendo de pronto sus verdes plumas, vió la atónita Lelita que se escapaba de ellas una lluvia de riquísimas perlas, que rodando sobre la mesa fueron a caer al suelo, donde, ora botando, ora rodando, se esparcieron por todas partes. Lelita se agachó a cogerlas, y al levantar de nuevo la cabeza, el pájaro verde había desaparecido, y vió en su lugar un hermosísimo mancebo vestido a la española antigua, con su casaca de raso blan-

co bordada de oro, su chupa de lo mismo, y su calzón corto sujeto con broches de perlas.

—¡Ay!—exclamó Lelita quedándose a medio enderezar y poniéndose roja como una cereza.

—¿Tan feo soy que asusto, Lelita?—preguntó el mancebo con una voz dulce como las notas de un arpa.

—No.

—¿Entonces, te parezco hermoso?

Lelita nada contestó, pero le miró con el rabillo del ojo, y si hermoso le pareció el pájaro, más hermoso le pareció el mancebo.

—No te asustes, Lelita—le dijo éste—. Yo soy el príncipe Mírame-Lindo, a quien una hada encantó en pájaro verde y a quien pronosticó que había de casarse con la primera mujer que abriese ese libro.

—De modo que yo...—exclamó vivamente Lelita, y sin concluir la frase, enrojeció como una amapola.

—Sí, Lelita, tú te casarás conmigo, porque así está decretado.

El príncipe Mírame-Lindo y Lelita callaron primero, y luego hablaron del frío, de la atmósfera y del variable tiempo que corría; fuéronse luego elevando insensiblemente, hasta que el príncipe preguntó a Lelita:

—¿Has amado alguna vez, Lelita?

—¡Si no te conocía!—contestó ésta con toda la inocencia de sus quince años, fijando sus ojos de

azul cielo en los hermosísimos pardos del príncipe.

Los dos amantes—puesto que ya lo eran—se asomaron a la ventana y, reclinados en el antepecho, charlaron largo rato, callaron luego, se miraron después, y el dulce trinar de un ruiseñor que en la huerta cantaba, vino a sumirlos en un arrobamiento algo peligroso, si Lelita no hubiese sido una niña buena e inocente, y el príncipe Mírame-Lindo un joven muy distinto de esos que a gala tienen engañar doncellas. Las doce de la noche que dieron en el reloj de la iglesia hicieron salir a ambos amantes de su contemplación.

—Adiós, Lelita—dijo el príncipe, apretándole la mano—, hasta mañana y cuida de guardar mi secreto porque te perderá y me perderá.

Y cambiándose de repente en pájaro verde, desapareció por la ventana, haciendo llegar a oídos de la enamorada Lelita un dulce pitido, que equivalía a un tierno y elocuente adiós.

A la otra tarde abrió Lelita el broche del libro y acto continuo apareció el pájaro verde, saludándola con su alegre gorjeo; púsose sobre la mesa, sacudió sus plumas derramando un millar de perlas y apareció el príncipe Mírame-Lindo aún más ricamente vestido que el día anterior; era su ropa de raso-rosa con bordados de plata y toda sembrada de perlas y brillantes.

Lelita y el príncipe, embebidos en sabrosas pláticas, no sintieron que pasaban las horas, y cuan-

do las doce daban, preguntaba el príncipe si eran las ánimas las que estaban tocando.

Así pasaron algunos días, felices con su secreto amor; una mañana Lelita, reuniendo todas las perlas que al tornarse en príncipe derramaba el pájaro verde, hacía una magnífica sarta; de repente entró su padre, y la muchacha no tuvo tiempo para ocultar las perlas.

—¿De dónde has sacado estas magníficas perlas, hija?—exclamó *señó* Miguel estupefacto.

Lelita se puso muy colorada, y como no sabía mentir, confesó a su padre la verdad del caso. *Señó* Miguel se rascó la cabeza con un expresivo gesto de desconfianza, y le dijo:

—Mala espina me dan a mí estas cosas de encantamento, pero tú tienes buenas luces, y siempre que la pasión no te las apague, sabrás lo que te conviene.

Lelita se quedó tan satisfecha como el que está libre de un peso que le oprimía, que tal era para ella la necesidad de ocultar su secreto a *señó* Miguel. A la tarde puso en conocimiento del príncipe Mírame-Lindo lo que había sucedido, y éste le contestó moviendo la cabeza:

—Mal hubieras hecho en mentirle a tu padre, que es el mentir un vicio; pero mal has hecho también en revelar nuestro secreto, porque secreto de tres, ya no es secreto. Cuida sin embargo de que no lo trasluzcan tu madrastra y sus hijas, porque entonces te pierdo y me pierdes; recuerda aquello de Santa Teresa: —El secreto es la llave

de la cordura. ¿Cómo quieres que tu amigo lo guarde, si tú mismo no lo guardas?

No debe extrañar a V. A. ver una cita de la ilustre doctora en boca del príncipe Mírame-Lindo, porque era él joven temeroso de Dios, profundamente religioso, y enemigo de todas aquellas lecturas que una ilustración superior y una previsión paternal nos prohíben. Lelita se lo prometió formalmente, y el príncipe se retiró a la campanada de las doce.

Mientras tanto, *señá* Andrea y sus hijas rabiaban por ir a ver a Lelita, y no porque tuvieran placer en ello, sino porque eran más curiosas que la justicia, la política y la policía, que según un escritor anónimo, son los tres entes más curiosos que existen. Pero *señó* Miguel se negaba a llevarlas, limitándose solamente a darle recuerdos de ellas, que Lelita, cuyo corazón estaba abierto como una rosa a todas las impresiones de la brisa, agradecía profundamente. Un día hizo con las perlas del pájaro verde tres magníficos collares y se los envió de regalo a *señá* Andrea y a sus hijas.

Estas quedaron asombradas ante aquella magnificencia, y acordaron darle las gracias; y porque la ingratitud no tiene memoria, empezaron a cavilar de dónde las habría sacado Lelita.

—Es menester averiguarlo—decía *señá* Andrea—, o pierdo el nombre que tengo.

—Algún cortejo que se habrá echado la mosquita muerta—dijo la mayor de las hermanas, que como buena tonta era muy maliciosa.

—Pues yo he de saberlo—dijo la segunda.

—Y yo—añadió la tercera—me escondo debajo de la mesa, mientras ella va esta tarde a regar las macetas, y muy tonta he de ser yo para que a mí me la pegue.

Y la madre y las hijas siguieron murmurando de la inocente Lelita; porque crea V. A. que la murmuración es sólo propia de almas bajas y reconoce siempre por origen los celos y la envidia.

A la otra tarde regaba Lelita sus macetas, y la menor de las hijas de *señá* Andrea entróse furtivamente por la puerta de la huerta, y fué a esconderse debajo de una mesa cubierta por un rico tapete verde. A poco entró Lelita, y después de sentarse en la ventana, abrió el libro misterioso, apareciendo de seguida el pájaro verde. La curiosa, que en cuclillas debajo de la mesa todo lo observaba, tuvo que permanecer en aquella incómoda posición hasta que al dar la campanada de las doce se retiró el príncipe Mírame-Lindo, pero por muy bien empleadas dió ella todas las fatigas que bajo de la mesa había pasado, a trueque de poseer el secreto de Lelita. Fuése a buscar a su madre y la contó todo lo que había visto.

Las tres envidiosas determinaron destruir la felicidad de Lelita; porque la envidia pervierte los corazones como el moho corroe el acero. La menor propuso un plan que adoptó la cámara entera. Ofrecióse ella a introducirse de nuevo en el cuarto de Lelita y llenar de vidrios el antepecho de la ventana, de tal manera, que al entrar el pá-

jaro verde se hiriese todo. Aquella misma tarde, la envidiosa, con un pañuelo lleno de vidrios de una botella que para ello rompieron, se introdujo en la habitación de Lelita y los extendió por el alféizar y los quicios de la ventana, y corrió a meterse en su escondite.

A poco llegó Lelita y abrió el libro, acudiendo de seguida el pájaro verde, que, tropezando con los vidrios, quedó herido en el antepecho de la ventana, exhalando un lastimero gemido, en vez del alegre gorjeo con que acostumbraba a saludar a Lelita: probó el hermoso animal a sacudir las plumas, mas en vez de perlas brotó de ellas sangre, y tomando de nuevo vuelo hacia la huerta, desapareció, haciendo oír a la atónita Lelita, que transida de dolor extendía hacia él sus brazos, estas palabras:

—¡Si me quieres ver, tres pares de zapatos de hierro has de romper!

Lelita se llevaba las manos a la cabeza y daba gritos desesperados. De repente se oscureció su vista, sus piernas se doblan, resbala y agárrase para no caer al tapete de la mesa, que cede a su peso y deja descubierta a la curiosa, que, en cuclillas debajo de la mesa, aparece como la viva imagen de la confusión y el remordimiento.

Lelita comprendió todo lo que había pasado, y en su natural dulce y sufrido sólo dijo al verdugo de su dicha estas palabras, entremezcladas con sus lágrimas:

—¿Qué te hice yo para que tan cruel seas conmigo?...

La curiosa huyó amoratada de vergüenza y de rabia, porque nada hay que pueda más a la envidia y a la baja, como verse despreciadas, o ver que la devuelven bien por mal aquellos a quienes pretenden hacer sus víctimas.

Pasados los primeros transportes de dolor, Lelita se revistió de energía, acordándose de aquellas palabras del pájaro verde: *Si me quieres ver, tres pares de zapatos de hierro has de romper*, y la esperanza renació en su corazón. Mandó hacer tres pares de zapatos de hierro; vistió su hábito de peregrino con un sayo de paño burdo, su esclavina con conchitas y un sombrero de lo mismo; cogió un báculo con una calabacita en la punta, en que llevaba el agua, y santiguándose en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, echó a andar a la ventura por esos caminos de Dios.

Al cabo de un año había roto los primeros zapatos y no había tenido la menor noticia del príncipe Mirame-Lindo; ella, siempre perenne, siguió atravesando ciudades, subiendo montañas, vadeando ríos, y al cabo de otro año rompió el segundo par de zapatos de hierro; pero tampoco tenía noticias del hermoso príncipe. Lelita se calzó el último par de zapatos sin que su corazón desmayara, antes al contrario, sintiendo vivir en él, aún más fuerte, la esperanza, y emprendió de nuevo su camino.

Una noche la sorprendió en el campo una tempestad horrorosa, y no tuvo más remedio que refugiarse bajo un árbol. A aquel mismo abrigo se había acogido una bandada de grullas, que, mientras cesaba la tormenta, mantenían un animado diálogo:

—¡Ay, qué noche—decía una—, si está lloviendo más que cuando enterraron a Bigote!

—Y ¿cuándo fué eso, comadre?

—Si he de decir la verdad, yo no lo sé; pero sería una vez que llovía tanto que llegó el agua a cubrir los bigotes de los hombres.

—Y ¿qué hay de novedad, comadre?

—Una noticia muy gorda; sepa usted que el príncipe Mírame-Lindo...

A Lelita le dió un brinco el corazón y escuchó con sus cinco sentidos; la comadre grulla continuó:

—Pues sí, señora, el príncipe Mírame-Lindo se está muriendo...

—¿Qué me cuenta usted?

—Lo que usted oye, comadre.

—¡Ay, qué lástima de mozo! Y ¿qué tiene?...

Aquí escuchó Lelita, que medio muerta de ansiedad y dolor no perdía una palabra, cómo la madre grulla contó todo lo sucedido entre ella y el príncipe, lo mismo que la infamia de *señá* Andrea y su hija.

—Pues cate usted—continuó la grulla—que cuando pájaro verde salió del cuarto de Lelita todo herido, que era una compasión verlo, se volvió

príncipe, y al pobrecito se le han quedado los vidrios dentro y está pasando el purgatorio.

—¡Ay, qué lástima de mozo, que parecía un pino de oro! Y, dígame usted, ¿no tendrá remedio?...

—¡Vaya si lo tiene! ¡no me dieran a mí más trabajo que el ir a curarlo! Porque ha de saber usted que su real majestad, como no tiene más que ese hijo, está que no vive, y ha prometido al que lo cure darle su peso en oro. Y hace muy reitebién, que el pico y las plumas y hasta la cresta daría yo por cualquiera de mis chiquillas mas que no tuviese sino un dolorcillo de barriga...

Y enternecida la comadre grulla a este solo pensamiento, enjugó con la pata una lágrima que asomaba a sus ojos. ¡Hasta las madres grullas son tiernas, cuando se trata de sus hijos!

—¡Ay, Jesús, comadre, no lo permita su Divina Majestad!... Pero, dígame usted, ¿por qué no va usted a curar al príncipe, y, a más de la obra de caridad, se trae para acá el dinerillo?...

—Calle usted, señora, ¿dónde va una infeliz grulla que no la miren por encima del hombro?... Nada, comadre; ya sabe usted aquella divisa nuestra: A tu tierra, grulla, aunque sea con una pata.

—No diga usted eso, que me han dicho que desde la Constitución acá todos somos iguales...

—¡Ay, qué risa, comadre!—Y la grulla soltó una carcajada tan espontánea y tan de corazón, que no tardaron su compañera y Lelita y hasta nosotros mismos en acompañarla; es más, que

si V. A. hubiera oído el modo de reír de aquella pícara grulla, es más que probable que se hubiera hecho partícipe de su hilaridad.

—Jarabe de pico, comadre—añadió riendo de nuevo—; eso lo dicen los que están abajo por igualarse a los que están arriba; pero los que están arriba les dan en la cabeza y los dejan sentados en el suelo. ¡Vaya, comadre, si lo que se les ocurre a los hombres no se le ocurre a nadie!...

Y acometida la grulla de un nuevo acceso de hilaridad, rompió a reír de una manera tan franca y tan espontánea, que sin poderlo remediar volvimos a hacerle coro.

—Pues le digo a usted, comadre, que es una falta de caridad dejar morir a ese príncipe tan bueno y tan hermoso.

—Y que es hombre al agua si no va Lelita a curarlo, que es la única que tiene virtud para ello.

—Algo daría ella por saberlo.

—Cabalito que sí; no tiene más que entrar en la alcoba del príncipe y coger una redoma que hay en una alacena; y mojar una plumita en un bálsamo que allí hay y untarlo por el cuerpo del príncipe, y por su propia virtud han de salir los vidrios.

—¡Ay, Jesús!, ¡quién pudiera decírselo a Leli...!

Un trueno horroroso le cortó la palabra, haciéndola exclamar devotamente mientras se golpeaba el pecho con la pata izquierda:

Santo Dios, Santo Fuerte,  
Santo Inmortal,  
libranos, Señor,  
de todo mal.

—Comadre, dejémonos de murmurar, y vamos a rezar el Trisagio.

—Lleva usted razón, que harto tiene una con cuidar de sí misma.

Y ambas comadres empezaron a rezar el Trisagio; mas de allí a poco cesó la tempestad y la luna brilló en el cielo. Una de las grullas que decía devotamente:

El Trisagio que Isaías  
escribió con grande celo,  
le oyó cantar en el cielo  
a angélicas...

exclamó como uno de tantos cristianos, no grullas, sino hombres, que sólo se acuerdan de Santa Bárbara cuando truena:

—¡Qué Santo, ni qué Isaías, ni qué niño muerto, que ya está el sol de fuera!

Y sacudiendo sus plumas ambas comadres, echaron a volar en busca de sus nidos.

Mientras tanto, Lelita no había perdido una sola palabra de las dos grullas y bendijo en primer lugar a Dios, que aquella casualidad le había depurado; luego sacudió su ropa empapada en agua y se puso en camino para el palacio del príncipe Mírame-Lindo.

Lelita llegó a la corte del príncipe y se enca-

minó de seguida a palacio; ocho señores, todos gordos, barrigones y calvos, salían del alcázar llevando gruesos bastones con puño de oro y hablando animadamente. Eran los médicos de cámara que habían desahuciado a S. A. y se retiraban para dejarlo morir tranquilo.

Lelita se apoyaba desfallecida en una columna, creyendo haber llegado tarde; dió tambaleándose un paso hacia delante, y un agudo dolor que sintió en ambos pies la hizo conocer que los últimos zapatos de hierro ya estaban rotos.

—¡Le salvé!—exclamó la muchacha arrojando las pesadas chancletas y entrando resueltamente en palacio con sus piececitos descalzos.

Un guardia le cerró el paso, y Lelita, después de haber dicho que era una peregrina de Jerusalén, portadora de un remedio seguro para la enfermedad de S. A., fué conducida ante la reina. La desconsolada madre creyó sin dificultad a Lelita, porque el que todo lo ha perdido menos la esperanza, cree todo cuanto se le dice con tal que le agrade. Ella misma la acompañó hasta la puerta de la alcoba del príncipe, y retiróse de allí porque la hermosa peregrina le dijo necesitaba estar sola.

Lelita permaneció un momento delante de la puerta, comprimiendo con ambas manos su corazón, que parecía iba a saltarla del pecho; abrió por fin la riquísima cortina de damasco que cubría la puerta y penetró en la alcoba.

Una media luz reinaba en la estancia; sobre un magnífico lecho de ébano con incrustaciones de

metales preciosos, se hallaba el príncipe Mírame-Lindo. Su cabeza descansaba en blandas almohadas, cuyo finísimo plumón era menos suave que los rizos de oro del príncipe; sus ojos cerrados hallábanse cercados de azuladas ojeras, y sus manos, que descansaban sobre la colcha de terciopelo carmesí, parecían estar hechas de mármol. Lelita habíase detenido en medio de la estancia: su corazón oprimido parecía subirse hasta la garganta como si fuera a ahogarla; quiso dar un paso, y vino al suelo de rodillas, ocultando la cabeza entre sus manos y exclamando desde lo íntimo de su corazón:

—¡Bendito sea! ¡Bendito sea!

Pasado este primer transporte, tan natural en su amor, en su desgracia, y sobre todo en su caso, Lelita se armó de resolución y empezó a buscar la redoma indicada. Bajo una cortina de damasco halló la alacena indicada por la grulla y dentro de ella una redoma de plata, que Lelita tomó en sus manos ebria de gozo. Hizo sonar una campanilla y apareció un paje, a quien Lelita ordenó traer una pluma y una bandeja de plata.

—Sostened esa batea—dijo al paje así que fueron cumplidas sus órdenes.

Y Lelita, mojando la pluma en la redoma, fué señalando ciertas partes del cuerpo del príncipe. A medida que la pluma se posaba sobre las carnes, abríanse éstas y por virtud del bálsamo brotaba un pedazo de vidrio, que Lelita, derramando lágrimas de compasión, fué colocando en la

bandeja que el paje sostenía. Concluída su tarea, dijo Lelita al paje:

—¡Ya S. A. está fuera de peligro, y sólo necesita descanso! Llevad esos vidrios a la reina y decidle que ahí tiene la enfermedad de su hijo.

El paje salió y Lelita, después de cubrir al príncipe y colocarle cómodamente, pues aún no había vuelto en sí, se deslizó por una escalerilla excusada, tomando el camino de su casa.

—Si él me ama—se decía alejándose—me buscará, y si no me ama, ¿para qué he de obligarle a que sea infeliz conmigo, pudiendo ser feliz con otra? Sea él feliz, que yo...

Y Lelita, volviendo la cara, saludó con un suspiro de esperanza y dos lágrimas de temor la cúpula del palacio, que tras un alto cerro se ocultaba.

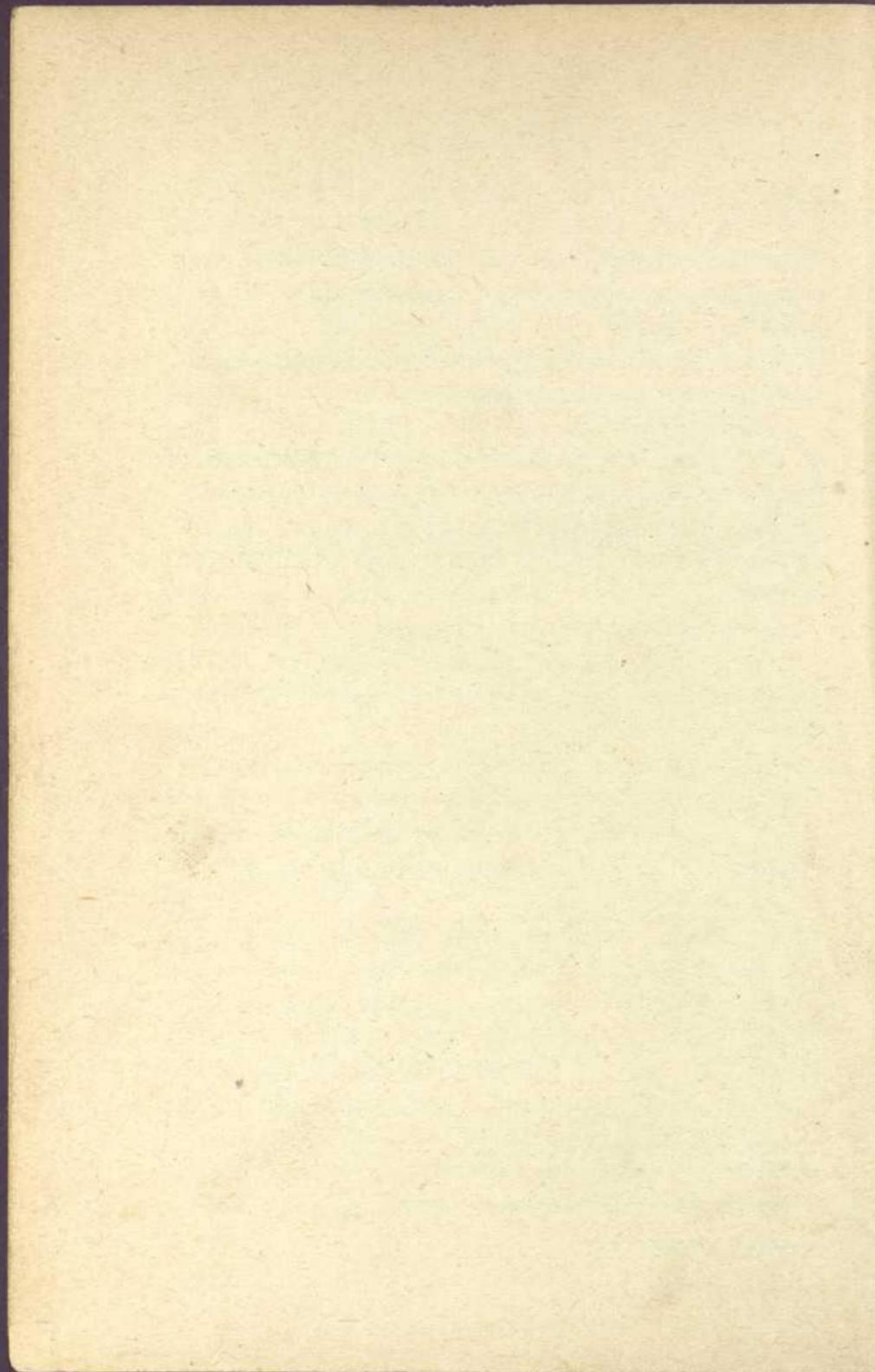
La primera tarde que Lelita pasó en su casa, ya de vuelta, abrió el misterioso libro del pergamino, pero el pájaro verde no pareció.

—Sea lo que Dios quiera—dijo Lelita tristemente.

Y siguió abriendo todas las tardes el libro, sin que el pájaro verde pareciese. Lelita sufría sin olvidar, y complaciase ella misma en recordar aquellos sus amores que eran la vida de su alma. Llegó por fin el aniversario del día en que Lelita había curado al príncipe, y la muchacha abrió, a la caída de la tarde, su libro de pergamino. En aquel instante, un confuso rumor de coches y caballos llegó a oídos de Lelita; incorporóse la muchacha,

pálida como la cera, y extendió los brazos hacia la puerta; ésta se abrió bruscamente y el príncipe Mírame-Lindo se precipitó en la estancia, cogió a Lelita en sus brazos, que desfallecida de placer perdió el sentido, y la transportó a su coche, tomando el camino de su palacio, donde inmediatamente se desposó con ella.

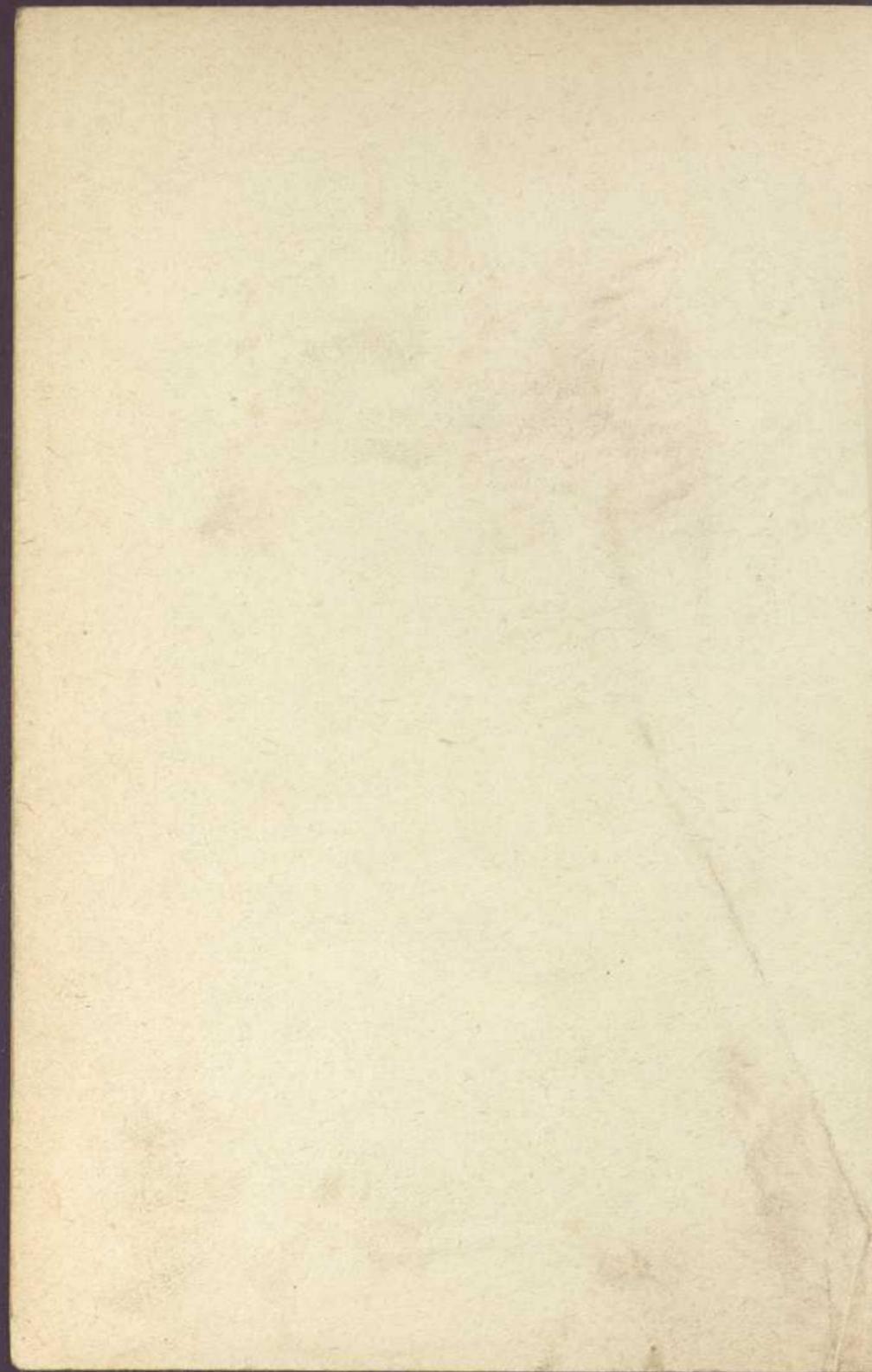
Así llegó Lelita a ser reina por la constancia en su amor. Porque si bien un autor francés ha dicho que la constancia en amor es el intervalo entre dos caprichos, otro español dice que el aguardar es el consejo que da la constancia para llegar al logro.



## INDICE

---

	<u>Págs.</u>
Las dos madres .....	5
La camisa del hombre feliz .....	13
Historia de un cuento .....	25
Periquillo sin miedo .....	55
¡Porrita, componte!... ..	77
Las tres perlas .....	103
Ratón Pérez .....	119
Peiusa .....	141
Pájaro verde .....	171



- Tomo V: **Lecturas Recreativas (4)** (*Nuevas pinceladas*).  
 La Gorriona.—Era un santo!—Por un piojo...—Cartas claras.—La cuesta del cochino.—Carta a Pereda sobre la Montálvez. ... .. 5 ptas.
- Tomo VI: **Lecturas Recreativas (5)** (*Cuentos para niños*).  
 Las dos madres.—La camisa del hombre feliz.—Historia de un cuento.—Periquillo sin miedo.—¡Porrita, componte!—Las tres perlas.—Ratón Pérez.—Pelusa.—El Pájaro verde. ... .. 2,50 ptas.
- Tomos VII y VIII: **Pequeñeces**. ... .. 7 ptas.
- Tomos IX y X: **Retratos de antaño**. ... .. 7 ptas.
- Tomo XI: **La Reina mártir**. ... .. 5 ptas.
- Tomos XII y XIII: **Jeromín**. ... .. 8 ptas.
- Tomo XIV: **El Marqués de Mora.—El Autor de Fray Gerundio** (*P. José Francisco de Isla*). ... .. 4 ptas.
- Tomo XV: **Boy**. (*Con un estudio inédito sobre el carácter del protagonista.*) ... .. 5 ptas.
- Tomo XVI: **Recuerdos de Fernán Caballero**. ... 5 ptas.
- Tomo XVII: **Fray Francisco**. ... .. 4 ptas.

---

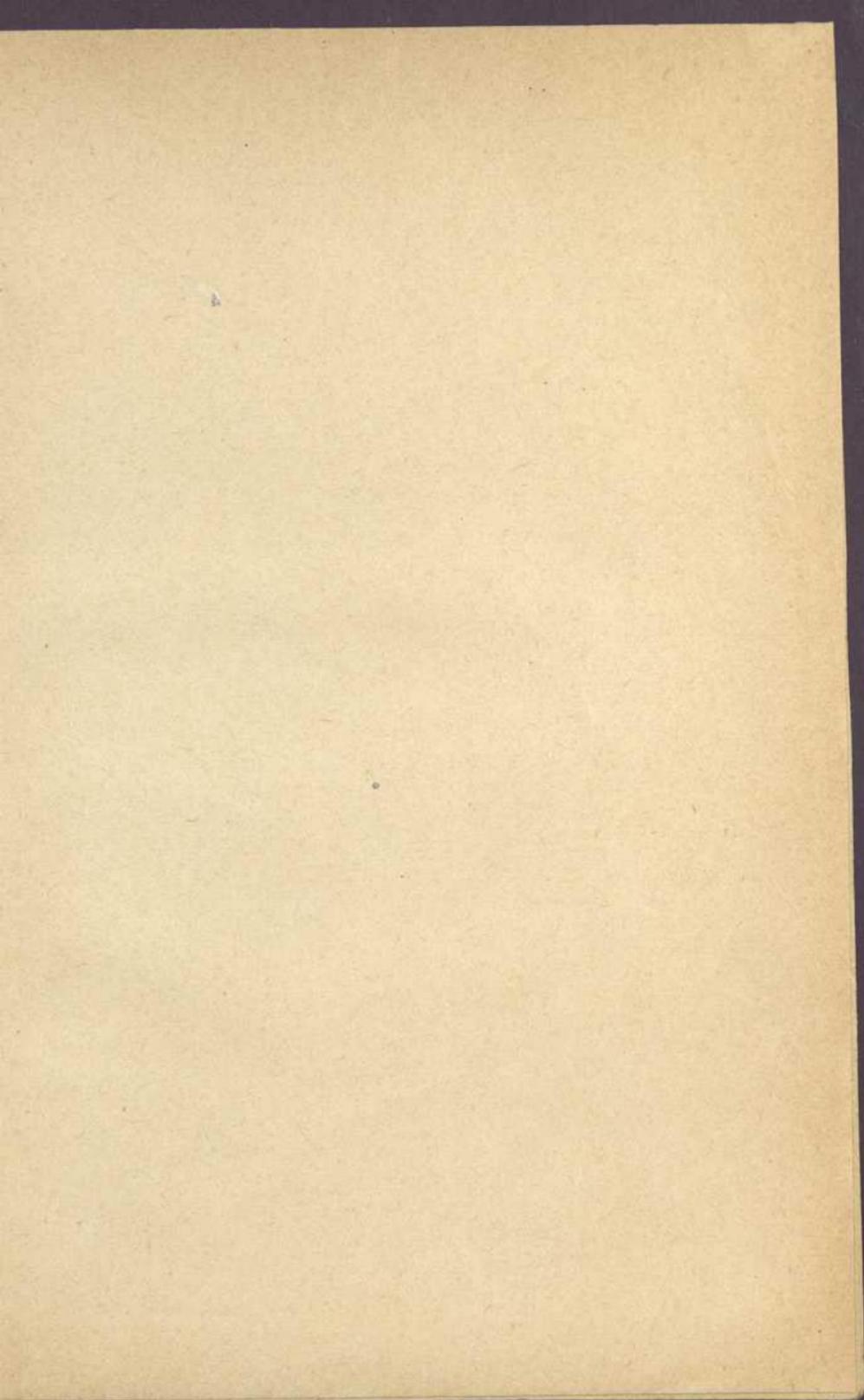
EDICIONES "FAX"

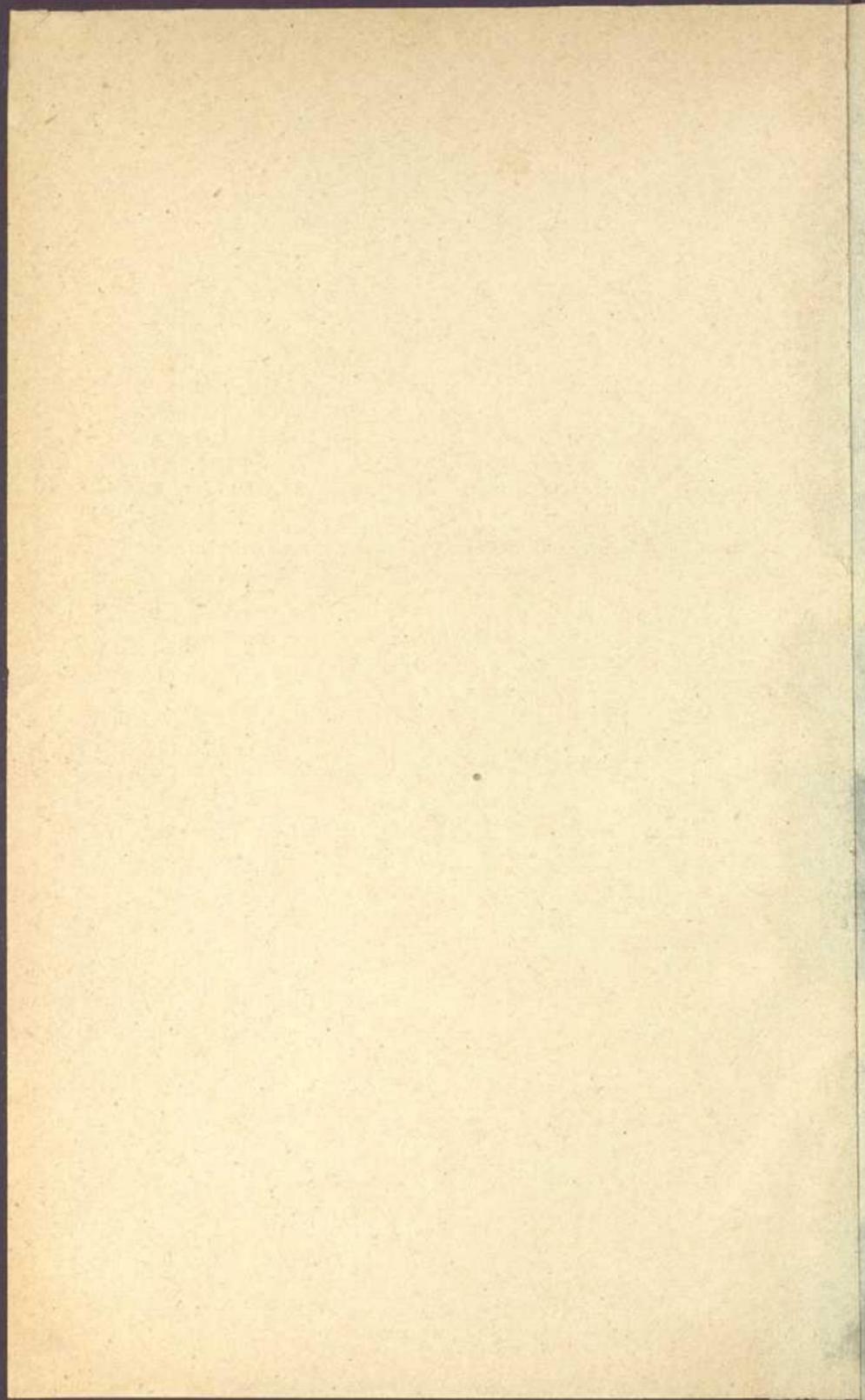
Plaza de Santo Domingo, 14. - Apartado 8001

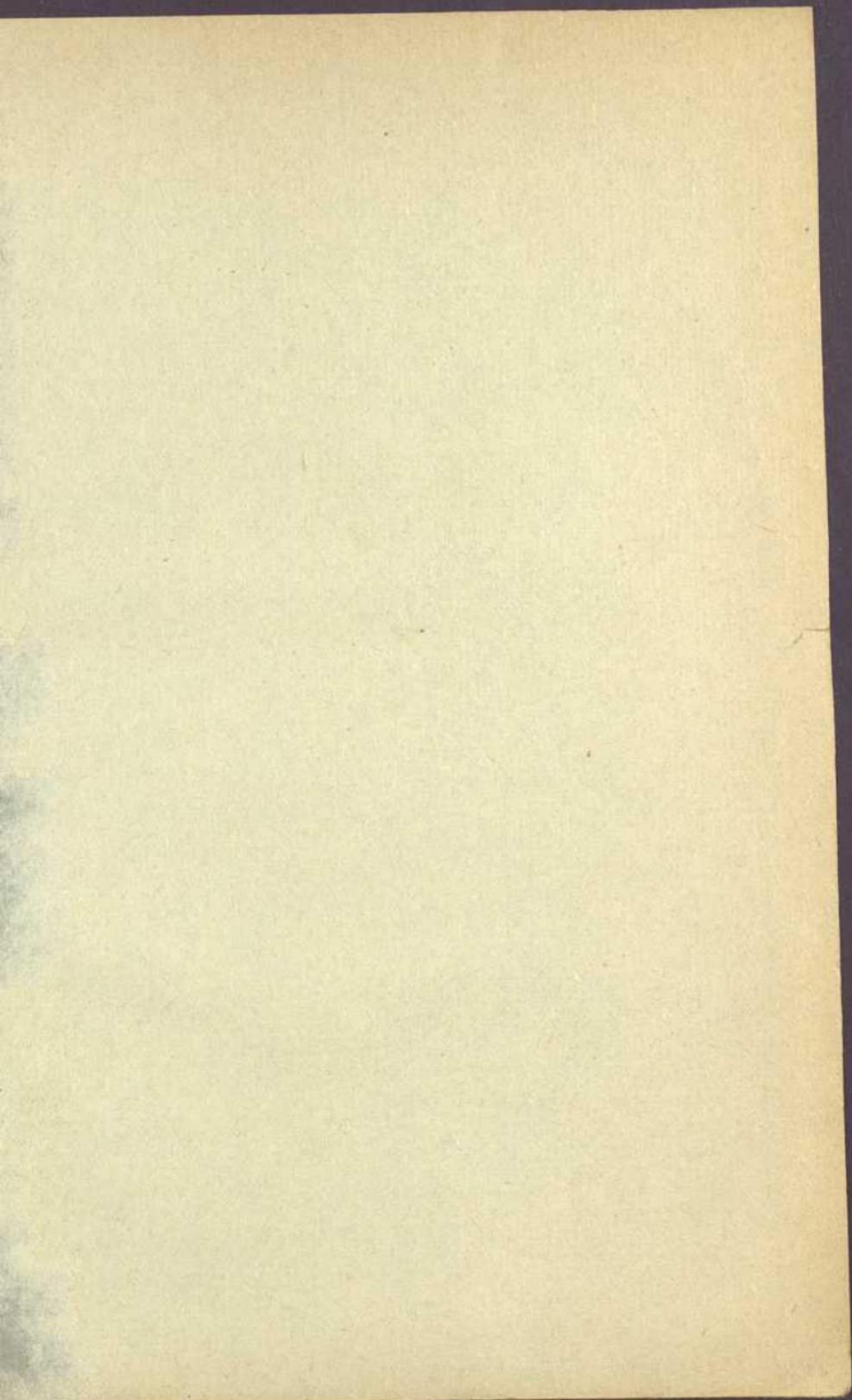
MADRID

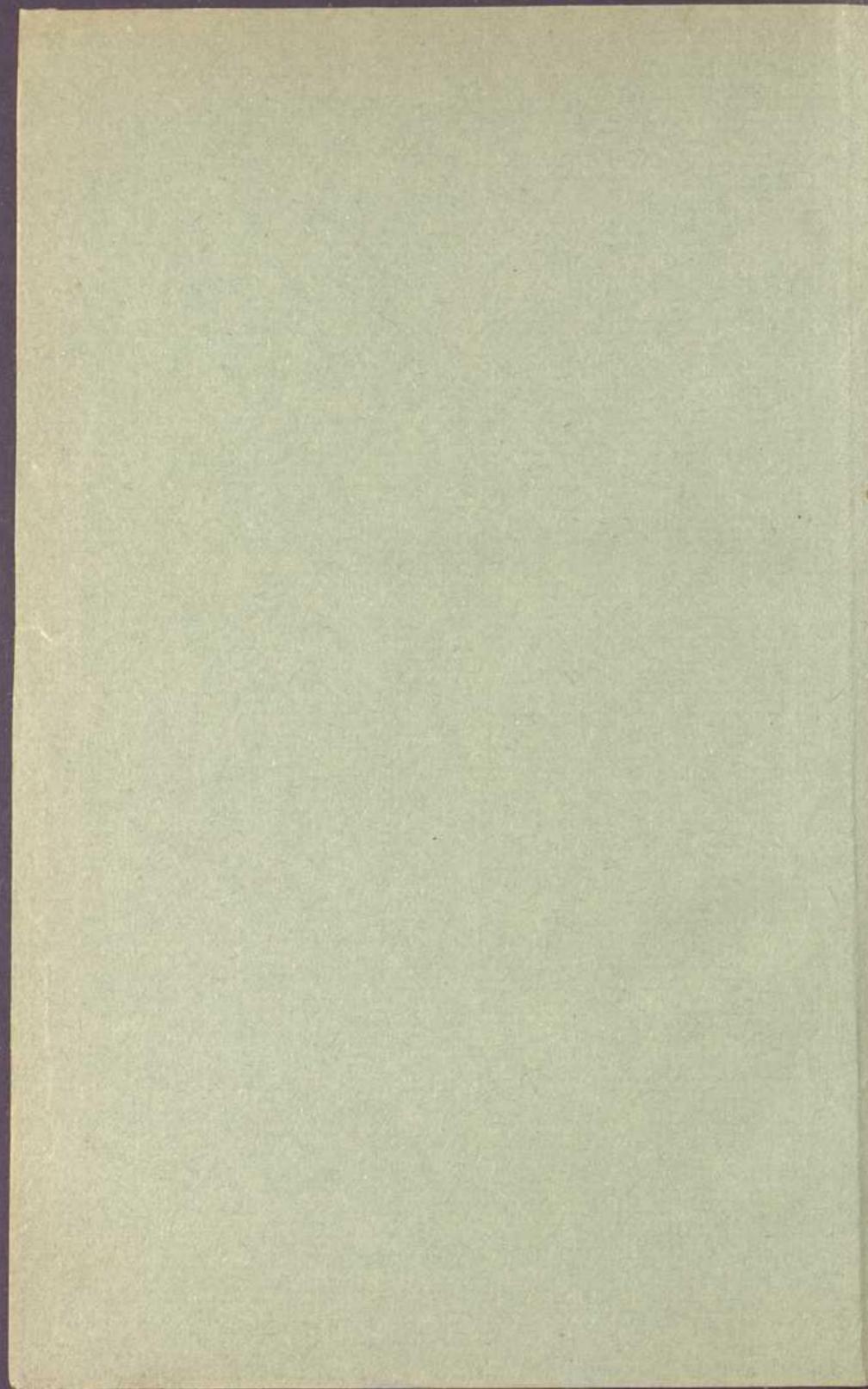
# Obras del P. Alberto Risco

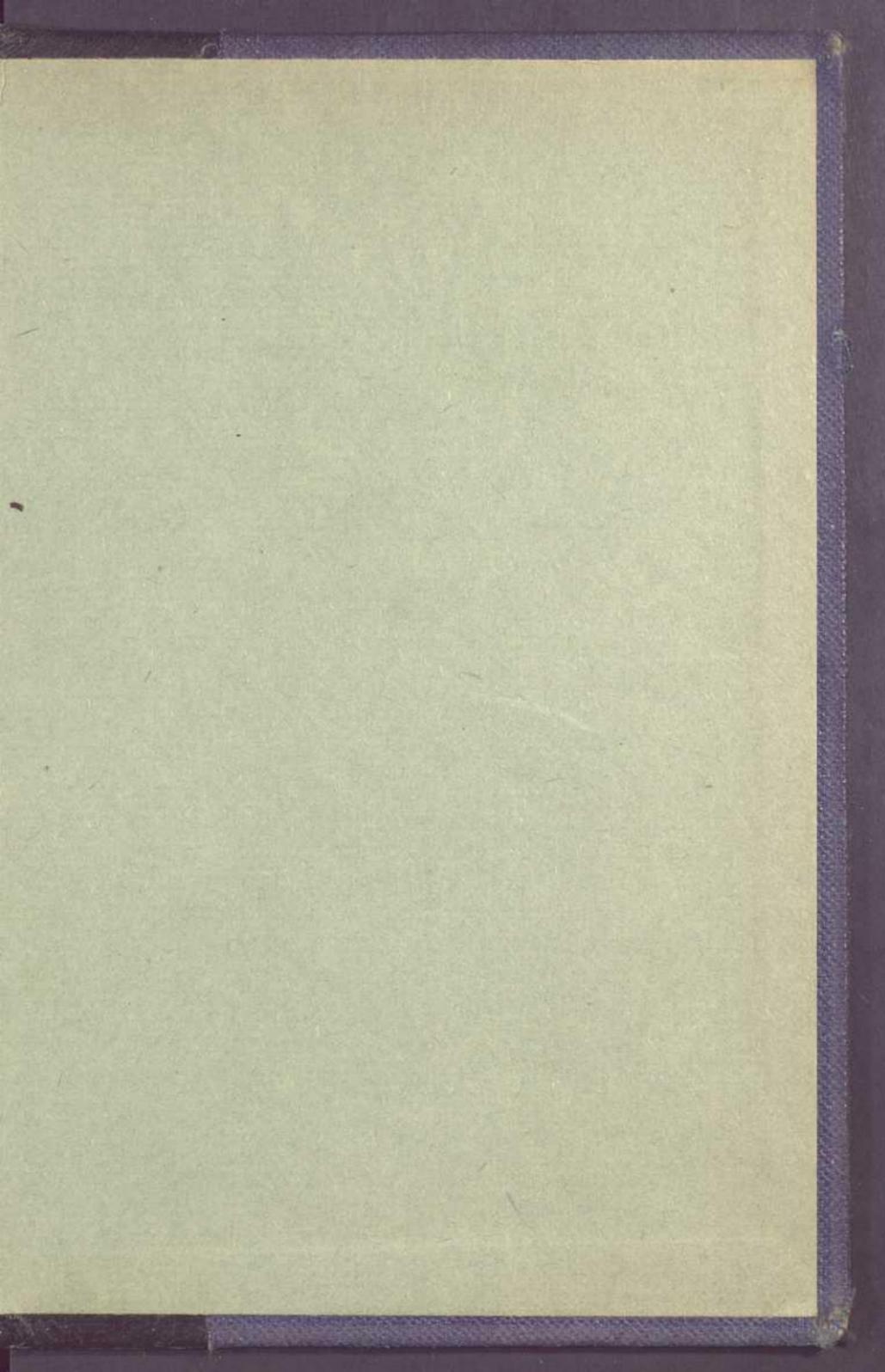
- 1 *Flores silvestres*. Novela. (4.<sup>a</sup> edición.) Ptas. 4.
- 2 *Emigración*. Novela. (3.<sup>a</sup> edición.) Ptas. 2.
- 3 *Los que triunfan*. Novela. (2.<sup>a</sup> edición ilustrada.) Pesetas 5.
- 4 *Mariela*. Novela. (2.<sup>a</sup> edición.) Ptas. 5.
- 5 *Claveles sevillanos*. Novela. Ptas. 4.
- 6 *Caramelos de menta*. Cuentos. Ptas. 3,50; en tela, 4,50.
- 7 *Clavellina y otros cuentos*. (2.<sup>a</sup> edición.) Ptas. 3.
- 8 *Mil-Hombres*. Biografía del General Romero Palomeque. (3.<sup>a</sup> edición.) Ptas. 5.
- 9 *La Escuadra del Almirante Cervera*. Narración histórica. (3.<sup>a</sup> edición.) Ptas. 3.
- 10 *Juan de la Tierra*. Narración histórica. (3.<sup>a</sup> edición.) Pesetas 3.
- 11 *La Ley marcial y Narraciones históricas*. (2.<sup>a</sup> edición.) Pesetas 3.
- 12 *El P. Francisco de Paula Tarín*. Biografía. Ptas. 5; en tela, 7.
- 13 *Biografía del Excmo. Sr. D. Pascual Cervera y Topete*. 4.<sup>o</sup> mayor. 400 grabados. En tela, ptas. 18.
- 14 *Pepín*. Cuento. (2.<sup>a</sup> edición ilustrada.) Ptas. 0,75.
- 15 *Tristes y alegres*. Cuentos. (2.<sup>a</sup> edición.) Ptas. 2.
- 16 *Amor de madre*. Poesías. (3.<sup>a</sup> edición.) Ptas. 2.
- 17 *Paso a paso*. Novela. (2.<sup>a</sup> edición.) Ptas. 2.
- 18 *Vida de Santa Teresa de Jesús*. (2.<sup>a</sup> edición.) Ptas. 5,50.
- 19 *El P. Juan de la Cruz Granero*. Biografía. Ptas. 4.

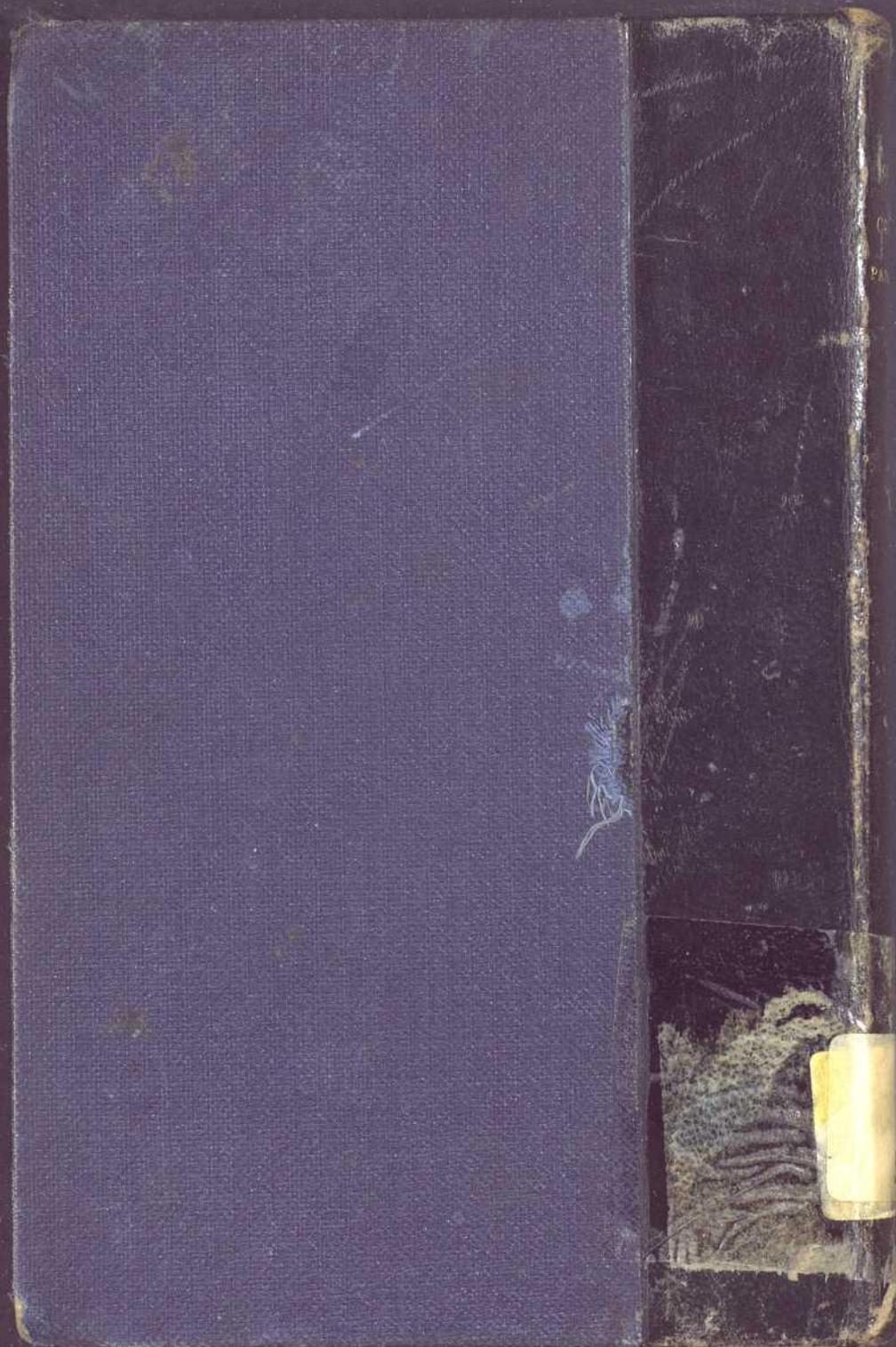












COLOMBIA

CUENTOS

PARA NIÑOS

FA

5243